Seix Barral

Jean-Baptiste Del Amo

El hijo del hombre

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
El líder se detiene...
A primeras horas de la madrugada...
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Después de una larga ausencia un hombre regresa a la vida de su pareja y su hijo pequeño. Esta segunda oportunidad los lleva a una vieja casa aislada en la montaña donde él mismo creció con un patriarca despiadado. Rodeados de naturaleza salvaje, la madre y el hijo ven al padre extender su control sobre ellos y promulgar las misteriosas leyes de su nueva existencia. Atormentado por su pasado, consumido por los celos, el hombre se hunde lentamente en la locura. Pronto cualquier regreso parece imposible.

El hijo del hombre es una extraordinaria historia, dolorosa y profundamente humana, que explora la transmisión de la violencia de generación en generación y la eterna tragedia que se desarrolla entre padres e hijos, el trauma, la búsqueda de la identidad o el poder de una naturaleza tan exuberante que deja al lector sin aliento.

Con esta inolvidable novela cargada de tensión, Jean-Baptiste Del Amo se ratifica como «uno de los autores más brillantes de su generación» (RTL), con una ambiciosa y personalísima producción literaria por la que, además de haber sido premiado en numerosas ocasiones, goza de la admiración incondicional del público y la crítica internacional.

El hijo del hombre

Jean-Baptiste Del Amo

Traducción de del francés por Lydia Vázquez Jiménez

Seix Barral

Que se encone la rabia de los padres y llegue hasta los nietos esa larga impiedad.

SÉNECA, *Tiestes*

El líder se detiene, levanta la cara al cielo y, por un instante, el oscuro círculo de su pupila se alinea con el círculo blanco del sol, la estrella fulmina la retina y el ser rampante en el barro matricial desvía la mirada para contemplar el valle por el que avanza en compañía de los suyos: un páramo azotado por los vientos, de vegetación rasa, salpicado de arbustos de formas dolientes; una tierra lóbrega sobre la que flota en negativo la imagen del astro del día, luna negra posada en el horizonte.

Llevan días andando en dirección al oeste, contra el viento feroz del otoño. Unas barbas pobladas cubren el duro rostro de los hombres. Mujeres de caras rubicundas llevan a sus recién nacidos bajo unas pieles desgastadas. Muchos morirán en el camino, azulados por los grandes fríos o víctimas de la disentería por beber el agua estancada de los charcos donde abrevan las manadas salvajes. Con la fuerza de sus dedos y sus cuchillos los hombres cavarán para ellos tristes hoyos en el suelo.

Colocarán ahí el cuerpo amortajado que parecerá más irrisorio aún en la noche de la tumba; pondrán dentro cosas inútiles, la piel en la que se acurrucaba el niño, una muñeca de cáñamo, un collar de huesos pronto indiferentemente mezclados con los del pequeño difunto. Le arrojarán a la cara puñados de tierra que sellarán sus ojos y su boca, luego depositarán en el montículo unas piedras pesadas para proteger el cadáver de los carroñeros en busca de pitanza. Finalmente reanudarán el camino y solo la madre quizá dirija una última mirada por encima del hombro, en dirección al mogote refulgente, enseguida absorbido por la sombra proyectada de un collado.

Un viejo arrastra su cuerpo descarnado bajo unas pieles grasientas

cuyos pelos cimbrean a merced de las borrascas. Antaño también él fue líder del grupo, conduciéndolo más allá de mesetas y valles, a lo largo de cursos de agua de orillas ribeteadas, hacia tierras nutricias, hacia cielos más clementes. Ahora sigue a duras penas a otros más jóvenes y más fuertes que él, a los que avanzan en cabeza, los que deciden instalar el campamento al final del día y levantarlo al alba. Puede que, en la entrada de una caverna donde se haga una etapa, enciendan una hoguera que rompa la noche y cuyas llamas iluminen los contornos de criaturas parietales que otros antes que ellos trazaron a la temblorosa luz de una lámpara de grasa animal.

En el corazón de las tinieblas, pegan, unos a otros, sus rudos cuerpos, bajo grandes pieles de las que solo sobresalen sus rostros. Los alientos se condensan y sus ojos permanecen mucho tiempo abiertos mientras las madres intentan apaciguar el llanto de los recién nacidos, frotándoles los labios con uno de sus pezones. Algunos hombres hablan en voz baja, avivan las brasas que enrojecen y se elevan —su reflejo cruza cual satélite el iris de los veladores—, revolotean como si aspiraran a reunirse con la inmensidad celestial donde se consumen otros astros, antes de desaparecer, engullidas por el ávido corazón de la noche.

La promiscuidad propiciada por las pieles que los cubren los fuerza a aparearse. Ignorando a veces al niño que calienta ella contra su vientre, el macho agarra la grupa que la hembra, indistintamente, le tiende o le niega, hurga el sexo que ha untado previamente con un gargajo y convulsiona hasta correrse dentro. Antes de escurrirse por el muslo de ella mientras se duerme, la simiente fecundará eventualmente a la hembra que, con los dientes clavados en un tarugo de madera, parirá tres estaciones más tarde a la sombra de un arbusto, a unos pasos del campamento instalado por el grupo a la espera del alumbramiento.

En cuclillas, sostenida de los brazos por otras mujeres que se turnan para enjugarle la frente, las pantorrillas, el sexo, expulsará el fruto de su apareamiento por el suelo o en las manos de una partera. Se cortará el cordón umbilical con una lasca de sílex. La cosa sacada a la luz y depositada sobre el odre hueco del vientre reptará para beber el

calostro de la mama, emprendiendo así el ciclo necesario para su supervivencia, que la verá engullir el mundo y excretarlo constantemente.

Si el niño sobrevive a los primeros veranos y los primeros inviernos, si su cadáver no pasa a engrosar los ya abandonados tras ellos —de uno, transportado por una marta junto a un pequeño estanque, solo subsiste por un tiempo una caja torácica medio hundida en el cieno y, bajo el arco de las costillas, antes de que se convierta en polvo, se alza el tallo blanco óseo de una cola de caballo—, caminará pronto junto a los suyos, admitido por ellos, leerá el camino de las estrellas, percutirá las piedras para hacer fuego y herramientas cortantes, aprenderá el secreto de las plantas, vendará las heridas y aprestará el cuerpo de los difuntos para su último viaje.

Quizá el niño goce de una prórroga y alcance esa hora en que sus carnes ya cansadas le ordenarán que se reproduzca. Entonces no cejará en su búsqueda de fusionar con uno de los suyos, estrechará al azar y a tientas a otro de esos míseros seres en la frialdad de una noche incendiada, con la Vía Láctea horadando el cielo por encima de ellos. Tras pisar con sus pasos un fragmento de tierra, después de conocer un puñado de auroras lívidas y de crepúsculos, el fulgor de la infancia y la ineluctable decrepitud del cuerpo, morirá de una manera u otra antes de alcanzar la edad de treinta años.

Pero por el momento el niño todavía pertenece a la nada; no es más que una ínfima, una insostenible probabilidad mientras que la horda de los hombres avanza con la cabeza gacha en medio de la borrasca, rebaño vertical, obstinado y harapiento. Llevan sobre sus hombros o en travois hechos de cuero curtido unas vasijas moldeadas con sus propias manos que contienen reservas de grasa. Conservan dentro las raíces, las nueces, los frutos y las bayas recolectados por el camino, de los que se sustentan, masticando pulpas secas, fibras que los esputos hacen comestibles, deglutiendo los jugos amargos o dulzones.

Tras varias semanas de marcha, alcanzan la ribera de un río abundante en pesca, de sinuoso lecho, que cruza, hasta donde alcanza la vista, una llanura acechada por sombras de nubes que desfilan de

este a oeste. Las sombras persiguen a las nubes en su carrera hasta adelantarlas, oscurecen zonas enteras del paisaje, ahondan las cañadas, allanan las turberas, espesan los bosques cuyos tonos pardos verdosos viran repentinamente al negro carbonoso y transforman el agua de los pantanos en vastas placas vidriosas, sembradas de juncos secos, zumbando en el viento igual que unas alas insectiles. Las nubes de cimas inmaculadas se alejan y retorna la luz, encendiendo la tierra. Un vuelo de garzas se eleva de los pantanos; la flecha de su cuello hiende el aire y sus alas desplegadas resplandecen en el azul eléctrico del firmamento.

Los hombres se detienen e instalan el campamento. Algunos de los más hábiles en la pesca penetran en la corriente que espumea contra las rocas o sobre los troncos de árbol arrastrados por el torrente hasta ahí. Los pescadores progresan a lo largo de la orilla, escrutando el fondo del agua. La superficie reenvía el reflejo de sus rostros simiescos y, más allá, del cielo nebuloso flotando sobre el cauce moteado de las piedras rodadas y pulidas por el río. El fragor del torrente y el esfuerzo que deben hacer para sondear con la mirada el titileo de las aguas vivas no tardan en sumergir a los pescadores en una suerte de trance. Agachados, con los brazos colgando, con la espuma que les llega a los muslos o a la cintura, con las yemas de los dedos rozando la superficie del agua, avanzan cual oscuras zancudas recreadas por el río.

Uno de ellos se inclina hacia delante y mete los brazos en la corriente. En un pozo de aguas tranquilas, junto a un tronco medio tumbado en la orilla, el pescador ha avistado la fantasmal natación de un salmón que desova a contracorriente, con sus reflejos metálicos fundidos con los estremecimientos siempre cambiantes del torrente. Se acerca con una lentitud extremada, cuidando de que su sombra no se adelante a él. Deja los antebrazos suspendidos entre dos aguas —la superficie distorsiona sensiblemente la visión, de forma que ahora los dos miembros parecen separados del pescador, pertenecientes a la realidad cercada del río— y él permanece con la mirada fija en el salmón, con la pupila salpicada de oro por la opalescencia de la escama preorbital.

Con infinita precaución, el pescador reúne sus manos bajo el abdomen del salmón y parece por un instante que lo mantiene como una ofrenda, que entrega el salmón al río, o al menos que lo sostiene en su natación estática, elegante, delicada. Cuando la palma de sus manos aflora las aletas abdominales del salmón, el pez se desvía con un sobresalto, sin por ello intentar huir. El pescador aguarda sin moverse, con las palmas de sus manos que ya solo retienen destellos de luz en movimiento. Desplaza de nuevo las manos bajo el salmón; esta vez el salmón se deja rozar y hasta izar, y solo cuando ya su línea dorsal escinde la superficie del agua, busca liberarse mediante una formidable contorsión.

Pero las manos del pescador se han cerrado; con un gesto poderoso extrae el pez de la corriente, lo proyecta por los aires en dirección a la orilla por donde progresan unos niños provistos de unas ramas de avellano con la extremidad tallada en punta. Uno de ellos, una cría desgreñada y tuerta, se precipita hacia el salmón que forcejea entre los guijarros, se agacha y lo aplasta contra el suelo con una mano. Hunde la punta de la lanza en el orificio branquial y la saca por la boca. La mandíbula inferior se abre y se cierra en vano, y la cría levanta por encima de su cabeza el pez empalado cuyo flanco reluce al sol.

En cuclillas, sobre los guijarros, a orillas del agua, dos mujeres preparan los salmones capturados por los pescadores. Unas escamas constelan la piel oscura de sus manos cuando meten en el orificio anal la punta de un sílex, hacen una incisión a lo largo del abdomen y deslizan los dedos índice y corazón por la hendidura practicada para abrir la cavidad ventral. Extraen un amasijo de tripas rojas y pardas que proyectan al suelo con un gesto enérgico de muñeca. La cría tuerta está ahora junto a ellas y las mira atentamente. Coge la vejiga natatoria estancada entre dos piedras, contempla un instante su blancura irisada antes de explotarla entre los dedos.

Las mujeres cuelgan una piel a un entramado de ramas, la llenan de agua y sumergen unos cantos previamente calentados en las ascuas de una lumbre. Introducen también mejillones de río pescados por los

niños, tubérculos, plantas aromáticas recogidas y secadas durante el verano precedente, y finalmente pescados cuya carne no tarda en desmigarse. Pronto, el caldo perfuma la ribera tranquila y azulada.

Por la noche sacian el hambre y los más jóvenes, agotados por la caminata y los juegos en las aguas vivas del torrente, se duermen al son de una salmodia entonada junto al fuego por el antiguo líder. Ese cántico es algo previo al canto, incluso previo a la voz, un quejido gutural, modulado, hecho de vibratos y de ondulaciones disonantes, de espiraciones profundas y graves cuya caja de resonancia la constituye el cuerpo del viejo. Por momentos parece que provenga no del viejo, sino de fuera de él, de los secretos de la noche profunda, de la llanura invisible, del negro lecho del río y del corazón de las piedras —secretos convocados en ese cuerpo tan seco y nudoso como una cepa, pues nada se inmuta en ese rostro enmarañado por el que solo pasa el orbe luminoso de las llamas.

Los labios se estremecen apenas bajo la barba y los ojos están cerrados, con la mirada entornada hacia el interior. La melopeya arrastra un torrente de imágenes, de sensaciones cuya profunda melancolía sienten todos en sus carnes, las de su errancia en la tierra, sin un fin y desprovista de sentido, las del ciclo de las estaciones siempre renovadas, las de los muertos que siguen caminando a su lado y se presentan ante ellos en los entresijos de la noche a través de una sombra furtiva o el aullido de un lobo. Y cuando el viejo se calla, cuando el cántico se apaga en su interior, ellos retienen la respiración; se acaba de decir algo acerca de su insignificancia y su majestuosidad.

A la luz de una mañana pálida, el mundo se desvela drapeado de escarcha, centelleante. El aliento de los hombres se condensa en el aire glacial mientras reavivan el fuego. Han excavado el suelo en ciertas zonas, han tensado diversas pieles sobre unas estacas, montando así unas cuantas chozas bajo las que mujeres y niños duermen todavía unos contra otros, guarecidos bajo otras pieles.

Unas grajillas sobrevuelan el campamento, van a posarse más lejos, a las ramas de un árbol, con su plumaje de un azabache intenso sobre la corteza cubierta de escarcha. Observan a los hombres que

podrían abandonarles un bocado y los hombres observan las grajillas que a veces les muestran una carroña alrededor de la cual se apelotonan y se pelean los pájaros —se la roban y la llevan al campamento para alimentarse.

Pronto empezarán a faltar las provisiones. Se nutren de nueces, de bellotas que machacan, hierven varias veces para eliminar los taninos y amasan para hacer tortas que cocinan en las brasas. Rebuscan en los tocones muertos para extraer las larvas, desentierran las raíces, arrancan a los árboles cortezas y musgo comestibles.

Al alba de un nuevo día, atisban un grupo de cérvidos ocupados paciendo en la linde de un bosque. Se arman con azagayas de mangos fabricados con el tronco de los pinos jóvenes descortezados, de puntas hechas con lascas de sílex y el emplumado de halcón o lechuza. Se ponen en marcha; una mujer y tres hombres silenciosos. El último le pisa los talones a un niño de rostro demacrado, apenas púber. Sus miembros son delgados, sus gestos torpes, una barba juvenil le cubre el labio superior y las mejillas. Pasea de un cazador a otro sus ojos sombríos, asombrados, ubicados en el fondo de unas órbitas talladas a buril bajo una frente prominente. Vuelve sin cesar la cabeza hacia el que cierra la marcha —su genitor— y lo sigue de cerca. Busca captar algo del aspecto de los cazadores, de su mutismo, que se esfuerza por imitar.

Al principio parecen alejarse de los corzos que siguen pastando, indiferentes —uno de ellos, un macho adulto que ha perdido los cuernos en otoño, se yergue para vigilar a su alrededor, se queda quieto, olfatea, resopla repetidas veces, con el aliento blanco en suspensión por encima de su cráneo, como si acabara de expirar su alma—, y su progresión sigue una larga curva en dirección al oeste, a través de los matorrales donde se demora la noche, con sus siluetas apenas visibles bajo la luna que decrece, palidece por encima de ellos, mientras la aurora, bruscamente rosada y púrpura, llega para disociar cielo y tierra.

Al ver al viejo corzo alerta, los cazadores se inmovilizan antes de reemprender su progresión en cuanto el animal vuelve a bajar la cabeza. Se detienen entre las hierbas blancas y el adolescente ve al

padre sacando una bolsa de cuero de la maraña de pieles que lo cubren. La levanta y con una presión de sus dedos hace que brote un soplo de cenizas que se dispersa en diagonal entre sus cuerpos atentos y reunidos, indicando que un viento apacible barre la llanura en su dirección.

El padre asiente y los cazadores reanudan la marcha. Llegan a la linde del bosque, penetran en la sombra del sotobosque en el instante en que el gran incendio se levanta por el este y expande sobre la llanura una luz rojiza.

Los cazadores progresan cautelosos, fijándose en dónde ponen el pie en el lecho de hojas, de ramas recubiertas por la escarcha. Enseguida distinguen con mayor precisión la manada compuesta por el macho, tres corzas y un corcino nacido probablemente en primavera pues su pelaje es ya igual que el de los adultos, gris oscuro, perlado de rocío. También llevan en la base del cuello una pechera color claro que desvelan al erguir la cabeza; su labio inferior es blanco bajo las fosas nasales negras, sus ancas están adornadas con una mancha blanca y especular.

El padre hace un gesto rápido con la mano para ordenar a los otros dos cazadores que se desplieguen rodeando la manada y se adentren en la espesura. El chico, que se ha quedado solo con él, ve cómo desaparecen, enseguida absorbidos por los troncos pardos, en la noche del bosque. El hombre le pone una mano en el hombro para que se agache y se oculte tras un árbol caído. Los dos permanecen ahí, en cuclillas, escrutando la llanura sobre la que flotan ahora unas capas de bruma, el humo lejano del campamento y los corzos a contraluz del astro ascendente, reducidos a unas siluetas compactas en su centro, pero cuyos contornos difumina la luz, de suerte que parecen esbeltos, frágiles, listos para evaporarse de un instante a otro.

Sus cuerpos están doloridos por el aguardo y el frío. Aprietan en sendos puños el mango de los venablos. El hijo no aparta la mirada de la cara del padre. Se eleva un sonido lejano, semejante al grito agudo de una rapaz, y el hombre arma el venablo en el propulsor, imitado por el hijo. Retienen la respiración hasta que una segunda señal horada la

llanura. Ven los corzos que, detenidos en su apacentamiento, salen brincando a la vez en su dirección. Los dos ojeadores han surgido del sotobosque y corren a toda velocidad tras la manada, desplegándose a cierta distancia el uno de la otra.

La manada conducida por el macho adulto esboza un movimiento de huida hacia el espacio despejado de la llanura, pero la cazadora desvía su carrera forzándolo a dar media vuelta. Con una mano levantada a la altura del pecho, el padre ordena al hijo que se mantenga inmóvil. El hijo ve los corzos brincando hacia ellos en un silencio que solo rompen el aliento que exhalan y el sordo golpeo de sus pezuñas en el suelo entre dos saltos majestuosos.

El padre baja la mano y los dos se yerguen como un solo hombre, surgen por encima del tronco del árbol tumbado. Contemplan la reacción del corzo, que echa la cabeza hacia atrás. El pánico desorbita sus ojos, el animal desplaza el peso de su cuerpo a la izquierda y vira en dirección al sotobosque.

Los cazadores lanzan a la vez sus venablos que se elevan en la mañana lívida. Todo está suspendido: las armas trazando su trayectoria ascendente sobre la llanura, los corzos levitando por encima de los ramilletes de hierba, el cuello del macho tocando ya la sombra del sotobosque donde las hojas muertas siguen cayendo en espiral desde la espesura de los árboles, el cuerpo oscuro de los hombres en plena persecución y, más allá, alzando el vuelo, un grupo de aves blancas espantadas de unas matas por la huida de la manada.

Los venablos lanzados simultáneamente por el padre y la cazadora van a clavarse en la estela de los corzos, el impacto repercute a lo largo del mango en una vibración sonora. El del segundo ojeador cae entre las hierbas con un silbido de culebra, mientras que el venablo del adolescente alcanza sin ruido una de las dos corzas en la paletilla.

El animal se desvía a la derecha, se derrumba sobre sus miembros anteriores en el lecho de hojas muertas y ramajes helados que cruje bajo su peso. Logra incorporarse a costa de una convulsión de su cuerpo entero y, de un salto, cruza la linde del bosque. Los hombres recogen sus armas, penetran en el bosque tras la manada, pero ya el pelaje de los corzos se confunde con la infinita repetición de los troncos y solo la mancha blanca de sus ancas permite distinguir sus

movimientos espasmódicos a medida que se adentran en la profundidad de los elevados helechos bruñidos por el frío. Los cazadores vuelven a desplegarse, avanzan a distancia unos de otros, su marcha se ve obstaculizada por la vegetación, por las turberas olorosas.

Una luz fría baña el sotobosque, aplana las formas, los colores. Cuando el padre se agacha para palpar con la extremidad de sus dedos un tocón pulverulento y levanta la mano, la sangre que le mancha las yemas es extrañamente opaca; tiene que tender el brazo hasta el tragaluz natural que forman las ramas desnudas de un haya para que el rastro se coloree de un rojo intenso. Se limpia los dedos en el cuero que cubre su torso, escruta el suelo y descubre cerca de un barrizal unas huellas dejadas por la corza herida, indicando que cojea y que ya no puede apoyar el peso en la extremidad anterior izquierda.

El golpeo de un pico en un tronco hueco resuena a intervalos regulares. Una rama cae sobre un lecho de follaje con un crujido sordo. Más allá, fuera del alcance de la vista del padre, el hijo levanta el rostro hacia la copa de los árboles de ramas oscuras. Su aliento se eleva y se disipa por encima de él. Observa el enmarañado entramado vegetal contra el que ha de luchar para avanzar, los troncos relucientes por todas partes, las raíces arácnidas que afloran bajo el humus. El olor de la foresta se le sube a la cabeza y lo desequilibra. Ya no percibe la presencia de los otros cazadores. Le parece que el bosque lo ha empujado hasta las profundidades orgánicas, ese terreno accidentado y pegajoso donde orquesta sus fermentaciones secretas. Se apoya en la corteza empapada de los árboles, extrae el pie de un pozo de agua, de una liana, se extirpa de la gran podredumbre que nutre la tierra y hará que en primavera brote de su matriz una vida despiadada. La luz, matizada frente a él, irradia más allá de los troncos.

Avanza y descubre un claro tapizado por pies de brezo de invierno. La corza está echada en unos arbustos salpicados de flores color malva. Con la cabeza vuelta, se lame el flanco en el que está clavado el venablo cuyo mango toca tierra. El adolescente se mantiene fuera de su vista, disimulado por los árboles. Ve que el corcino va y viene con un trote nervioso por la linde del bosque. La corza renuncia a

lamerse la herida, levanta la cabeza para mirar el corcino. Intenta apoyarse en sus extremidades posteriores para incorporarse, pero solo consigue levantar las ancas antes de volver a caer pesadamente. Estira el cuello, apoya la cabeza en el suelo y no la levanta cuando el joven cazador se acerca a pecho descubierto. Solo un breve temblor recorre su cuerpo, presa de la idea de la huida, y el corcino penetra en el sotobosque donde se queda inmóvil.

El adolescente se aproxima a la corza, se para a su lado, con su sombra cubriendo el pecho y el flanco, agitado por una respiración acelerada. Inhala el olor suave del venado, ese olor a hierro de la sangre pegada al pelaje. Adivina la contracción febril del corazón bajo el arco aparente de las costillas. El ojo de pupila oval e iris castaño refleja una visión distorsionada del mundo, la silueta del joven cazador, las líneas convexas de los pinos de tronco cobrizo, el cielo bombeado por encima de sus copas. Un líquido translúcido fluye, se adhiere a las pestañas y oscurece el pelo raso del carrillo. Se oye un paso en el follaje. El joven cazador vuelve la cabeza y percibe la silueta del padre, que avanza entre los árboles.

Desvía su atención al corcino que sigue alerta en la penumbra del sotobosque, se agacha para arrancar al suelo una piedra medio enterrada que tira con todas sus fuerzas en dirección al animal. El proyectil va a chocar con el tronco de un árbol, el corcino se escapa, se detiene para lanzar una última mirada hacia el claro y la corza tendida en el suelo, da un salto y desaparece.

El padre surge en el espacio despejado del claro, se acerca al hijo con paso firme, agarrando el mango del venablo con el puño. Llega a la altura del joven cazador, baja la vista hacia la corza, levanta la mano para hacer bocina, lanza un sonido breve y repetido que se eleva en el aire vibrante. El animal espira un soplo ronco cuando el hombre se agacha a su lado. El sol acaba de aparecer más allá de los árboles y ahora los baña a los tres —al hombre, al niño, la corza— con una luz cálida que hace humear sus pieles empapadas por el rocío. Los otros dos cazadores emergen del bosque y se dirigen hacia ellos.

El padre deposita su arma en los brezos, dirige la mano izquierda a la paletilla de la corza, y, con la otra, agarra el mango del venablo

lanzado por el joven cazador. Su mano se desliza a lo largo de la madera, pulida para garantizar un mejor agarre. Con un gesto enérgico que hace que sobresalgan de repente los tendones de su cuello, lo clava en el pecho del animal. El filo del sílex se abre camino a través del complejo entramado de músculos, nervios, vasos sanguíneos, perfora el corazón de la corza, presa de un único sobresalto, contenido por la mano del cazador apoyada en su paletilla. Con un movimiento opuesto, el hombre retira el venablo. El mango y la punta surgen, una sangre escarlata brota por el flanco y gotea hasta el suelo.

El padre hunde los dedos en la herida abierta del flanco de la corza, se yergue y marca la frente del joven cazador con un trazo rojo, vertical. Su mano viene a posarse sobre su mejilla con el pulgar manchado sobre el hueso del pómulo y la extremidad de los otros dedos debajo de la oreja. Se detiene en una caricia con su palma rugosa y glacial, cuya sensación perdura en la piel del muchacho mucho tiempo después. Los otros dos cazadores se unen a ellos, contemplan la caza y la marca que ennegrece ya en la frente del hijo.

El padre coge los despojos por los jarretes, los levanta del suelo y se los echa a los hombros. El cuello del animal descansa en su brazo; el ojo apagado, velado, ya no refleja nada y la herida sigue supurando pausadamente. Cuando se pone en marcha y vuelve al bosque en dirección al campamento, con la cabeza de la corza balanceándose contra su brazo, los cazadores siguen su ejemplo. El crío permanece inmóvil en medio del claro. Levanta la vista hacia el vuelo suspendido de un halcón, con el rostro bañado por la luz. Cuando vuelve a centrar su atención en los suyos, ve que la cazadora se detiene para mirar en su dirección antes de cruzar la linde del bosque. Los pájaros se han callado. Él parece dudar si quedarse ahí, en medio de los brezos, del murmullo de los árboles, y renunciar a seguir al grupo. Se tumbaría sobre la huella aún tibia dejada por los restos de la corza y, con los ojos clavados en el cielo, se dejaría enterrar por las hojas pardas, por el mantillo fértil.

El halcón lanza un grito estridente, se precipita en picado sobre una pequeña presa en alguna parte, en la llanura. Entonces el joven cazador se agacha y recoge del suelo su venablo.

A primeras horas de la madrugada, dejan la ciudad tras de sí.

El hijo dormita en el asiento trasero del viejo Citroën BX Break. Con los ojos medio cerrados, ve desfilar por la ventanilla del vehículo las casas unifamiliares de las afueras, los edificios de una zona comercial y sus luces que refulgen en la noche.

Rebasan la antigua estación de mercancías, con los vagones envueltos en óxido y oscuridad, varados entre las zarzas, los silos de una cooperativa agrícola coronados por una bruma azulada debido al haz de un proyector que ilumina una inmensa placa de cemento cruzada de repente por un perro de flancos hundidos.

El niño lo ve desaparecer en la sombra de un camión volquete. Dormita y el perro resurge en sus ensoñaciones, compasadas por el pulso de las luces que llegan hasta él. El animal camina a su lado por un sendero, en el corazón de un bosque profundo —o bien es una llanura salvaje y tranquila, no sabría decirlo—. Su mano roza la cabeza del perro, su palma se posa sobre el cráneo. Ambos andan al paso, con la respiración perfectamente sintonizada, y forman ya un único e idéntico ser, el animal y el niño, un cuerpo unificado, avanzando a través del espacio y la noche que se abren al infinito ante ellos.

La madre levanta la vista y lo mira en el retrovisor. El niño siente en su somnolencia el bálsamo familiar de sus ojos castaños posados en él. A menudo se tumbaba en la cama de la madre, los dos frente a frente en posición fetal, con la cabeza sobre el brazo plegado, y en el frescor del dormitorio resplandeciente de luz contemplaba el rostro de la madre, los ojos de la madre, impregnados de algo indecible, de una tristeza infinita o de una resignación, como si ella se encontrara ante él, su hijo,

desamparada y culpable.

Un fuego aparece, latente, a lo lejos, bajo un cielo sin estrellas, soplo de dragón o de refinería. La madre lo observa un momento antes de que desaparezca detrás de una hilera de árboles desnudos, luego dirige su mirada hacia el padre que tiene la vista fija en la carretera, impasible, agarrando el volante con la mano izquierda, sin pestañear. Solo el músculo de su mandíbula se tensa por momentos bajo la piel de su mejilla ennegrecida por una barba incipiente.

Más tarde, hacen una parada en una gasolinera y los portazos al cerrar el coche despiertan al niño.

—Pásame un cigarrillo, ¿quieres? —pide la madre.

El padre le señala la guantera y rodea el vehículo. Por la luna trasera, el hijo ve las volutas de su aliento a la luz crepitante del neón. El contador desfila a medida que el surtidor llena, ronroneando, el vientre del BX.

La madre se aparta del coche, ajustándose las solapas de la parka al cuello. Enciende un cigarrillo, exhala una primera calada —sostiene el filtro entre las últimas falanges del índice y el corazón, casi a la altura de la uña—, camina a lo largo de un terraplén recubierto por una hierba exangüe antes de volver sobre sus pasos. Se lleva el cigarrillo a la boca, lanza a su alrededor breves miradas que se detienen en las sombras apostadas en el ramaje de los árboles y de los arbustos de alheña.

El niño abre la puerta, baja del vehículo y respira los vapores del gasoil. Se estira, se dirige a la madre que, al verlo, tira la colilla del cigarrillo a sus pies y la aplasta bajo la suela. Al caer, la colilla desprende unas minúsculas brasas que caracolean mientras redoblan de ardor al consumirse. El chico se acurruca contra ella.

No hablan, iluminados tenuemente por la luz que baña la gasolinera, semejante, en la niebla, a un buque fantasma de la marina mercante. El niño inspira el aroma a jabón y a tabaco de la parka. Ella le pasa la mano por el cabello pelirrojo, deteniéndose en la nuca.

—Tenemos que seguir —dice el padre.

Ella asiente y su mano se desliza de la nuca a la mejilla del

niño.

—¿Falta mucho?

—No sé —contesta ella—. Unas horas todavía.

Vuelven al coche y reemprenden el camino. Mientras avanzan por una carretera departamental, pronto se presenta ante ellos una oscuridad total que el haz de los faros logra escindir antes de que se cierre sobre sí misma inmediatamente después. Surgen nuevas capas de niebla, espectros lívidos en levitación sobre el asfalto, combatidos por el BX y devorados por la noche.

Recorren un valle percibido de manera fraccionada a la luz de los faros: bosques resinosos, estacas de madera de acacia alambrando indefinibles pastos cubiertos de escarcha, grandes caseríos de piedra cubiertos de tejados de pizarra, a veces reunidos en aldeas cuyas edificaciones incrustadas en la noche evocan viejas casamatas o los últimos vestigios de una civilización perdida.

A medida que se estrecha el valle, surgen frente a ellos unos colosos dormidos, macizos calcáreos de cumbres invisibles, sombras monumentales más impenetrables que la noche misma; parece como si el Citroën se precipitara hacia una infranqueable muralla que solo podría haber construido la mano de un dios.

El vehículo penetra en un túnel y la luz difusa de los faros se encuentra atrapada, reverberada por los arcos de hormigón, proyectando en el habitáculo una franja de claridad amarillenta que orla los rostros del padre y de la madre. Por encima de ellos desfila la masa inconcebible de la montaña, las decenas de millares de toneladas de rocas magmáticas imbricadas, de granito, cuarzo, mica y limos fósiles. El niño, tumbado en el asiento trasero, retiene la respiración, se pregunta cómo es capaz el túnel de sostener solo todo ese peso. ¿No podría la montaña derrumbarse de repente y sepultarlos?

Desembocan en un nuevo valle y el halo de los faros choca con una pantalla de bruma densa que obliga al padre a reducir la velocidad del BX.

Aparecen brevemente unas señales de tráfico —boyas de

balizamiento en un mar en calma—, una rotonda, una carretera que cruza pequeños pueblos construidos a lo largo de la vía, con sus callejuelas tenebrosas y perpendiculares, la pequeña plaza repetida delante de la iglesia, flanqueada a ras de asfalto por moreras platanifolias de ramas veteadas de guano de paloma, la iglesia tan siniestra y grave como un dolmen con su invariable porche ojival y su campanario clavado en la noche.

Los pueblos desaparecen a su vez y el coche se adentra por una carretera sinuosa, cruza pastos abruptos en medio de los cuales dormita la masa confusa de rebaños sujetos a un suelo pedregoso, pesados haces de heno amontonados bajo lonas, algunos depositados junto a un comedero o una vieja bañera de metal esmaltado que hace las veces de abrevadero, con las ataduras rotas y el fardo deshecho, empapado por la humedad; de vez en cuando, nuevos edificios de viviendas, granjas lecheras o antiguos apriscos adosados a la montaña, construidos en la montaña misma, con sus mampuestos lívidos, sus tejados musgosos y sus ventanas tan abiertas y negras como un abismo.

El niño ve en el arcén una cruz de término que soporta el cuerpo macilento de un cristo de piel metálica, recorrida por capas de liquen o de óxido. Los últimos jirones de bruma se disipan bruscamente y surge el contorno nítido del macizo. La noche porta ahora en ella la espera del alba, esa ínfima variación que resalta los contornos del mundo antes de que sean apreciables, dejando aparecer solo grados de oscuridad. Un velo hasta entonces invisible se desgarra; todo lo que permanecía encerrado entre los bastidores de la noche se ve de repente bañado por una luz azulada que no parece provenir del exterior de las cosas sino más bien emanar de ellas, como una fosforescencia lívida que rezumara de las piedras, del asfalto, del tronco de los pinos y de la frondosidad de los árboles.

El padre mete el BX por un camino de tierra que se adentra en una cañada boscosa poblada de hayas, de robles sésiles y de coníferas. Un pequeño torrente serpentea silenciosamente más abajo, un agua viva y negra se estremece sobre las rocas que afloran en su superficie y, en el sotobosque inmóvil, también algo

está en suspenso, tiembla una impaciencia, la noche se retracta, forma vastos nichos umbríos bajo el ramaje de los árboles donde se mueven y zumban nubes de pájaros.

—Mierda —dice el padre, pisando el freno a fondo.

El tronco de un pino ha surgido frente a ellos en el halo de los faros. Abre la puerta y baja del coche.

—¿Qué pasa? —pregunta el niño.

—Un árbol caído cruzado en medio de la pista —contesta la madre.

Miran al padre que inspecciona el tronco parduzco, pone un pie sobre la luciente corteza y hace presión con todas sus fuerzas pero la copa del pino está aprisionada entre dos robles, en la otra cuneta. Vuelve al coche y se sienta tras el volante.

—No podremos seguir más allá. No tengo con qué talarlo.

—¿No podemos desplazarlo entre los dos? —pregunta la madre.

—Imposible, no está completamente desenraizado. Vamos a seguir a pie.

El padre hace una maniobra hacia el talud, los neumáticos patinan en la tierra suelta, proyectan al camino mantillo y gravilla. Un bandazo desvía el BX hasta un enclave despejado del sotobosque, un helechal sombrío. El padre echa el freno de mano, pone la primera y quita la llave del contacto.

—Coged las cosas —dice.

Bajan del coche.

El padre abre el maletero, saca una primera mochila que tiende a la madre. Ella la coge y la carga, no sin esfuerzo, hasta la zona llana de la pista, donde la deposita a sus pies.

El padre confía otra al hijo, de tamaño más pequeño que la primera, aunque a todas luces pesada, al menos para la débil complexión de un chico de nueve años porque cuando el padre lo conmina a que se dé la vuelta y lo ayuda a pasar los brazos por los tirantes de la mochila, el hijo resopla y se dobla por el peso del fardo antes de bajar con prudencia por el talud para reunirse con la madre.

El padre saca por fin del maletero del coche una última bolsa, tipo petate, llena de bolsillos y correas, más voluminosa que las dos precedentes, que transporta gesticulando hasta el tronco de un pino donde la deja caer.

Vuelve al vehículo, registra en busca de una red de camuflaje y de una linterna, cuya batería verifica. Un inmenso haz de luz secciona la penumbra del sotobosque, desvelando una multitud de troncos y el desnivel acusado del terreno.

El padre da un portazo, acciona el cierre centralizado, introduce la empuñadura de la linterna en el bolsillo trasero de su vaquero. Despliega la red de camuflaje que extiende sobre la carrocería del Citroën e inspecciona los alrededores.

Avanza pisando los brotes pardos de los helechos y el espeso compost del que extraen su subsistencia, aparta unas ramas viejas caídas a los pies de los árboles, sepultadas bajo las lianas y el musgo. Algunas se han podrido y se deshacen en sus manos cuando tira de ellas, otras emergen del humus, desvelan sus ramificaciones como si desenraizara gruesas plantas leñosas.

El padre las arrastra en dirección al vehículo y se esmera en colocarlas en diagonal sobre la carrocería para disimular parcialmente su visión desde el camino.

La madre y el niño lo observan desde abajo. El padre escarba el suelo para extraer dos piedras que cala bajo los neumáticos traseros del coche y luego les da unas patadas para encajarlas bien. Carga con el macuto militar a sus espaldas y llega a su vez a la pista desde donde contemplan un instante la forma del BX que la red de camuflaje y las ramas difuminan entre las sombras.

El padre se sorbe los mocos, se limpia la nariz con el dorso de la mano derecha y dice:

—Vamos.

Emprende la marcha, la madre y el hijo lo siguen. El muchacho contempla a su alrededor la paz del sotobosque donde nada se oye, donde nada se mueve. Toma conciencia del olor de la montaña, un aroma violento compuesto de podredumbre vegetal,

de cortezas, de poliperos y de musgo embebido de agua, de cosas invertebradas que reptan en secreto bajo viejos tocones y rocas quebradizas en el lecho de los arroyos.

El muchacho inspira a cada paso ese perfume, que lo deja aturdido, embriagado, y tiene que hacer un esfuerzo considerable para concentrarse en la cadencia del padre cuyas suelas pisotean despiadadamente la tierra pedregosa, para no perder el ritmo de la marcha a pesar del vértigo que lo embarga.

El camino vira hacia el este, por la umbría de la montaña y una ascensión hacia la cima desvela a la izquierda el horizonte rasgado por el alba, en el que ahora destacan las dolomías calcáreas y las laderas que descienden en picado hacia el brumoso valle. La madre, el padre y el niño vuelven la cara hacia esa aguada celeste y parecen ser incapaces de despegar la mirada, sobrecogidos por la impresión de la inmensidad del mundo y, simultáneamente, la de su infinita pequeñez.

Continúan andando cerca de dos kilómetros más, siguiendo por el camino al borde del cual los taludes no han sido desbrozados desde hace años, pasando junto a viejas huertas aureoladas de bruma donde el bosque ha recuperado sus derechos. Los troncos partidos de árboles frutales centenarios, colonizados por el muérdago, se yerguen en medio de hayas y robles pubescentes de ramas desnudas. Algunas de esas huertas debían de estar en otro tiempo circunvaladas por unos muretes de piedra porque subsiste en ciertas partes la forma derruida bajo la hiedra y la saxífraga.

Atraviesan también las ruinas de una aldea compuesta por granjas a punto de desplomarse con paredes apuntaladas por bejucos tupidos y peludos cuyas raíces adventicias han invadido hasta el menor intersticio. Las techumbres se han vencido bajo su propio peso al hundirse las vigas y los cabrios roídos por la mérula y los insectos xilófagos, arrastrando consigo cascadas de tejas de pizarra.

Las lluvias y los vientos han depositado en el corazón de esas ruinas suficientes aluviones como para que se enraícen en ellas arbustos de saúco negro y escaramujo, y hasta avellanos y robinias.

Los troncos se han abierto paso entre los restos. Surgen por la cúspide agujereada, extienden su ramaje más allá, de forma que las granjas de la aldea y la aldea misma parecen haber sido antaño, en tiempos remotos, las viviendas de seres fantásticos que construyeron deliberadamente esas arquitecturas con el fin de fusionarlas con la vegetación.

Un milano real sobrevuela, estático, la marcha del padre, de la madre y del hijo. Al levantar la vista, distinguen las remeras blancas de sus alas poliédricas que se adaptan voluptuosamente a las corrientes de aire caliente. El ave emite un chillido estridente y las montañas le reenvían un único eco.

Al pasar por un puente que franquea el lecho de un torrente, el muchacho se asoma para observar el agua que espumea en medio de las rocas cubiertas de musgo de un verde resplandeciente. Aquí y allá, en pozos de agua límpida —de una claridad tal que no existe frontera entre el fondo pardo y tapizado de guijarros del torrente y el aire también cristalino del sotobosque —, unos peces de flanco moteado se han refugiado en la sombra movediza de grandes herbarios de vallisneria.

La madre cierra la marcha, le pone al hijo la mano en el brazo para animarlo a proseguir y él ajusta los tirantes de la mochila a sus hombros antes de acelerar el paso para alcanzar al padre.

Enseguida llegan a una bifurcación de la que nace un sendero escarpado que se adentra en el bosque. El padre deposita el petate a sus pies, saca de uno de los bolsillos laterales una cantimplora metálica, desenrosca el tapón para llevársela a los labios.

A cada deglución, su nuez se mueve bajo la epidermis, como a punto de desgarrarla. Se restriega la boca, tiende la cantimplora a la madre que la coge y bebe a su vez.

—Por aquí —dice señalando el sendero con la barbilla.

Su aliento dibuja unas volutas en el aire.

—¿Falta mucho todavía? —pregunta la madre.

—Tres kilómetros aproximadamente. El camino se hace más difícil a partir de aquí.

La madre pasa la cantimplora al niño al que le castañetean los

dientes de frío.

—¿Vas a aguantar? —le pregunta la madre.

—Por supuesto —contesta el padre.

Coge la cantimplora de las manos del chico, enrosca el tapón y la pone en el bolsillo lateral del macuto.

—¿A que vas a aguantar?

—Sí —responde el hijo.

El padre asiente satisfecho.

—¿Ves? —le dice a la madre.

Ella esboza una sonrisa dirigida al muchacho. Vuelven a cargar con las mochilas y reemprenden el camino. Ha amanecido pero la umbría del sotobosque sigue entenebrecida y la pupila de los caminantes se dilata a medida que avanzan bajo el arco deshojado de los árboles, atraviesan un hayedo que resguarda un arriate de hierba rasa salpicado de violetas cuyo perfume embriagador se mezcla con las exhalaciones del sotobosque. Los pájaros permanecen atrincherados en las ramas altas y enmudecen a su paso.

El hijo ve grupos de carboneros palustres saltando de árbol en árbol. Sus pasos sorprenden a un arrendajo ocupado enterrando provisiones de hayucos en una madriguera abandonada por un pequeño mamífero. El pájaro crascita y echa a volar, dejando entrever un espejo alar de un azul metálico. Alertados por el grito del arrendajo, muchos pajarillos alzan el vuelo a su vez desde los endrinos y los cornejos se dispersan por el aire formando una gavilla de color pardo y se reúnen de nuevo en las ramas de otros arbustos, como atraídos por una fuerza magnética.

Ahora el sendero progresa sinuosamente por la ladera de la montaña. Su marcha se vuelve laboriosa, ralentizada por el suelo de tierra húmeda en el que resbalan sus suelas. Deben intentar pisar por las protuberancias de las rocas o el afloramiento de las raíces. La respiración se hace entrecortada y blanquecina en sus labios a cada espiración. Avanzan a un ritmo más lento, entorpecido por el peso de las bolsas que castiga los músculos de sus hombros.

Cuando el hijo tropieza y tiende una mano para asirse al

petate del padre, este se detiene, le dirige una mirada severa conminándolo a tener más cuidado. Asustan a un animal de piel cobriza que puede ser un zorro o un garduño, nadie sabría decirlo con certeza pues la alimaña ha saltado frente a ellos antes de desaparecer detrás de un árbol en un instante, sin un ruido, y desvanecerse en la sombra del tronco.

Una luz pálida penetra horizontalmente el sotobosque, teje trazos de claridad que vienen a imprimirse en la corteza de los árboles. De la capa de humus se elevan fumarolas que ninguna brisa acude a barrer, formando por zonas estratos brumosos en levitación encima del suelo. Mientras retoman la ascensión del desfiladero, el hijo clava la mirada en la espalda del padre y, en su estela, respira su aliento pesado.

*

Tres semanas antes de que emprendan la ruta hacia la montaña, el chico juega en el patio cuando surge el hombre. Como está ocupado en pegarle patadas a un viejo balón de cuero roto que rebota sin fuerza contra los ladrillos de la pared medianera del patio, al principio no lo ve.

El hombre ha llegado por el callejón a la parte trasera de la casa, se ha parado delante de la portilla metálica toda oxidada. Se palpa los bolsillos del vaquero en busca de un paquete blando de Marlboro, saca un cigarrillo, lo alisa entre sus dedos para dar forma de nuevo al tubo de papel finamente estriado, dejando caer de su extremidad virutas de tabaco rubio.

Se lleva el filtro a la boca, inclina la cabeza hacia su hombro izquierdo y protege con una mano la llama de un mechero de plástico translúcido amarillo donde oscila un ínfimo mar de butano. Empieza a lloviznar y unas finas gotas se posan en su rostro y su cabello. Un perro ladra, y su grito repercute en la maraña de patios y callejuelas, todos similares, del viejo barrio obrero.

Le da una calada al cigarrillo, abre los labios brevemente dejando ver una espesa bocanada de humo que aspira entre dientes

reteniéndola un instante en su pecho. La exhala en un soplo vaporoso, disipado por el viento frío que penetra en el patio desde el callejón, transportando olores a sopa, a gas de tubos de escape y a asfalto viscoso.

Fuma mientras observa al chico. Ve la nuca donde el sudor o la llovizna se pega y riza el pelo de su media melena pelirroja. Adivina las piernas y los brazos finos bajo el pantalón y la sudadera del chándal, el cuerpo enclenque. Le resultaría fácil abrir el batiente de la portilla oxidada cuyo débil chirrido se vería enmascarado por el choque repetido de la pelota contra la pared, pisar el hormigón del patio, resquebrajado por grandes grietas de donde surgen brotes de gramíneas dispersadas por el viento o caídas del pico de algún pájaro —resultaría tan fácil enlazar con un brazo el torso del niño, levantarlo por los aires, quizá amordazarlo con una mano cruzada en la cara y llevárselo—. Por el callejón, el hombre volvería a su coche estacionado en el parking trasero del supermercado probablemente desierto a esa hora de la tarde. Abriría el maletero y metería dentro el cuerpo del niño que se debatiría pero al que dominaría fácilmente, asiéndole, con la simple fuerza de su mano, una muñeca o un tobillo para cerrar la puerta.

El hombre se contenta con fumar mientras mira cómo golpea el balón el niño hasta que se cansa o bien un escalofrío eriza la pelusa de su nuca y le advierte de su presencia.

El chico se vuelve, se queda quieto igual que una pequeña presa sorprendida por el vuelo de una rapaz. El balón que acaba de ponerse bajo el brazo entre el codo y la cadera se escapa y cae al suelo donde se arrellana como un odre.

—Hola —dice el hombre.

El niño lanza una mirada por encima del hombro en dirección a la vivienda, una casita obrera construida en los años cincuenta, idéntica a las demás casas adosadas que componen un bloque de una decena de residencias grises, de apariencia vetusta, cada una prolongada por un patio igual que ese donde jugaba el chico un

momento antes.

—Acércate un poco, que te vea.

El niño obedece pero se detiene a una distancia prudencial: si se le ocurriera al hombre tender bruscamente un brazo hacia él, no podría rozarlo con las yemas de los dedos.

El hombre es alto, delgado, va vestido con un vaquero demasiado ancho, manchado con restos de aceite de motor, una camisa de cuadros roja abotonada por encima de una camiseta de algodón blanco y una vieja chaqueta de cuero desgastado. Aún es joven, aunque tenga la barba y el cabello castaños salpicados de canas que centellean según como incline la cara. Sin duda sale del peluquero pues el chico ve brillar pelitos por su cuello y la zona descubierta de los trapecios.

El hombre pregunta al muchacho si lo reconoce y él afirma tímidamente. Para manifestar su satisfacción, el hombre asiente a su vez con la cabeza. Tiende la mano hacia la portilla metálica, empuja el batiente y se adentra en el patio.

Ahora se ha parado frente al niño, y este levanta la cara para contemplar la del hombre de quien le llega el olor a tabaco, a cuero húmedo, a colonia barata. El hombre levanta las manos y las pone en los hombros del chico.

—¿No le das un beso a tu padre?

Se queda mirándolo fijamente y lo atrae hacia sí. Coloca una mano en la nuca del niño, aprieta su rostro contra el tejido de la camisa de cuadros y el algodón de la camiseta a través de los cuales el chico nota el torso nervudo, el vientre duro y plano del padre que lo estrecha tan fuerte que se le corta la respiración.

Los ojos del padre están húmedos de lágrimas y el músculo de su mejilla derecha tiembla. Asiente de nuevo con la cabeza, como si intentara entender todo el alcance de ese instante, captar algo de sus cuerpos inmóviles, uno frente a otro, en medio de una luz mortecina.

Más tarde, sentado a la mesa de la cocina, con el antebrazo derecho apoyado en el hule, tamborilea con las yemas de los dedos

en la botella de cerveza que acaba de coger del frigorífico y que ha abierto con los dientes. Mira a su alrededor la habitación que da al saloncito, la encimera bien ordenada, los dos platos de gres blanco con los bordes desportillados, colocados en un escurridor metálico.

El hijo se queda en el quicio de la puerta. El padre señala la silla frente a él, en cuyo respaldo ha colocado su chaqueta de cuero. El muchacho se acerca y se sienta. El hombre se lleva la botella a los labios, se limpia con el dorso de la mano. Sin dejar de mirar al niño, sin pestañear, se pone a hablar en voz baja, como si cumpliera con una formalidad.

Le pide al hijo que escuche con atención. Le dice que se imagina que, en su ausencia, se ha convertido en el hombre de la casa, que seis años sin la presencia de un padre a su lado no es poco, pero que ahora está de vuelta, que ha decidido que esta vez va en serio y que ya nada lo separará de la madre que quizá siga queriéndolo, que sin duda alguna sigue queriéndolo, o que, si no, volverá a conquistarla, si es que estos años pasados la hubieran alejado de él, y que el muchacho tendrá que acostumbrarse.

Le pregunta al hijo si ha entendido bien lo que tenía que decirle. El hijo asiente y el padre se acomoda en su asiento, satisfecho. Coge el paquete de Marlboro, saca un cigarrillo que hace girar entre el índice y el corazón de su mano derecha. Da unos golpecitos con el filtro en la uña estriada y corta de su pulgar derecho, enciende el pitillo y le da unas caladas implacables. La brasa que aviva consume tabaco y papel con un silbido de hoguera de maleza.

—Estás muy callado. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—No —contesta el hijo.

—Bueno. ¿Y qué edad tienes ahora?

—Nueve años.

—Eso es, sí. Nueve años ya. Demonios, qué deprisa pasa el tiempo.

El padre le da otra calada al cigarrillo y lo deja caer dentro de la cerveza vacía. La colilla crepita débilmente. Una fumarola se escapa del cuello de la botella donde sigue reluciendo la saliva depositada por los labios del padre y se eleva por encima de sus

cabezas.

—Te he echado de menos, ¿sabes, hombrecito? —dice con voz carrasposa, que intenta aclarar tosiendo en el puño.

El hijo se queda atónito y el padre añade:

—Tengo un hambre de lobo.

Se levanta, vuelve a abrir el frigo, saca una fuente donde reposa una carcasa de pollo medio desmenuzada que se baña en una densa grasa refrigerada, lisa y oscura, aprisionando las hierbas aromáticas y trozos de carne blanca.

Coloca la fuente junto al fregadero, coge la carcasa entre las manos, desgarra la piel amarillenta, mete los dedos en el lugar de la articulación del muslo que queda, se abre camino a lo largo del músculo hasta la articulación del fémur que despega sin esfuerzo del hueso de la pelvis, luego, con una torsión de la tibia, separa la zanca y deja al descubierto el cartílago blanco en medio del muñón que suelta un jugo rosáceo.

El padre apoya la espalda en la encimera, se lleva el muslo a sus labios respingones tras los que asoman unos dientes pequeños e irregulares, agrisados por el tabaco, un incisivo roto en su ángulo interno. Suelta los filamentos musculares con un movimiento lateral de mandíbula. Tiene los dedos y la comisura de los labios relucientes de grasa, le ha chorreado un poco de jugo por el borde de la mano izquierda, la muñeca y el antebrazo sin que se dé cuenta o le preocupe.

Traga, se esmera en roer el hueso, romper los tendones, desoldar los cartílagos que crujen bajo la presión de las muelas, mastica la extremidad de la pequeña tibia para extraer la médula, inspecciona lo que queda de la zanca entre la pulpa aceitosa de sus dedos. Finalmente, se vuelve hacia la encimera y deja caer el hueso en la fuente, junto a la carcasa.

Se lleva, uno a uno, los dedos a los labios y los chupa concienzudamente. Se fija en el jugo que ha chorreado a lo largo de su brazo y da un último lengüetazo.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta.

—En el trabajo.

—¿A qué hora vuelve?

El hijo se encoge de hombros.

—Depende.

—Menuda sorpresa se va a llevar.

Y, al ver que el hijo no contesta, añade:

—Estoy muerto. Voy a echarme un poco mientras tanto. Despiértame cuando llegue.

Inclina la cabeza a derecha e izquierda, deja escapar un chasquido sordo procedente de sus cervicales, levanta un puño cerrado hasta la boca y ahoga dentro un bostezo antes de marcharse de la cocina.

El niño aguza el oído para distinguir el ruido de los pasos del padre al subir las escaleras, lastrando cada peldaño con todo su peso y tirando con una mano de la vieja barandilla. Con la vista puesta en el techo, el hijo oye cómo recorre el estrecho pasillo del piso de arriba y entra en el dormitorio de la madre que está encima de la cocina. Percibe el sonido lejano de su cuerpo derrumbado sobre el colchón. Luego, nada más. El niño permanece inmóvil. Tiene las manos húmedas y el corazón le late a toda prisa bajo las costillas.

El año pasado vio en el descampado junto al campo de fútbol, sobre una liana desguarnecida en medio de unas zarzas, una mariposa debatiéndose para liberarse de su crisálida. Bajo las alas aún atrofiadas, unos espasmos recorrían el abdomen enviscado mientras el insecto intentaba extirparse del frágil envoltorio.

¿No podría ahora su corazón desgarrarle el pecho en la luminosa calma de la cocina, dejando tras de sí su cuerpo inútil y desertado?

Solo el chisporroteo del frigorífico y el murmullo lejano de la ciudad invaden la estancia bañada por la luz que filtran las cortinas corridas en el riel metálico de la ventana sobre el fregadero, de un algodón amarilleado por la grasa de cocinar y los cigarrillos que la madre tiene por costumbre fumar bajo la campana extractora, apagando indistintamente las colillas medio consumidas en un cenicero —la concha de una de esas vieiras listas

para gratinar que compra congeladas y luego hornea— o en el seno de acero inoxidable del fregadero.

Si la aguja de los segundos no continuara su carrera en la esfera del reloj de pared, si una mosca no se afanara en una minúscula exploración del hule que cubre la mesa, al hijo le parecería que la luz del final de la tarde posee la densidad del ámbar y que el tiempo se ha detenido definitivamente.

*

La vía se hace aquí más profunda, excavada, con el arcén a la altura del hombro del niño que deja aparecer en un corte la inextricable combinación de tierra ocre, rocas calcáreas y sistemas radiculares de ciegas excrecencias en el espacio oculto del camino.

Musgo y culantrillos han aprovechado su indigencia para quedar suspendidos y los pájaros han anidado en ellos. El hijo ve las cavidades que han acondicionado gracias a la protección de ciertas raíces a las que han enganchado frágiles arquitecturas de ramitas, plumas asedadas, esfagno, todo perfectamente entretejido, consolidado por el mortero que han regurgitado y modelado. A veces se ve temblar algo dentro, unos picos aún blandos se abren a gargantas vivas que profieren débiles trinos reclamando una pitanza.

El desnivel se ha vuelto abrupto, el suelo, traidor; progresan a paso lento. Una pequeña fuente debe brotar en lo alto del desfiladero; el agua corre, forma un reguero en medio, las lluvias han formado unos barrancos tortuosos que ponen al desnudo la superficie plana de las rocas silíceas sobre las que derrapan sus suelas.

Se apoyan en ramas llenas de savia arrancadas por el padre al vástago de un aliso cuya extremidad ha tallado toscamente a navaja. Introducen la punta en las anfractuosidades pétreas. Los tirantes de las mochilas les cercenan los hombros, el peso de los bultos les magulla la espalda, tetaniza los músculos de sus piernas. Tienen que ir haciendo breves pausas en su ascenso para recobrar el aliento, disipar los calambres, secarse el sudor que les gotea por

la frente, que les corre por la nuca.

Dejan atrás la fuente cuya presencia habían imaginado más abajo. Brota perezosamente junto a un tronco desarraigado. El árbol, torcido, ha arrancado del suelo un terrón ahora enhiesto, hostil y negro, cuajado de radículas, abriendo en la tierra unas fauces que inunda el agua clara de la fuente, pocillo hacia el que se inclina el padre para llenar la cantimplora. Beben el agua helada que les encoge la garganta y desprende en su paladar un sabor mineral.

El padre dice que el agua viene de ahí arriba pero no señala ninguna dirección. El chico levanta la vista y no distingue nada más que la copa del árbol resinoso de tronco escamoso que oculta el cielo. Se quedan un momento junto a la fuente que desborda del pocillo de agua clara y fluye entre sus pies.

El padre señala con la punta de su bastón unas huellas en la tierra húmeda, se rebusca en los bolsillos el paquete de Marlboro. Con la mirada fija en las huellas, coloca el filtro de un cigarrillo entre sus incisivos.

—Un zorro —dice—. Habrá venido a beber aquí. Tuve uno cuando estábamos en Les Roches, con el viejo. Aquel bicho estaba más adiestrado que un perro.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta el hijo.

El padre tarda en contestar.

—Creo que no tenía nombre.

—¿Lo tuviste mucho tiempo?

—Unos meses. Un año o dos, quizá.

—¿Qué fue de él?

El padre da una calada al cigarrillo y parece hurgar en su memoria.

—No me acuerdo —responde tirando la colilla.

Luego, tras un nuevo silencio:

—Prosigamos.

La madre pone su mochila en el suelo y casi pierde el equilibrio al intentar cargarla de nuevo. El padre la agarra del antebrazo y la sostiene para que no se caiga.

—No es nada —dice ella.

—Déjame a mí.

—No te preocupes, puedo.

Durante un instante que al hijo le parece extrañamente largo, el padre sigue cerrando el puño y la madre acaba soltándose con una torsión de brazo.

—Puedo —repite a media voz lanzando una mirada rápida al niño.

El hombre coge el asa de la bolsa, se pasa el tirante derecho por el hombro izquierdo y se aleja sin una palabra, con su propio petate a la espalda y la mochila de la mujer pegada al torso.

La madre asiente para indicar al hijo que hay que seguirlo. Mientras el hijo va tras los pasos del padre, ella se queda un momento junto a la fuente y echa una mirada atrás, quizá para evaluar la distancia recorrida. La pendiente del sendero desaparece enseguida ante su vista, absorbida por la vegetación, como si el bosque se cerrara tras ellos. Entonces, plantando de nuevo en el suelo la punta de su bastón, acelera el paso para alcanzar al hijo y al padre.

Una brecha en el bosque se abre a unas praderas escalonadas en terrazas aluviales modeladas por contrafuertes de esquisto arenisco. El aire es aquí puro y vivo, aunque no sople el viento y una niebla densa recubra estas extensiones herbosas, moviéndose lentamente hasta desembocar en el valle. Una llovizna fría se deposita en los rostros de los caminantes mientras siguen por una pista casi imperceptible, quizá trazada por antiguos rebaños, y progresan entre los haces de paja amarilla. La madre y el hijo observan esas landas fantasmales que parecen flotar ingrávidas entre la tierra y el cielo, con la neblina borrando toda perspectiva.

Al muchacho le da la impresión de que se encuentran en el corazón de una de esas nubes que estrechan las cumbres estirándose lánguidamente, luego, fijándose en el padre, lo ve caminando a grandes zancadas para desaparecer poco a poco, desdibujado, sustraído a la realidad del mundo.

El hijo afloja la marcha hasta distinguir apenas una silueta

informe, una sombra en la niebla, pensando que, en efecto, el padre podría volatilizarse y solo quedarían la madre y él, el niño, para recorrer esas tierras nebulosas.

Pero de repente un resplandor brota ante ellos, unos rayos fulgurantes atraviesan la bruma, tocan el suelo y forman en la hierba grandes charcos de luz. La niebla se disipa por completo en un instante, desvelando un cielo incandescente que los obliga a desviar la mirada, y cuando levantan la vista de nuevo es para contemplar nuevas extensiones verdeantes, sembradas de narcisos de las nieves.

Hacia el oeste, las praderas desaparecen, dejando paso a margas recorridas por barrancos en los que a veces han echado raíces pies de gramíneas y matojos adustos, luego nuevas explanadas forestales penetran en un valle umbrío. Más allá del valle, de otros montes y otros puertos de montaña, se elevan cumbres donde centellean unas crestas prodigiosas. Los jóvenes brotes de cebolla silvestre y la tierra fría que van pisando embalsaman el aire.

El padre se detiene, y la mujer y el niño se reúnen con él.

Dice:

—Aquí es.

Contemplan el paisaje en silencio.

Al principio el muchacho no ve el tejado de lajas oscuras, fundidas bajo el sol entre los bloques de migmatitas, y se pregunta qué señala el padre. Mientras se adentran por la pendiente del valle, surge el muro ciego de un edificio adosado al terreno, construido con losetas de gres asentadas, una especie de granja o aprisco de formas severas ya vistas antes. Descienden por el camino, una cuesta bordeada de ortigas. Los tallos, espigados el verano pasado, se han secado y ahora lucen un color blanco tiza.

Llegan a un rellano del terreno estabilizado por unas placas de esquisto de tamaño variable y por fragmentos de laja probablemente procedentes de antiguas techumbres, pues cerca del cuerpo principal se encuentran unas dependencias u otras granjas y apriscos de tamaño más modesto. No quedan ya más que las ruinas

del muro que ceñía el recinto, un amasijo de vigas, cabrios desbastados y chillas medio podridas. Esos cascotes han formado también ahí un terreno fértil para la hiedra y las zarzas cuyas lianas surgen de unas puertas cocheras.

El padre y el hijo sueltan las mochilas.

El hombre se estira, rueda los músculos de sus hombros y hace crujir el cuello.

—Aquí es —dice de nuevo—. Hemos llegado. Esto es Les Roches.

Una sonrisa desvela el colmillo astillado cuando se pega a la espalda del hijo, lo agarra de los brazos y lo estrecha brevemente contra su vientre.

La madre y el niño miran el muro inclinado de piedra clara, la puerta de dintel arqueado cerrada con un postigo de tablones mal ajustados, las dos ventanas con los marcos de madera gris, ambas enrejadas con tres barrotes metálicos, luego, en lo que parece ser la primera planta, la boquera descentrada debido a la inclinación del edificio, y su postigo con los goznes fuera de quicio.

Una gran lona negra cubre parcialmente el tejado de doble pendiente dispuesto en faldones decrecientes, con las lajas más anchas en la parte inferior de la cubierta y las más pequeñas en la cumbre. Adosado al edificio se encuentra un cobertizo, prolongado a su vez por una antigua porqueriza disimulada por las ortigas.

La madre se acerca al edificio, mira la mísera fachada, con la lona en parte levantada sobre la teja plana de la techumbre. Se da la vuelta y contempla la vista, sacudiendo ligeramente la cabeza. Se pasa las manos por el cabello, las deja un rato sobre la nuca con los dedos cruzados, como cuando el hijo la irrita o algo la contraría.

La sonrisa del padre se tuerce en una mueca breve.

Se agacha para rebuscar en los bolsillos laterales del macuto, saca un llavero con antiguas llaves de forja y otras más pequeñas de acero blanco a las que pasa revista con gestos impacientes, ocultando el temblor de sus manos.

Se apresura a utilizar una de las viejas llaves herrumbrosas

para abrir el cerrojo del postigo de tablones mal ajustados que chirría sobre sus goznes, a punto de caer en pedazos, luego abre la puerta principal con ayuda de una de esas pequeñas llaves brillantes y penetra en la penumbra del edificio.

El niño mira a la madre, espera una señal, pero ella no le hace caso; su mirada sigue fija en el horizonte, en las crestas desoladas, en las copas de los árboles, desnudas a contraluz.

El hijo va a reunirse con el padre y entra tras él en el espacio sombrío de una única habitación de suelo recubierto por una chapa de hormigón, solamente amueblada con una mesa, dos bancos de madera de roble, un sofá y un sillón con el asiento desgastado, tapizados de terciopelo oscuro, un aparador y una chimenea.

En un rincón del cuarto, junto a una cocina desconchada, un abrevadero hace las veces de fregadero alimentado por un bidón de plástico translúcido, ubicado en un nicho de la pared. Al fondo, a la derecha, una escalera de madera muy empinada conduce al piso superior.

El padre empuja los batientes de las contraventanas y la luz del día desvela los muros de piedras asentadas con un mortero de cal. Dos soportes metálicos espaciados por unos metros sostienen una viga maestra.

La estancia huele a gres húmedo, a cemento, a ceniza y a tejido enmohecido.

El padre se dirige a la escalera, sube al piso de arriba y abre el postigo de la boquera. Unos haces de luz se cuelan hasta la planta baja filtrándose entre las tablas separadas del entarimado y acarician el suelo de hormigón. De las viguetas cae polvo de madera a medida que va avanzando, primero como una lluvia densa, luego en finas partículas formando lentas circunvoluciones en los rayos de luz, cuyo centelleo retiene por un momento la atención del hijo.

El padre baja con mucha prudencia.

—Hay que tener cuidado. Aquí te puedes romper la crisma en un momento.

El hijo asiente.

—Vete a ver arriba. Tu cuarto es el del fondo.

El padre se encuentra en medio de la habitación, delante de la escalera, y el niño no se atreve a moverse; los dos se quedan ahí plantados un instante, frente a frente, como si el uno esperara que el otro desistiera. El hombre, con la cara cruzada por una raya luminosa, suspira, remiso, de pura rabia o por incomprensión, y se dirige hacia la puerta.

El hijo echa una ojeada por encima del hombro y ve salir al padre. Se acerca entonces a la escalera, pone un pie en el primer peldaño, apoyando las manos en los peldaños superiores, y estira la cabeza hacia el piso de arriba.

Reina el silencio en la casa, hostil y fría. Un escalofrío recorre la cerviz del muchacho cuando un viento fresco penetra por la puerta abierta de par en par y barre la estancia, arrastrando pelusas que ruedan perezosamente sobre el piso.

Asciende a la primera planta compuesta por un descansillo que da a tres cuartos de igual tamaño, separados por tabiques de yeso. Se han fijado cordeles y listones metálicos a los maderos, se han colocado unas bandas de fibra de vidrio bien a la vista, a pesar de que haya un elevador de placas en una esquina del primer cuarto.

Un colchón recubierto con un plástico transparente y recompuesto con cinta de embalar está instalado sobre un somier sin patas pegado al suelo, bañado por el sol que penetra por la boquera.

Un cenicero desborda de colillas sobre los listones del entarimado, junto a una pequeña lámpara de pilas. El cuarto contiene como únicos muebles un armario de madera oscura y uno de esos grandes arcones metálicos que se utilizaban antes para transportar mercancías en las bodegas de los transatlánticos o de los aviones de largo recorrido, pintado de un verde oscuro moteado que deja entrever el metal picado de óxido.

En el baúl se encuentran una guía de plantas silvestres comestibles y tóxicas, una obra consagrada a la fauna regional, una

guía de astronomía y una guía de supervivencia en la montaña. Parece que los libros hayan sido leídos numerosas veces: el lomo está estriado por finos pliegues y las esquinas de las páginas están dobladas y desdobladas.

El niño entra en el cuarto. Por encima de él, tejida entre dos cabrios, ondea una tela de araña, densa y llena de polvo, abandonada desde hace tiempo.

Las voces del padre y la madre llegan hasta el hijo, aunque indescifrables. Se acerca a la boquera desde donde contempla el terreno de abajo, el lento, austero, hipnótico balanceo de los alerces y de los grandes pinos en la linde del bosque.

Ve al padre y a la madre, uno frente a otro.

La madre sostiene su propio brazo con una mano y la cadera con la otra en una actitud de desconfianza absoluta. Sacude la cabeza mientras le habla el padre, como si rechazara escuchar lo que él tiene que decirle o negara sus palabras, y el padre asiente al contrario para convencerla o hacer que entre en razón.

Él habla con gestos vivos, señala ora la casa, ora la pradera, las cimas erigidas más allá, en el cielo impávido, y cuando se gira en su dirección, el hijo retiene un sobresalto. La sangre refluye en sus manos, siente un hormigueo en los dedos; puede que el padre lo haya visto en el marco de la ventana y se imagine que los observa, incluso que los espía, que busca captar el sentido de las palabras que el viento hace llegar a retazos hasta él.

Con el corazón latiéndole fuerte, el muchacho duda si retroceder hasta la sombra del cuarto y se esfuerza por no moverse. Sin duda es demasiado tarde, sin duda el padre lo ha visto, y si huyera le proporcionaría la prueba irrefutable de su indiscreción y hasta de su culpabilidad.

Pero el padre —que, o bien no ha visto al niño, o bien no presta importancia a su presencia ni a que pueda oírlo o no— vuelve la vista, pone a su vez una mano en el brazo de la madre con un gesto de apaciguamiento; de hecho, ella deja de sacudir inexorablemente la cabeza y presta por fin atención al discurso que le dirige el hombre, aunque su rostro permanezca obtuso, hostil a

sus palabras.

El muchacho se da la vuelta y se dirige al rellano.

Frente a él, las otras dos habitaciones. La primera es estrecha, ubicada bajo el desván, acondicionada como cuarto de baño. Hay una vieja bañera de asiento de esmalte rosa adosada al tabique. Pegado a ella, un lavabo con la pila agrietada, del mismo esmalte rosa con un grifo en acero inoxidable inútil puesto que ni el lavamanos ni la ducha están conectados a un conducto de distribución de agua corriente sino a una única tubería de evacuación de polímero gris que corre por el suelo y desaparece por un agujero abierto en la pared, forrado de fibra de vidrio. Un espejo de mala calidad, enmarcado en madera blanca, está suspendido encima del lavabo gracias a un tornillo de cabeza plana clavado en el mortero entre dos piedras.

El otro cubículo hace las veces de segundo dormitorio, como indica el pequeño colchón igualmente protegido con una funda de plástico colocado sobre un somier de madera sin pulir en medio de un montón de lonas, cubos, herramientas y sacos de escayola.

El muchacho se sienta en una esquina de la cama, pasa una mano por el frío plástico que recubre el colchón. El material translúcido se ha empañado y hay pequeñas manchas de moho desperdigadas por todo el tejido. El cuarto huele a yeso húmedo, a tabaco frío y a algo indefinible que emana del desván recalentado por el sol o del entarimado.

El niño mira el dormitorio: nada le permite concebir que el padre haya podido vivir un día entre esas paredes, en compañía de su propio genitor. Se tumba boca arriba y descansa ahora en un bloque de luz que se desprende de una lumbrera. Más allá del cristal contempla un pedazo de cielo denso, y a medida que el calor irradia del desván, va embalsamando su cuerpo cansado y lo sumerge en un torpor hipnotizador, de suerte que le parece que el cielo se desploma sobre él.

*

El niño se levanta de la silla, estira los músculos abotagados por la inmovilidad, se acerca a la encimera y mira la fuente olvidada, los huesos roídos por los maxilares implacables del padre. Abre hacia sí la puerta del armario que contiene el cubo de basura de apertura automática, inclina encima la fuente que golpea contra el borde de plástico hasta que se despegan los bloques de grasa gelificados y el resto de la carcasa del pollo.

Deja la fuente en el fondo del fregadero, sale de la cocina y se dirige a la entrada de la casa desde donde escruta un momento el silencio del piso de arriba. Luego sube la escalera con una cautela extrema, poniendo el pie en el lugar de los escalones que sabe más de fiar para que no lo traicionen con un crujido.

El pasillo está sumido en la penumbra, el olor polvoriento y reconfortante de las moquetas, de las camas deshechas, de los marcos de las puertas y las ventanas, y del cobre de las viejas canalizaciones del cuarto de baño.

El niño anda de puntillas, con la mano en la pared para asegurarse el equilibrio. Bajo las yemas de los dedos, siente el relieve acolchado de los motivos florales de la tapicería que recubre los muros de todas las habitaciones de la planta superior. En el secreto de su cuarto, cuando no consigue conciliar el sueño, le gusta clavar la uña en las protuberancias del papel pintado. Tumbado de lado frente a la pared, imprime pequeñas marcas curvilíneas, ínfimas medias lunas conocidas solo por él, sobre el rosetón infinitamente repetido de las flores y el estudiado entramado de tallos y lianas.

La madre nunca se ha decidido a sustituir esa tapicería, aunque en un principio lo proyectara. Al poner un pie en la casa, juró que la reformaría de abajo arriba, porque en el fondo se trataba solo de una mano de pintura, unos arreglos y cierta redistribución. Pero nunca hizo nada, por falta de tiempo o carencia de dinero, o más probablemente porque en realidad le da igual vivir en esa casa de decoración vetusta, casi anacrónica.

Tampoco buscó sustituir los muebles abandonados por los antiguos propietarios, los cuadros, representaciones oscuras de

reproducciones de grabados pintorescos que, desplazados de su sempiterno sitio al pivotar sobre su clavo, dejan ver una versión anterior del papel pintado, con contrastes más acentuados, con colores más vivos, resucitando una época lejana y recordando al niño que él y su madre están de paso entre los cuatro muros de esa casa.

Un haz de luz oblicuo se difunde por el falso parqué desde el cuarto de la madre. El chico percibe primero la pata de la cama por la puerta entreabierta, la manta arrugada caída en el suelo y los zapatos abandonados por el padre, dos botas de cuero desgastado, similares al calzado de trabajo o de montaña, rudimentario, cubierto de restos de barro seco que se han desprendido por la moqueta beige porque el padre se ha ayudado con la suela de una bota para quitarse la otra.

También ve los pies del padre que sobresalen del colchón, revestidos con unos calcetines de deporte originariamente blancos pero ya negros de suciedad y cuya parte superior desaparece bajo la tela del vaquero manchado de aceite de motor.

El reflejo del espejo del armario medio abierto frente a la puerta desvela a la mirada del muchacho el cuerpo del padre tumbado encima de la colcha, con la camisa de cuadros quitada y hecha un ovillo a los pies de la cama, las manos con los dedos cruzados sobre su vientre, el bajo de la camiseta remangado, por donde asoma un triángulo de piel blanca, la prominencia visible del hueso de la pelvis y el flanco cenceño que baja y sube al ritmo de su respiración.

Pero el espejo del armario limita la visión del padre obstaculizada por una línea que va de su codo derecho a su clavícula izquierda, secciona el colchón y una parte de la mesilla donde se halla depositada esa novela de quiosco en cuya portada se abraza una pareja ante una mar gruesa.

El hombre tiene cogida a la mujer por los hombros y la mujer echa la cabeza hacia atrás como si se desmayara o desfalleciera o ambas cosas a la vez, él mucho más alto que ella, con la piel

oscura, el rostro coronado por unos cabellos negros, ondulados, ella rubia de ojos azules, con la palma de la mano colocada sobre la parte superior del pecho y los labios entreabiertos por donde asoma una fila de dientes muy blancos.

Esa imagen y esa pareja están repetidos hasta la saciedad, con ínfimas variaciones —o bien un atardecer, o bien un hotel de lujo sustituye el mar en segundo plano, o la mujer es morena y el hombre rubio—, en las portadas de decenas de libros semejantes que conserva la madre en las cajas de cartón de la mudanza que nunca se ha molestado en desembalar o que dispersa por la casa, pasando indistintamente de uno a otro según en qué habitación se encuentre.

De hecho, ella sería incapaz de disociar los personajes y las intrigas de esas novelas; todas cuentan, con las mismas e insignificantes variaciones que las portadas, historias de mujeres solas que se cruzan en el camino de un hombre de negocios soltero y romántico con el que viven una pasión sempiterna, de manera que tiene la impresión de estar leyendo una única e idéntica historia renovada constantemente, una larga y reconfortante lectura en la que le basta con dejarse llevar como en esos baños calientes y espumosos que toma por la noche, una vez que el hijo se ha quedado dormido, para calmar las migrañas que suelen dejarla fulminada, y donde acaba durmiéndose a su vez, con un botellín de cerveza y un blíster de analgésicos en el reborde de la bañera, junto a una de esas novelas y al cenicero donde termina de consumirse como un bastoncillo de incienso un último cigarrillo.

El hijo siente latir su corazón en el fondo de la garganta al poner la mano en la manija de la puerta y empujarla lentamente. Apoya el pie en la moqueta que recubre un viejo parqué de listones traidores. Aprieta la mandíbula, bascula el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha y franquea el umbral del dormitorio.

Contempla el cuerpo del padre tendido en medio de una luz pálida y romboidal. Tras la sombra del marco proyectada sobre la moqueta clara, el haz de luz alcanza el rodapié y se eleva a lo largo de la pared, iluminando un cuadro en el que una mujer medio

tumbada en una pradera de un verde cobrizo se arrastra en dirección a una casa con un artesonado de madera clara.

La muchacha tiene el pelo negro ligeramente despeinado y recogido en la nuca. Lleva un vestido de pinzas color rosa pastel, con unas mangas cortas terminadas en un volante fruncido de donde surgen dos brazos de piel lívida y articulaciones anormalmente pronunciadas. El vestido está ceñido por una especie de cadena metálica a modo de cinturón y además la joven va calzada con unos zapatos planos de cuero gris y unas medias blancas.

Arrastra como dos pesos muertos sus piernas replegadas hacia la izquierda —sin duda ya ha avanzado arduamente unos metros porque detrás de ella puede verse aplastada la hierba amarillenta— y, a modo de sujeción de un brazo cuyo codo forma una protuberancia huesuda, parece asir con la mano izquierda un manojo de hierba para ascender hacia la casa en la cima de la colina. Pero las manos de dedos deformes están cerradas sobre sus palmas, asemejándose a dos garras grisáceas.

Frente a ella se extiende la hierba acariciada por el viento, probablemente gramíneas secadas por el sol estival —el cielo que domina la colina y la casa es de un azul límpido—. Unas aves pasan volando por encima de una granja, algunas parecen minúsculas en el cielo blanco, otras franquean la línea del tejado. Una de ellas planea ya sobre la colina, y sus alas extendidas recuerdan las de esas rapaces solitarias que sobrevuelan los campos cultivados al acecho de una presa, o de un cuervo a punto de posarse en el rastrojo.

El cuerpo entero de la muchacha de vestido rosa y manos pétreas tiende hacia la casa que se yergue en la cima de la colina, a la derecha del cuadro; una granja de apariencia colonial, aunque rudimentaria, de dos plantas y vista de tres cuartos. Se diría que la casa y el campo enteros se han quedado desiertos, que la joven del vestido pálido y zapatos de cuero gris está condenada a trepar indefinidamente hacia esa casa fantasmal que seguirá alejándose a medida que ascienda ella por la suave pendiente de la colina, desgarrando la tela del vestido y las medias, arañándose la piel de

sus piernas inertes mientras la colina continúa estirándose y distorsionándose.

La madre encontró esa reproducción de *El mundo de Christina* de Andrew Wyeth hojeando por casualidad una revista en la sala de espera del médico. El hijo recuerda verla lanzando una mirada a su alrededor y echándose la revista al bolso con simulada indiferencia.

Más tarde, recortó cuidadosamente la reproducción en la mesa de la cocina con ayuda de una regla y un cúter antes de encolar el reverso, pegarla a un pedazo de cartón y ponerle uno de esos marcos de pinzas comprado muy barato en una tienda de decoración.

Después de anudar en el envés del marco un trozo de cuerda de cocina, pasó de una habitación a otra, con un pequeño martillo en la mano y un cigarrillo en la boca, estudiando cada una de las paredes y tendiendo a veces el cuadro delante de ella para imaginarse el sitio apropiado. Escogió uno de los muros de su dormitorio recubierto por el antiguo papel pintado de motivos florales medio despegado aquí y allá tras el que asomaba el yeso amarillento.

Clavó una punta de acero de la que suspendió el marco, antes de equilibrarlo y de retroceder unos pasos para contemplar el cuadro. Resbaló el pulgar por la comisura de los labios hasta dar unos golpecitos en su canino inferior.

—Aquí está bien, ¿no? —preguntó mientras volvía la cabeza brevemente hacia el hijo sentado en su cama.

El niño guardó silencio y la madre siguió estudiando el cuadro a la vez que le daba una calada a un Peter Stuyvesant *extra light* y mantenía la mano bajo su axila derecha.

—Sí —añadió en voz baja—, aquí queda muy bien.

Salió de la habitación, dejó al hijo solo frente al cuadro que ahora reposa en la luz grisácea del final de la tarde desvelando el papel arrugado de la reproducción y la fina capa de polvo depositada en el marco. Y mientras contempla al padre adormilado, al niño le parece que igual este ha surgido de la

reproducción porque hay algo —una sensación funesta, un presagio— que parece ligar la amenaza indecible que planea sobre el mundo de Christina y el retorno del padre.

*

Cuando el hijo reabre los ojos, la madre está sentada junto a él en el borde de la cama, con un juego de sábanas sobre las rodillas. El niño se estira y mira la habitación sin reconocerla.

—Te habías quedado dormido —dice antes de pasar la mano por la frente del niño.

—¿Dónde estamos? —pregunta el hijo.

—En Les Roches, ¿te acuerdas?

El niño asiente con la cabeza y apoya la mejilla en los muslos de la madre. Ella le pone una mano en el cuello, el crío se pone boca arriba y la mano de la madre vuela hacia su pecho. Ella siente cómo se levanta plácidamente bajo su palma la caja torácica del chico, cómo late su corazón mientras él contempla de nuevo el rectángulo azul visible por la lumbrera, atravesado por pálidas nubes que se estiran y se disuelven.

—¿Vamos a quedarnos mucho aquí? —pregunta él.

—Bastante, supongo.

—¿Y la escuela?

—No te preocupes por la escuela. Estarás de vuelta a tiempo de empezar el próximo curso.

Se quedan en silencio, con las respiraciones sintonizadas.

—¿Me ayudas a hacer la cama? —pregunta la madre.

Se ponen a romper las tiras de cinta adhesiva que sujetan la funda protectora del colchón, la retiran y la dejan en un rincón del cuarto.

Extienden una sábana de algodón azul encima de la cama, levantan y bajan los brazos. La sábana se hincha y agita una miríada de partículas de polvo en la luz que fluye de la claraboya.

El padre aparece en el umbral de la habitación, apoya un hombro en el marco de la puerta.

—¿Va todo bien? —pregunta.

La madre pasa la palma de una mano por la sábana para alisarla.

—Sí, va todo bien. Ha descansado un poco.

El padre asiente y los observa un instante más.

—Ven a echarme una mano —dice dirigiéndose al niño—. Quedan bastantes cosas que hacer de aquí a que llegue la noche.

Se da la vuelta y desaparece en el pasillo. El niño interroga a la madre con la mirada.

—Ve —dice ella—, puedo acabar sola.

Cuando va a reunirse con él, el padre está esperándolo delante de la casa, fumando un cigarrillo en el llano donde centellean las losas de esquisto. El niño franquea el umbral y guiña los ojos, deslumbrado por el sol que da de lleno en la granja.

—Sígueme —dice el padre.

Camina hasta el cobertizo contiguo, también construido con gres y coronado por un tejado de pizarra. La puerta, compuesta por un conjunto de tablones cepillados, está cerrada por un viejo pestillo asegurado con un candado de combinación.

El padre inclina el hombro, oculta el candado a la vista del niño, con la yema de los dedos da vueltas a las cuatro ruedas, lo desbloquea y empuja la puerta que libera un relente a aceite de motor.

El niño entra tras él en la penumbra del cobertizo.

Se han depositado ahí muebles antiguos: un aparador, un armario, unas sillas con el asiento de mimbre roto, una mesa, todos de la misma madera oscura y polvorienta.

El padre se dirige hacia un grupo electrógeno que pone en marcha. El aparato empieza a zumbar, liberando un fuerte olor a gasolina.

—Enciende la luz detrás de ti —dice el padre que levanta la voz y señala con la barbilla un lugar más allá del hombro del hijo.

El niño se da la vuelta, ve un interruptor y lo acciona.

Una bombilla ocultada por espesas telas de tegenarias desprende una luz amarilla hasta el fondo del cobertizo donde hay almacenados tanques de carburante, bidones de plástico opaco, todo un arsenal de latas de conserva, banastas llenas de alimentos

no perecederos —el hijo distingue paquetes de arroz, botellas de aceite, cartones de tabaco—, amontonados casi hasta el techo.

Varios haces de leña están alineados a lo largo del muro izquierdo junto a una hormigonera y un desbarajuste de sacos de cemento, palas, picos, mazas, herramientas diversas, artesas, cubos, llanas y lonas manchadas de yeso.

El padre se vuelve hacia el hijo.

—Con esto —dice— creo que no nos faltará de nada.

Reúne los bidones en una carretilla mientras el hijo se acerca al aparador, abre una de las puertas bajas que deja ver un montón de vajilla desparejada, manteles o sábanas apolillados que cubren platos desconchados en su mayoría. Cierra la puerta, busca en uno de los dos cajones superiores donde se encuentran mezclados cubiertos, tornillos, pernos y viejas pilas. Pero lo que llama la atención del chico es un objeto envuelto en un pedazo de tela manchada de grasa.

Va a cogerlo cuando el padre le dice:

—¿Quieres saber qué es?

El hijo levanta los ojos claros hacia el hombre que lo mira sin parecer esperar ninguna respuesta, sin severidad. Puesto que el niño no dice nada, él coge el paquete que pone en la palma de su mano izquierda, despliega con la derecha las tiras del tejido manchado y desvela al hijo un revólver de armazón de acero mate y lustroso, de cañón estriado, con un cuadro de mira, y la culata recubierta de dos cachas cuadriculadas. A pesar de los efluvios despedidos en el cobertizo por el grupo electrógeno, el arma desprende un tenue olor a metal, aceite y pólvora.

—Cógelo —dice el padre.

El niño toma el arma con cautela y el padre se mete el trozo de tela en el bolsillo trasero del vaquero.

—Observa.

Hace pivotar al hijo sobre sí mismo hacia la puerta, se agacha y le pasa los brazos alrededor de los hombros. Envuelve las manos del chico con sus propias manos de palmas ásperas, las guía para manejar el arma a la altura de la cara del muchacho.

—¿Ves esta mira encima del cañón? Se llama *guion*. Cierras el

ojo izquierdo. Aquí...

Deja la mano derecha del niño para señalar el visor junto al martillo.

—... aquí está el alza. Tienes que alinearla con el guion. Tómate tu tiempo. ¿Los ves alineados ahí?

—Sí —dice el hijo después de ajustar el arma.

—Ahora, mira más lejos, como si siguieras un hilo que llegara hasta... digamos hasta el tronco del pino pequeño, allí. ¿Lo ves?

—Sí.

—Agarra bien la culata. Tu mano izquierda sostiene la mano derecha. Colocas el índice derecho primero aquí, estirado a lo largo del arco del guardamonte. Armas el martillo con el pulgar. Así. Cuando tengas la diana en línea de mira, pones el dedo en el gatillo...

El padre desliza su índice y el del hijo en el interior del guardamonte.

—Respiras despacio, para no moverte, te concentras en la diana, y cuando estés completamente seguro de ti mismo...

Presionando el dedo del hijo, acciona el gatillo. El percutor oscila hacia delante y el arma emite un chasquido sonoro que sobresalta al niño.

—Bum —dice el padre.

Acciona el botón de liberación del tambor, se abre el cilindro y ambos contemplan las recámaras vacías.

—Me quedan cartuchos en algún lado —dice—. Iremos a tirar de verdad, si quieres. Te enseñaré.

—De acuerdo —contesta el hijo.

—Nos ocuparemos de eso más tarde. Por el momento, hay que ir a buscar agua.

El padre guarda el revólver en el trozo de tela, coloca el arma en el cajón del aparador y lo cierra.

Abre camino por un sendero enyerbado. El hijo va andando tras él, lleva un bastón en la mano con el que corta la cabeza de los cardos oscurecidos por el invierno, y enseguida el padre se pone a silbar alegremente mientras la rueda de la carretilla deja escapar

un chirrido regular y los contenedores de plástico, zarandeados, se pegan contra las paredes del tanque.

Después de tomar el repecho bordeado de ortigas, cruzan una pradera sembrada de pies de consuelda y de borraja. Un aroma a raíces y a savia lechosa asciende del suelo como de un incensario. El sol golpea sus nucas y la landa con una luz implacable.

Los árboles en hilera de la linde del bosque hacia el que avanzan también están fijados por la diáfana claridad. A esa hora no sopla ninguna brisa. Cuando abordan el boscaje, sienten antes de llegar a él el frescor preservado por el sotobosque tapizado de vincapervincas en flor y hiedra de hojas con tonalidades de espuma glauca ascendiendo al asalto de los árboles.

Caminan entre prímulas de flores pálidas, viejas ramas caídas y recubiertas por la hiedra que ceden bajo sus pasos. La bóveda de los árboles secciona la luz y forma haces luminosos a su alrededor. Algunos están caídos en el suelo, otros de pie pero sin savia, con su silueta severa y gris, otros cargan en sus troncos con hongos yesqueros empapados, semejantes a grandes conchas. Otros parecen estar esperando algo, proyectando al cielo su ramaje ralo. Muchos están adornados al noroeste con un espeso musgo y el hijo se detiene para poner la mano encima. Un escalofrío le recorre la columna al respirar como si absorbiera a través de su palma algo de esa existencia vegetal, como si la alfombrilla musgosa le comunicara su esencia y esta recorriera como un relámpago los músculos, los tendones, las fibras nerviosas complejas de su brazo para acabar instalándose en la base de su cuello e irradiar desde ahí.

Dejan la sombra del boscaje, salen de nuevo a la intensa luz de una landa despejada donde han echado raíz en un caos granítico unos arbustos negros y unas coníferas tortuosas. El terreno asciende en una cuesta poco pronunciada hacia las cimas formadas por batolitos que parecen blancos a pleno sol.

Al pie de una gran roca, surgida de una anfractuosidad pétrea, unas aguas tranquilas fluyen por un lecho de guijarros, siguiendo, serpenteantes, la sinuosidad del terreno. El padre se arrodilla con

las manos puestas en una piedra plana y se inclina para sorber el agua de la fuente misma.

—La mejor agua del mundo —dice—. Pruébala.

El hijo se acerca para beber a su vez. El agua está tan fría que siente una punzada en la raíz de las muelas.

—¿Qué? —pregunta el padre cuando se endereza.

El niño asiente.

—Hay más fuentes cerca de la casa —dice el padre cogiendo uno de los bidones de plástico, que tumba en el suelo, con la boca pegada al nacimiento—. Pero yo quería enseñarte otra cosa. Ven por aquí.

Rodea la roca, se agacha, señala una forma espiral que brota de la tierra, con un diámetro equivalente a la anchura de su mano.

—¿Qué es? —pregunta el hijo.

—Un fósil de amonites. ¿Entiendes lo que quiere decir?

El muchacho sacude la cabeza sin apartar la mirada del nautilo.

—Quiere decir que todo lo que ves a tu alrededor estaba bajo el mar hace mucho, mucho tiempo.

—¿Llegaba el agua hasta aquí?

El padre saca el paquete de cigarrillos, lo sacude para extraer el último que se lleva a la boca y aplasta el envoltorio en el puño.

Explica que primero hubo, mucho antes que los hombres, mucho antes que esas montañas, otras montañas más gigantescas aún; que durante millones y millones de años se desgastaron y acabaron por desaparecer. Dice también que el mar, tras la desaparición de la montaña, lo cubrió todo, que hay que imaginarse que ahí había un oleaje turbulento, abismos insondables habitados por criaturas extraordinarias, como demuestra el fósil de amonites.

El padre cuenta que unos movimientos tectónicos levantaron literalmente el fondo del mar, erigiendo nuevas montañas, erosionadas a su vez por las lluvias y los glaciares hasta formar el macizo donde se encuentran hoy el hijo y él y que, a todas luces, fue antaño mucho más alto de lo que se pueda pensar.

—Entonces ¿esta montaña también va a desaparecer? —

pregunta el niño.

—Claro. Está desapareciendo en este mismo momento. Pero no podemos darnos cuenta, tú y yo. Se necesitarían las vidas y la memoria de diez mil, de cien mil hombres puestas en hilera para hacerse una idea.

El niño acerca una mano al fósil y roza su relieve con la yema de los dedos.

*

El rostro del hombre parece extrañamente juvenil, vuelto hacia la ventana, iluminado por la misma luz gris que se proyecta en la pared. Sus labios entreabiertos exhalan un soplido acompasado.

Durante mucho tiempo el chico, cautivado, no puede dejar de mirar. No sabe ni recuerda casi nada del padre: unas pocas impresiones tenues sin imagen, reminiscencias fragmentarias. Y, guardadas en una caja de zapatos en el cajón de una cómoda, dos fotos que conserva la madre.

En la primera aparece ella con el padre, ambos sentados bajo una sombrilla en unos sillones plegables con el respaldo de un tejido azul claro y los brazos de plástico blanco. Están instalados alrededor de una mesa de camping llena de botellas de cerveza, de platos de cartón en los que subsisten restos de ensalada de arroz y de rodajas de melón.

La madre lleva unas gafas de sol grandes, de montura negra y forma de mariposa, y está vestida con una camiseta amplia, blanca, con las mangas subidas hasta los hombros, morenos. También lleva un pantalón corto deshilachado que le ciñe los muslos, cortado de unos vaqueros viejos, y lleva el pelo sujeto hacia atrás con una simple torsión, retenido por un bolígrafo o un palillo. Con el codo apoyado en el brazo del sillón, tiene el antebrazo levantado, de forma que la mano le oculta parcialmente la boca. Tiene la cara echada hacia atrás, se ríe a carcajadas y sus piernas desnudas reposan medio dobladas, con los tobillos cruzados, sobre los

muslos del padre.

Él está vestido con un pantalón corto de nailon oscuro, con el torso, delgado y lampiño, al aire. Está echado hacia delante en el sillón, de suerte que la piel de su vientre forma tres pliegues a la altura del ombligo. Lleva en la parte superior del bíceps izquierdo un tatuaje de detalles indistintos que representa una serpiente enrollada alrededor de una daga, con el filo hacia el codo, y la cabeza de la serpiente reposa sobre su mango en un movimiento de reptación ascendente.

Con la mano derecha agarra un tobillo de la madre y le pasa el brazo derecho alrededor de los muslos para mantenerla inmóvil. Con la boca abierta de par en par, los labios respingones dejando asomar una mandíbula de dientes apretados, hace como que está a punto de morder la pantorrilla de la mujer. Él también está muerto de risa, con la mirada vuelta hacia ella.

La segunda fotografía muestra al padre en compañía de otros tres hombres que posan junto a un 4×4 de carrocería gris estacionado en un campo labrado, frente a la linde de un bosque del que solo se distingue al fondo un sotobosque arbustivo de donde emergen unos troncos de un parduzco reluciente.

La foto parece tomada en otoño o en invierno: los cuatro hombres están bañados por una luz difusa, llevan botas y pantalones de lona de color oscuro, algunos con bolsillos a la altura de los muslos. También van vestidos con unas camisas gruesas, jerséis de cuello alto, parkas acolchadas y chaquetas impermeables.

Uno de ellos —el hombre más a la izquierda de la imagen—, que les lleva media cabeza a los otros y va con una gorra de color caqui, ha levantado el brazo izquierdo para poner la muñeca sobre el hombro del vecino, un hombre blondo de ojos claros, con la cara oculta tras una barba también rubia.

Con el torso abombado, sostiene entre los dos caninos un cigarrillo liado y el humo, que le vuelve a la cara, lo obliga a hacer una mueca para cerrar el ojo derecho. Ha pasado un brazo por la espalda del hombre de la gorra caqui y con el otro rodea los

hombros del padre que se encuentra en el centro de la imagen. El padre agarra la muñeca del hombre a la altura del pectoral y mira en dirección al objetivo, levantando la barbilla e inclinando el rostro con aire de suficiencia o de satisfacción y una sonrisa esbozada en sus labios.

A la izquierda del padre se encuentra un último hombre con la cabeza afeitada, vestido con una camisa de cuadros rojos y verdes, con las mangas subidas a la altura de los antebrazos tatuados. Sostiene entre el pulgar y el índice de la mano derecha un cigarrillo, igualmente liado, que se lleva a la boca y al que debe de estar dándole una calada porque sus mejillas oscurecidas por una barba se hunden mientras, también él, mira fijamente al objetivo. Con la mano izquierda tiene cogida la culata de una escopeta, el cañón está apoyado en su cuello y la extremidad del arma desaparece detrás de su cráneo.

El hombre más a la izquierda de la imagen también sostiene un fusil con la mano derecha que descansa igualmente sobre su hombro, y el padre tiene un arma cuya culata de madera reluciente está apoyada en el suelo mientras él empuña el doble cañón de metal oscuro.

A sus pies se hallan los restos de un ciervo adulto tumbado de costado, con el abdomen vuelto hacia ellos, los miembros anteriores doblados y los posteriores extendidos en la paja, el ancho cuello caído hacia atrás en una torsión extraña, la cabeza ladeada reposando en el suelo de forma que su imponente cornamenta, cuyas astas cuentan con cuatro y cinco candiles respectivamente, se mantiene enhiesta delante de los cazadores y desvela su ojo izquierdo. Una última escopeta —se puede suponer que pertenece al hombre rubio, el único desarmado— está colocada sobre el vientre del animal.

En la base de la cornadura, el pelaje pardo, húmedo y tupido del ciervo está marcado por un orificio rojo que se empieza a secar y a ennegrecer a medida que se extiende pesadamente hacia el pecho. Por la comisura de la boca asoma un trozo de lengua y su ojo izquierdo, el único visible, sobre el que no se han abatido los párpados pestañosos, parece contemplar, indiferente, el júbilo de

los hombres y la superficie plana de los campos colindantes.

La madre nunca le ha hablado de esas fotografías, nunca, después de que se fuera, ha hecho mención del padre más que por casualidad, en medio de una conversación, pareciendo arrepentirse inmediatamente, como si esa sola evocación le hiciera el efecto de una cuchilla afilada clavada entre sus costillas. Sin duda esas fotos se tomaron antes del nacimiento del hijo —se ven más jóvenes la madre y el padre y el hijo no aparece—, pero él las ha contemplado en secreto a menudo y no puede disociarlas de su memoria.

Le parece haber vivido esos instantes, haber visto al padre mordiéndole la pierna a la madre e imprimiéndole la marca irregular de sus dientes. Cree haber sufrido el sofocante calor de esa jornada estival bajo la sombrilla, haber compartido su alegría y su complicidad, haber percibido el olor a tierra fría del campo cubierto de rastrojo y el del pelaje del ciervo manchado con su propia sangre. También está convencido de haber sentido el olor al humo del tabaco exhalado por los hombres, el de sus ropas húmedas, pesadas de tanta lluvia y sudor.

No tiene un recuerdo preciso de la partida del padre. De su vida junto a él no ha conservado más que una serie de impresiones fragmentadas, quizá ficticias y en parte construidas a partir de las fotografías escondidas en la cómoda. Por el contrario, está invadido, como moldeado por la presencia física de la madre, de su ubicuidad, pues aparece y colorea, a cada momento e intensamente, cada recoveco de la intrincada trama que compone ya su memoria.

Si tuviera que describirla —algo que no sabría hacer recurriendo a las palabras—, invocaría sin duda imágenes de ella, reminiscencias cuidadosamente guardadas consigo, instantes, fracciones de frases proferidas a través del tiempo, impresiones contrarias y sentidas simultáneamente, que acabarían por esbozar no un retrato, sino una evocación, un precipitado, y por liberar algo de su esencia.

A los veintiséis años la madre es joven aún. Dio a luz al hijo con solo diecisiete, antes incluso de sentir el eventual deseo de ser madre, algo que le dijo un día abruptamente, después de enfadarse con él y volver luego a llamar a la puerta de su cuarto donde lo había castigado minutos antes.

Está sentada en una esquina de la cama, junto a él. La luz que penetra por la ventana e ilumina el lado derecho de su cara y su cuello deja ver una de esas placas rojas que le salen ahí cuando se enoja. Dice que ella no quería tener hijos, que ni se le había pasado por la cabeza, que era simplemente una niña descarriada y que lo del hijo le cayó encima como una desgracia, un golpe del destino. Reconoce que es iracunda y torpe, que no sabe cómo arreglárselas, cómo hacer las cosas bien, que nadie le ha enseñado.

Al principio del todo, después de que se fuera el padre, vivieron en un pequeño apartamento compartido con la madre de la madre, una mujer gris y resignada, siempre con una mueca de congoja en el rostro y suspirando continuamente al menor gesto, a la menor palabra. La vida misma, en su absoluta banalidad, le suponía una montaña, un sufrimiento perpetuo, y era incapaz de prestar atención a su hija si no la martirizaba con una letanía de consejos, de reproches constantes, de forma que ambas —por una razón que se le escapa al niño, pero que adivina lo suficiente como para no tener ni la necesidad ni la curiosidad de preguntarle a su madre a ese respecto— acabaron por enfadarse de manera irremediable y la joven se marchó un buen día, arrastrando al hijo con una mano y con la otra una maleta de ruedas que contenía todo lo que poseía.

A partir de aquel momento el niño ve a la vieja madre de ciento a viento cuando ella, al pasar por casualidad o adrede cerca de la escuela municipal, lo observa desde fuera de la tapia del patio, a la hora del recreo, y le hace una seña para que se acerque con el fin de tenderle un caramelo extraído del bolso rojo de charol que tiene bajo el brazo, bien apretado contra su demacrado costado.

Acorta al máximo el asa única que se cuelga al hombro,

manteniendo así el bolso curiosamente alto, como si se tratara de un objeto valioso que le envidiara todo el mundo cuando —y el niño lo sabe por haberlo explorado ya— en realidad no contiene nada más que un estuche de gafas, un monedero del mismo cuero rojo, acharolado y desgastado, un pañuelo de papel, una agenda telefónica, puede que aún conserve ese broche chapado en oro con el imperdible despegado y una caja metálica azul de la que extrae una gragea con sabor a savia de pino que el hijo acepta por un oscuro sentido del deber o por conmiseración, llevándosela a la boca y escupiéndola luego en cuanto puede, en cuanto la vieja madre se da la vuelta después de pasar por el entramado de la reja una de sus manitas de palma reseca para acariciar la mejilla cuajada de pecas del muchacho, con la boca temblorosa, mirándolo con sus ojos descoloridos, orlados por unos párpados húmedos y enrojecidos a fuerza de no derramar nunca ni una lágrima.

La madre, sentada en el borde de la cama, llora desconsoladamente. Implora su perdón, y en cuanto él se lo otorga, vuelve a circularle la sangre y desaparece la placa roja en su cuello. Acaba de liberar su conciencia de un gran peso. Con la cara aún bañada en lágrimas, se ríe ahora por una tontería que ha soltado el hijo, lo atrae hacia sí y lo estrecha en sus brazos, lo besa con fervor en la cabeza y en la frente, jura que es lo que más quiere en este mundo, que es su hijito del alma, y que es solo suyo y de nadie más.

Desde el nacimiento del niño, sufre de violentas migrañas que la obligan a refugiarse en la cama o en el sofá, a veces durante varios días consecutivos.

No soporta ni la luz ni el ruido, cierra bien todo —al encontrar las contraventanas entornadas cuando vuelve de la escuela, el chico sabe que hay un ataque en ciernes o en pleno apogeo—, le pide al hijo que vacíe todos los ceniceros cuyo olor le repugna repentinamente, que guarde en un armario el reloj de pared de la cocina y el reloj de pulsera que suele llevar pues hasta el sonido de la trayectoria del segundero le resulta intolerable.

Él le lleva unas manoplas de baño empapadas en agua fría y Synthol que se aplica ella en la frente antes de tirarlas al suelo cuando se entibian, y que siguen perfumando la casa con efluvios medicinales de mentol y geranio mucho tiempo después.

Él le presiona las sienes con las yemas de sus deditos en el lugar donde le sobresale una vena que late al ritmo de su pulso, para regular el flujo sanguíneo que la hace sufrir.

El hijo aprendió pronto a ducharse, cocinar, vestirse solo porque ella, en esos casos, era incapaz. Le dice que el dolor era tal que podría darse de cabezazos contra la pared o que preferiría reventar ahí mismo; hasta hablar le supone todo un esfuerzo.

Él aprende a vivir a la sombra del dolor de la madre: sus gestos se vuelven más lentos y cautelosos, sus juegos apenas susurrados en la penumbra de su cuarto. Permanece siempre al acecho de los movimientos de ella, de las vueltas de su cuerpo en la cama, de sus llamadas, de sus gemidos.

Cuando se le pasa el ataque, que la deja agotada, desfallecida pero infinitamente aliviada, le pide al hijo que se eche junto a ella. Lo abraza, acariciándole una y otra vez brazos, manos y pies. Le sostiene la cara entre las palmas de sus manos, como para asegurarse de su existencia material o como si estuviera moldeando un panecillo de arcilla, dándole forma, rectificándolo.

—Mi pelirrojito —dice—, mi cachorrillo de zorro.

Ella vuelve a la vida, y las cosas le parecen más verdaderas, más intensas, más frágiles también. A veces pide febrilmente al niño que le prometa que no la dejará, que no la abandonará, que nunca se alejará de ella.

La madre es tempestuosa, cabal y apasionada, siempre carcomida por las dudas, los remordimientos, los arrebatos de alegría y los profundos abatimientos.

Guarda en el cajón de su mesilla un tarot adivinatorio de Marsella y afirma haber aprendido de adolescente a leer los arcanos, o que un don la predispone a captar su sentido secreto, pero tiene que ayudarse con una pequeña guía conservada aún en el embalaje azul-blanco-amarillo-rojo para interpretar las cartas que echa delante de ella, sentada en la cama, con las piernas

cruzadas, un Peter Stuyvesant entre los dientes, siempre en busca de una promesa de dinero, de trabajo, de días mejores, de amor, sobre todo.

Se pone contenta cuando le sale la Estrella, el Sol o la Fuerza, pero cuando aparece la Muerte, se apresura a leerle al hijo la descripción del librillo que le anuncia que la carta no es tan funesta como podría creerse sino que simboliza el cambio, la transformación dentro de una vida mejor, una especie de renacimiento.

A veces se contenta con volver a ponerla precipitadamente en el mazo y extraer otra carta. Lo que más la entusiasma es sacar el Enamorado, aunque la guía la deje escéptica, al evocar tan solo el altruismo, la confianza, la honestidad.

Sueña con encontrar a un hombre que la ame, dice ella, como la amó el padre, es decir con ese amor tumultuoso, despiadado, que le parece el único posible, el único válido.

Luego, en el mismo arrebato, asegura que cualquier otro tipo de amor le resultaría preferible, cualquier otro hombre que no la hubiera dejado sola con un crío en los brazos.

*

Cuando vuelven a Les Roches, la madre está sentada sobre una pila de tejas de pizarra amontonadas contra la fachada. La puerta abierta de par en par libera un aroma a jabón negro, y el suelo de cemento ha quedado oscurecido por el fregado.

El hijo se acerca a la madre, le tiende una rama de castaño.

—Mira —le dice.

Ella coge el trozo de madera, lo gira entre sus dedos. El padre pasa junto a ellos, empuja la carretilla hasta el cobertizo, abre el candado y descarga los bidones de agua.

—¿Qué es? —pregunta ella.

—Vamos a hacer un tirachinas con esto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué harás tú con un tirachinas?

El padre sale del cobertizo, se enciende un cigarrillo mientras contempla el paisaje y se sienta en el suelo, a unos metros de ellos,

con los antebrazos apoyados en las rodillas y las muñecas caídas.

La brasa dirigida hacia él exhibe un brillo rojizo contra la palma de su mano y el humo, un instante retenido en el puño ahuecado, se escapa indolente entre el pulgar y el índice reunidos. Mira al niño que habla a la madre y a la madre simulando estar interesada por el trozo de madera.

Saca de uno de sus bolsillos una navaja y despliega la hoja.

—Acércate y verás.

El hijo se dirige hacia él y el padre se planta el cigarrillo en la comisura de los labios. Coge el trozo de madera, empieza a retirar la corteza, con el pulpejo de su dedo gordo apoyado en el lomo de la navaja sostenida en diagonal.

—Ahora tú.

Tiende el cabo de la navaja al niño que se instala junto a él, con las piernas cruzadas. Por momentos el padre se agacha para guiar sus gestos. La madre apoya la parte posterior de la cabeza contra la piedra del muro y, con los ojos cerrados, deja que la luz bañe su rostro. Oye las voces del padre y del hijo aplicados en descortezar el trozo de madera. Ella respira el olor a gres calentado por el sol, a jabón negro y a menta silvestre.

—Mañana —dice el padre mientras el hijo se levanta y se sacude los trocitos de corteza del pantalón— le daremos un poco con el soplete para endurecer la madera.

El hijo mima la tensión del caucho elástico, apunta alrededor de ellos a unas dianas imaginarias silbando entre los dientes. El padre y la madre lo ven alejarse por la hierba.

—Aquí estará bien, ya verás —dice el padre.

Sus miradas se cruzan y la madre sonríe vagamente. La luz del atardecer ha vencido su contrariedad, sus reticencias. El cansancio se ha apoderado de ella. El padre se levanta, se acerca y se agacha a su lado. Pone la mano en la mejilla de la madre, la desliza hasta la mandíbula y le agarra la barbilla con los dedos.

—*Estaremos* bien.

Ella pone una mano sobre la del padre. Con su mirada elevada hacia la de él, le dice:

—Solo querría que consiguieras deshacerte de esa ira, de esa

sombra que planea todo el tiempo sobre ti.

Sin pestañear, el hombre parece escrutar su rostro. Sus ojos van desplazándose mediante ínfimas intermitencias, como si buscara reconocer o memorizar cada detalle, cada milímetro de piel, antes de volver a clavarse de nuevo en los de la madre.

—Voy a encender un fuego —dice—. Las noches son frías aquí.

Tras un silencio, añade:

—Creo que ya es hora de que le hables.

La madre asiente y él se aleja en dirección al cobertizo, a cuya sombra ella lo ve desaparecer para resurgir un instante después con los brazos cargados de leña.

Ella se apoya en el suelo, se pone de pie a su vez, da unos pasos y busca al hijo con la mirada. Al no verlo, se adentra por el camino que han trazado en la pradera los pasos del niño. Lo encuentra más allá, tumbado boca arriba en medio de la hierba, con el tirachinas levantado hacia el lejano vuelo de un pájaro.

—¿Vienes conmigo a dar un paseo por el bosque?

Tiende la mano al hijo. Del lecho improvisado del niño asciende, al incorporarse, un olor a transpiración juvenil y a tierra fría.

Caminan durante un rato, cogidos de la mano, sus cuerpos se juntan o se apartan según la cadencia de sus pasos, los obstáculos reales o imaginarios que evita el hijo, brincando, esquivándolos, tirando del brazo de la madre.

El sol se pone, baña la pradera con una luz oblicua que los ciega, todavía invernal. El hijo suelta la mano de la madre y corre hasta la linde del bosque donde el tronco agrietado de los pinos salpicado de oro exuda un aroma a resina. Andan por la sombra esparcida de los árboles, sobre una capa de agujas rojizas que cruje bajo sus pies. El hijo se agacha para recoger piñas de alerce que examina para luego, tras una minuciosa selección, guardarlas en sus bolsillos o arrojarlas delante de él.

A veces la madre lo adelanta, levanta la vista hacia el claroscuro de las ramas donde crecen nuevas agujas, con el rostro

moteado de sombra y luz; otras veces es el hijo quien pasa por delante para alcanzar un árbol cuya rama baja le permite colgarse de él y columpiarse.

Ella apoya el hombro contra el tronco.

—Tengo que decirte algo.

Desde su percha, el hijo inclina la cara hacia ella y la madre desvía la mirada hacia el sotobosque sosegado.

—Voy a tener un bebé —dice.

El hijo no contesta, se fija en la corteza agrietada del árbol y se esfuerza por arrancar un trozo.

Ella añade:

—Aún no sé si será un hermanito o una hermanita.

El hijo trepa a una de las ramas superiores, se sienta a horcajadas, con la espalda apoyada en el tronco.

—Ten cuidado —dice la madre—. No te subas tan alto.

—¿Va a nacer aquí? —pregunta el niño.

—No. Volveremos a casa. Nacerá en otoño.

Desde su puesto de observación, el hijo distingue la pradera más allá de los árboles y la forma monolítica, distante, apenas esbozada, de la casa en medio de la vegetación.

Está inmóvil, envuelto en el frío olor de los pinos. La madre también permanece a los pies del árbol, paciente y pensativa, atenta a no apurar al niño hasta que alcance la rama más baja, desde la que se deslizará, aterrizando a su lado con los pies juntos.

Ella coge las manos del muchacho entre las suyas, parece querer decirle algo pero renuncia. El hijo se escabulle y se va. Ella se queda sola un momento en el silencio embalsamado, luminoso del sotobosque.

La noche de su llegada a Les Roches, cenan bajo una bombilla desnuda alimentada por el generador que emite un sonoro zumbido tras el grosor del muro de mampostería.

La lumbre, encendida hace un rato por el padre, calienta ya la estancia única, inhóspita unas horas antes y ahora animada por el crepitar de los leños y el halo de las llamas. El conducto de la chimenea ha expulsado primero una espesa humareda de la que

aún subsiste un velo que densifica la luz.

Han calentado las conservas de raviolis que la madre sirve en viejos platos de loza desparejados. Cenan también unos biscotes, una lata de paté y unos palmitos en vinagreta pero, por frugal que sea la comida, nada puede amargar el buen humor del padre a quien el vino vuelve afable y voluble. Les explica con detalle los proyectos que tiene para la casa, las obras que piensa llevar a cabo durante sus meses en Les Roches: lo primero, consolidar el tejado, luego embaldosar el suelo de la planta baja, pintar los tabiques del piso de arriba; todas obras de pequeña envergadura a las que, según dice, lleva consagrándose ya desde la muerte de su padre, cuando el tiempo y el dinero se lo han permitido.

—Y subir todos los cacharros hasta aquí, las herramientas, los materiales, puedo decirte que no ha sido moco de pavo —le confiesa al hijo mientras se agarra a uno de los dos cordeles que cuelgan junto a la mesa.

Enciende un cigarrillo, le da una calada que le produce un escalofrío, exhala el humo por las fosas nasales, inmerso en sus pensamientos.

—Pero sabía que merecía la pena —dice—. Sabía que un día vendríamos aquí, todos juntos.

Se calla de nuevo, coge el vaso de vino.

—Por nosotros. Por nuestra nueva vida.

La madre duda.

—¿Brindas con nosotros? —le pregunta al hijo.

El niño asiente y levantan los vasos que entrechocan sobre el hule. El padre echa atrás bruscamente la silla y dice:

—Esto hay que celebrarlo. Ahora vuelvo.

Sale de la casa. Ella tiende la mano derecha por encima de la mesa para pasar el pulgar por la comisura de los labios del chico, manchados de salsa de tomate.

—Mírate —dice—, te has puesto perdido.

El hijo se limpia con el dorso de la mano cuando reaparece el padre. Lleva una radio pequeña, de pilas, toda manchada de yeso o de pintura, y despliega la antena telescópica. El aparato chirría cuando lo enciende y recorre en vano la FM. Al principio oyen

frecuencias lejanas, luego pasa a la AM y consigue captar una emisora musical que emite *A Whiter Shade of Pale* de Procol Harum. La señal se vuelve más nítida cuando el padre levanta la radio hasta el techo y corre a apagar las luces, dejando la habitación solamente iluminada por las llamas rojizas del fuego de la chimenea.

—Sube —dice al hijo golpeando el mantel con la palma de la mano.

—¿Adónde? —pregunta el chico.

—Aquí, encima de la mesa, ¡vamos, date prisa!

El muchacho lanza una mirada a la madre que sacude la cabeza para mostrar su impotencia y, aceptando la mano que le ofrece el padre, el hijo se encarama a la mesa, con los pies plantados en medio de los platos. El padre sube al máximo el volumen de la radio y se la tiende al niño.

—Mantenla bien arriba y sobre todo no te muevas.

Coge las manos de la madre que se resiste, protesta en vano, acaba por ceder y luego levantarse y, acurrucada entre sus brazos, con la sien apoyada en el hombro del padre, amaga los pasos de un baile lento y dulce mientras la voz chirriante de Gary Brooker llena la estancia:

And so it was that later
As the miller told his tale
That her face, at first just ghostly
Turned a whiter shade of pale.

Más tarde, el hijo agotado se queda dormido delante de la chimenea, en el sofá. El padre y la madre permanecen despiertos bastante tiempo, sentados frente a la mesa y unas tazas de café que se ha quedado frío. El padre fuma un cigarrillo tras otro y la madre da una calada de vez en cuando. La radio encima del hule difunde con el volumen bajo una remota emisora en español. Las voces de la madre y el padre llegan confusamente hasta el hijo, así como el olor y el color rojizo de la lumbre que va a avivar el padre echando un nuevo leño.

Algo, desde su somnolencia, le parece sereno, confundido con una de sus reminiscencias de tiempos pasados, quizá incluso imaginarios, en que el padre y la madre se amaban con un amor tranquilo, sin amenazas, y hasta la presencia de Les Roches, de los muros de carga alrededor de ellos, del viejo tejado de pizarra por encima de sus cabezas, le procura esa sensación difusa de comodidad y alegría.

*

Cuando la madre vuelve del trabajo, se encuentra al hijo sentado en las escaleras de la entrada de la casa. Lleva una bolsa de la compra en cada mano y empuja con el pie la portilla metálica toda oxidada. Se percata de la presencia del hijo, se queda inmóvil un instante mientras la portilla detrás de ella se cierra sobre sus goznes, luego cruza el patio.

Al llegar al pie de la escalera, pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Está aquí —contesta el hijo.

La madre sacude la cabeza.

—¿Está aquí? ¿De qué estás...?

Se interrumpe cuando el hijo levanta la cabeza en dirección a la ventana de su dormitorio, en el piso de arriba, entonces sube lentamente las escaleras de la entrada, cruza el umbral de la casa y va hacia la cocina. Deja las dos bolsas de la compra en la mesa y se queda quieta, con la cabeza gacha, sin pronunciar una palabra. Se incorpora por fin y se vuelve hacia el hijo que la ha seguido y permanece de pie a sus espaldas.

—¿Cuándo ha llegado? —pregunta en voz baja.

—Hace un rato.

—¿Qué está haciendo?

—Duerme, creo.

La madre cabecea varias veces, se acerca al hijo y le agarra la cara entre las manos. Coge el mechón de pelo que le tapa la frente para retirárselo y con el pulgar le acaricia la sien.

—Quédate aquí —dice—. ¿De acuerdo?

Sale de la cocina, se detiene delante de la escalera que da al piso de arriba y se retuerce los dedos. Parece más pequeña y frágil a la luz del vestíbulo, pero su cuerpo está en tensión, dominado por una rigidez altanera, belicosa, como si se preparara para combatir con el padre. Sube los peldaños, el hijo la ve desaparecer, absorbida por la línea del rellano. Presta oído a los pasos que recorren el pasillo hasta el umbral del cuarto donde él mismo se ha quedado a contemplar el sueño del padre.

Cuando reaparece, pasa junto al hijo sin dirigirle una mirada. Entra en el salón, coge un paquete de cigarrillos de encima de una cómoda, se enciende uno y se pega a la pared cerca de la televisión. Fuma, ora llevándose el filtro a los labios, ora royéndose la uña del pulgar, sin conseguir disimular el temblor de sus gestos. Las volutas del cigarrillo la envuelven en estratos azulados.

Lo apaga a medio consumir, vuelve la cara hacia el hijo y dice:

—Voy a guardar la compra y a empezar a preparar la cena. ¿Por qué no te vas a jugar un momento fuera, mientras tanto?

El día ha declinado tras el tejado y el patio está ya sumido en la sombra. El niño coge el balón de cuero roto que lanza sin convicción contra la tapia, mirando la casa de reojo por encima del hombro. Tembloroso, acaba por sentarse en el último escalón de la entrada para intentar discernir algún ruido que pudiera llegarle del interior, pero solo retumba el murmullo indiferente de la ciudad —una alarma de coche, el llanto de un niño, el ladrido de un pastor alemán encadenado a un bloque de hormigón en uno de los patios de la calle paralela—, todos esos sonidos que normalmente componen una voz familiar, consoladora, y ahora parecen obrar contra él.

El cielo es una aguada oscura bajo la que se estanca la luminiscencia anaranjada de la ciudad. Empiezan a caer gruesas gotas de lluvia que estallan sobre el alquitrán de las aceras, el pavimento del patio, la carrocería de los coches. El niño pega las piernas al torso y se abraza las rodillas. Cuando las borrascas

ventosas precipitan la lluvia contra la casa, deja que las gotas le laceren el rostro y oscurezcan poco a poco el tejido de su sudadera.

Las farolas de la calle se encienden, proyectando sobre las baldosas su luz capturada por el aguacero. El cielo se ensombrece aún más, el frío que se ha abatido sobre la ciudad no tarda en penetrar las fibras empapadas de lluvia del chándal y calar hasta la piel del muchacho, tan fina que a veces la madre sigue por ella con la yema de los dedos la red de venas que aflora por debajo de su clavícula.

Permanece mucho tiempo inmóvil, con el rostro lavado por la lluvia. Cuando la luz del porche se enciende sobre él y la puerta de entrada se abre dejando paso a la madre, el hijo es ya tan solo un bloque de carnes álgidas, una pequeña piedra abandonada ahí, en la escalera de la entrada, y tiene que hacer un esfuerzo considerable para volverse a mirarla.

Ella se ha cambiado y ahora lleva ese jersey de capucha demasiado ancho y deslavado que la hace parecer una adolescente, con un bolsillo único delante, en el que mete siempre las manos, los paquetes de cigarrillos, los mecheros, además de un montón de cosas recuperadas aquí y allá: unas monedas, un ticket de la compra, un Playmobil o un pendiente.

—Iba a llamarte. Pensaba que te habrías ido por ahí, a dar una vuelta.

Sale hasta el umbral de la puerta y enciende un cigarrillo. Se sienta junto al niño, le pone un brazo por encima del hombro.

—Estás empapado —dice atrayéndolo hacia sí—. Vas a ponerte malo.

El hijo apoya la mejilla en el algodón del jersey con capucha que huele al tabaco y a la colonia del padre.

—¿Dónde se había metido? —pregunta él a media voz.

La madre le da una calada al cigarrillo, vuelve la cabeza para soltar el humo lejos de la cara del niño.

—Ahora está aquí —dice—. Eso es lo que cuenta por el momento, ¿no?

—¿Se va a quedar con nosotros?

—No sé. ¿Tú qué opinas?

El hijo no contesta y la madre desvía la mirada hacia la calle.

Un gato de pelaje pardo salta sobre el murete del patio y se queda mirándolos, resignado bajo el diluvio. Se quedan pegados un momento la una al otro en la luz del porche contemplando cómo cae la lluvia; su sombra única se estira a lo largo de los peldaños de la escalera de la entrada y del pavimento reluciente.

La madre pasa una mano por los cabellos húmedos del hijo y dice:

—Venga, entra y ve a cambiarte.

El niño sube las escaleras al piso de arriba de cuatro en cuatro y cierra la puerta de su cuarto tras de sí. La lluvia redobla de intensidad, golpea la ventana donde el resplandor de la farola más cercana acaba fluyendo en ondas líquidas sobre la pared.

De la planta baja le llegan los ruidos sordos de la televisión, de lo que adivina es un concurso televisivo, de la presencia de la madre en la cocina, de platos entrechocados, de puertas de armarios cerrándose, de la corriente de agua proyectada contra el fregadero; finalmente, una risa.

El muchacho barre con la mirada el cuarto apacible, los pósteres en las paredes, la alfombra de carreteras en la que ya no juega desde hace tiempo —los cochecitos ahora descansan bajo el somier de su cama en una caja de juguetes— y que siempre le ha parecido poseer su propia lógica, sus propias leyes. En particular, por la noche, cuando se le ocurre mirarlo desde la cama, el rectángulo de la alfombra le parece una ventana abierta a otra realidad que figura un barrio o una urbanización, o incluso una ciudad pequeña con sus parcelas edificadas con chalés adosados de tejados rojos y paredes amarillas —las casas siempre inclinadas hacia atrás para desvelar sus fachadas apacibles, caladas por grandes ventanales con celosías—, sus carreteras de antracita bien señaladas cuyas líneas y juntas en ángulo recto se repiten y configuran un perfecto entramado geométrico —la alfombra, que suele venderse por metros, reproduce dos veces un motivo idéntico —, con sus pasos de peatones y sus hileras de árboles vistos desde

el cielo, representados por un mismo cabrilleo verde, pero también con su centro comercial y su parque de bomberos.

En la penumbra del dormitorio, desde el cálido refugio de la cama, la suavidad de las sábanas desgastadas y la somnolencia que se apodera de él, al niño le parece que el mundo de la alfombra es tan real como el que él habita —el barrio obrero con sus calles llenas de baches, sus casas envejecidas, sus contenedores de basura que exhalan su hálito agrio en la soledad de los patios traseros, su solar tan lleno de hoyos que parece un campo de minas, sembrado de desperdicios, cacas de perro y cascos de botellas—, y puede, sin esfuerzo, mediante un simple ejercicio mental, proyectarse por esas calles tranquilas, dentro del orden perfecto de la alfombra, a la que solo él tiene acceso.

Ahí nada amenaza al niño. No vive ni un alma y nada cambia, la ciudad parece haberse elevado y perennizado por sí sola. En ese mundo al padre no le sería posible resurgir como le placiera, ni siquiera existir, y nunca en ninguna de esas casas de curiosa inclinación y frontispicios acogedores la madre prepararía una cena para reunir, como si se tratara de un acontecimiento banal y esperado, al padre, al hijo y a ella, la primera noche de ese retorno.

El hijo se despierta, estira sus miembros abotagados por el sueño, aparta las sábanas y se sienta en una esquina del colchón. Con la planta de los pies roza la alfombra de carreteras, que no es ya sino un triste trozo de moqueta ilustrada a la luz de la aurora. Se levanta, cruza el cuarto evitando las figuritas de plástico desperdigadas por el suelo, caídas en combate y abandonadas en medio de un campo de batalla.

El pasillo está escasamente iluminado por un rayo de luz que se proyecta desde el cuarto de baño entreabierto, trazando una línea difusa sobre el papel pintado cuya vegetación parece más oscura, más tenue. El niño entra en el baño, se sienta en la tapa del inodoro, aún medio dormido, con las rodillas por encima de los muslos y la cara oculta entre las manos.

Se queda ahí, aletargado, cabeceando, con la barbilla que se

resbala entre sus palmas. Se sobresalta, se pone de pie y se sube el pantalón del pijama. Una pequeña mancha de orina le oscurece el tejido del pantalón mientras tira de la cadena como le recuerda su madre a menudo que tiene que hacer, porque nada la exaspera más que encontrarse la taza sucia —es también ella la que le recomienda que haga pis sentado para no salpicar ni el retrete ni la alfombrilla rosa y mullida que tiene puesta a los pies del inodoro— y a menudo la oye gritar desde el aseo del piso de arriba o de la planta baja: «¡la tapa del váter!», «¡la cadena!», «¡¿cuántas veces tengo que decírtelo?!», «no soy la chacha» o «pero ¿qué he hecho yo para merecer esto?».

El niño sale del cuarto de baño y su mirada se siente atraída por la puerta cerrada del dormitorio de la madre. Normalmente siempre la tiene abierta, y la cerradura brilla con una luz difusa, apenas perceptible. El hijo se queda quieto: de repente le viene el recuerdo de la presencia del padre que la noche había borrado, relegado al rango de esas impresiones frágiles que subsisten al despertar, retazos de sueño, sensaciones indecibles que, no obstante, un detalle —una palabra, una imagen, algo incluso que no sabría nombrarse— reaviva y recompone con una exactitud fulminante. El muchacho se acerca a la puerta y se agacha.

Solo percibe una luz intensa cuando su ojo se acopla al agujero de la cerradura, luego su pupila se retracta y discierne en parte el cuarto, la espalda desnuda de la madre tumbada boca abajo entre las sábanas, con la cara vuelta hacia la izquierda y los ojos cerrados.

Tiene que inclinar la cabeza para ver al padre sentado en el borde de la cama, frente a la ventana, dándole la espalda a la madre, con las muñecas reposando sobre sus muslos peludos, justo por encima de las rodillas. Él también está desnudo, con su cuerpo bañado por la luz mortecina, la espalda arqueada, la piel más blanca aún ahí donde se detiene abruptamente el vello tupido de su muslo.

El padre parece escrutar algo más allá de la ventana, pero el hijo sabe que no hay nada que ver desde ese lugar de la cama

aparte del cielo bajo de la ciudad. Dirige la mirada al suelo, tiende un brazo y recoge unos calzoncillos que se pone con gestos lentos, subiéndoselos hasta las caderas mientras se levanta y, cuando se acerca a la puerta, el hijo sale corriendo y vuelve a su cuarto.

Cuando el muchacho entra en la cocina, el padre está sentado frente a una taza de café. Va vestido con una camiseta y un pantalón de deporte. Está apoyado en la pared, con los pies encima de una silla y fuma ya su enésimo cigarrillo.

—No te quedes ahí plantado —dice la madre al ver al hijo—. Ven a desayunar.

El hijo se sienta a la mesa y ella le pone delante un tazón, un paquete de cereales y un brik de leche. Ella trabaja en el comedor de una empresa de la zona industrial en el otro extremo de la ciudad y también hace trabajos de limpieza en una escuela al final del día. Se dispone a marcharse y termina de envolver unas galletas en un trozo de papel de aluminio.

—Procura no olvidarte esta vez —dice sacando de la cartera del niño un paquete más viejo con el contenido hecho migas y un plátano todo negro.

Besa la cabeza del hijo.

—¿Y yo? —pregunta el padre.

Ella se echa a reír mientras se abrocha la cazadora vaquera que acaba de ponerse, rodea la mesa y se inclina para darle un beso en los labios. El padre le agarra las nalgas entre las manos y ella se suelta con un movimiento nervioso, echándose a reír de nuevo mientras dirige una mirada incómoda al hijo que lo obliga a él a apartar la suya para fijarla en la lista de ingredientes del paquete de cereales.

—Hasta esta noche —dice ella.

Pero se queda inmóvil, de pie, junto a la puerta, con la vieja mochila al hombro sujetada con un pulgar por el tirante suelto, y hace tintinear el llavero en su mano derecha, paseando la mirada del hijo al padre y del padre al hijo.

Vuelve sobre sus pasos para besar al niño en la cabeza, se da la vuelta y sale de la cocina. Oyen la puerta de entrada cerrándose

y sus pasos resonando por el adoquinado del patio.

Sin atreverse a levantar la vista hacia el padre, el hijo se termina el tazón de leche antes de llevarlo al fregadero para enjuagarlo, dándole la espalda al hombre cuya flagrante presencia nota tras de sí.

Deja el tazón en el escurridor y se dispone también él a marcharse cuando lo retiene la voz del padre:

—¿Sabes qué? Olvídate de la escuela por hoy. Vamos a pasar el día juntos, tú y yo, entre hombres. Ve a vestirte.

Esa mañana van a pie hasta una de las últimas peluquerías para hombres del centro de la ciudad y el padre pide que le dejen el pelo corto al chico, con las sienes repasadas a maquinilla, bien despejado alrededor de las orejas y la nuca afeitada.

El propietario de la peluquería es un viejo de bigote severo y acusado acento italiano. Instala al hijo en el lavacabezas y le pasa una toalla rasposa alrededor del cuello.

Sentado cerca de la luz triste del escaparate, el padre hojea una revista de coches.

—¿Cuánto tiempo hace que no has visto un peine, hijo mío? —pregunta el italiano al chico.

El padre saca el paquete de cigarrillos.

—¿Se puede fumar aquí?

—Abra la puerta.

El padre se levanta. El carillón suena cuando abre la puerta acristalada y se pega al quicio para encender el cigarrillo mientras contempla la calle desierta.

—Ven a sentarte aquí, chaval.

El peluquero instala al hijo frente a un espejo y despliega sobre él una bata negra que le ata detrás de la nuca.

—Creo que me acuerdo de usted —dice observando el reflejo del padre en el espejo.

—Es posible.

El peluquero asiente con la cabeza y desenreda el pelo del hijo.

—Su cara me dice algo.

—Venía aquí de vez en cuando a cortarme el pelo con mi padre. De eso hace mucho tiempo.

—Eso es, eso es. ¿No sería el hombre al que encontraron en la montaña, por casualidad?

El padre aspira por el filtro del cigarrillo y expulsa el humo a la calle.

—Ya decía yo —prosigue el italiano—. Es que se le parece mucho. Ahora lo recuerdo a usted. Lo traía una vez al año a cortar el pelo, en primavera.

—Sí.

—Claro, claro, es lo que he pensado al verlo entrar pero nunca está uno seguro del todo. Un niño con el pelo largo, y me decía que se lo cortara para que no cogiera piojos.

El padre vuelve la cabeza ostensiblemente y no contesta.

—Perdone que le pregunte —continúa el italiano con voz insegura—, pero ¿es verdad lo que se contó de él por aquí?

—¿Qué se contó de él?

—Falleció de cáncer, ¿no?

—¿Y?

—Se dice que deambuló por la montaña como un loco durante semanas, que perdió la cabeza, y que murió tras padecer sufrimientos terribles.

El padre se ríe mientras suelta el humo por la nariz. Evita la mirada del hijo que ve reflejada en el espejo.

—En parte por eso se retiró a la montaña —contesta—. No soportaba los rumores, la maledicencia de la gente.

—Yo no sé nada, yo, ¿sabe usted?, me limito a repetir lo que he oído decir. Hasta hubo un artículo en la prensa local, lo recuerdo.

—La gente haría mejor en cerrar la boca.

—Por supuesto, por supuesto. Es difícil impedirle a la gente que hable. Es una ciudad pequeña. Y, además, su padre era muy conocido.

El padre tira la colilla a la calle y escupe un hilo de saliva a la acera. El carillón suena de nuevo cuando cierra la puerta acristalada y va a sentarse a la silla. Junto a él una begonia vegeta

encima de un taburete alto, con las hojas desesperadamente vueltas hacia la luz del escaparate, y el hijo mira en el espejo su envés rojizo, con sus destellos y sus nervaduras translúcidas.

—No era así cuando lo conocí —sigue el italiano—. Era un hombre afable. Fue la muerte de la madre de usted, y luego ese accidente que tuvo... Nunca se repuso, eso le afectó mucho. Encontrarse en tal estado, con un hijo pequeño, Dios mío, quién podía imaginarse una cosa así...

Por un momento solo se oye el tris tras de las tijeras que el peluquero pasea por las sienes del niño y el sonido sordo de una radio.

—Quedarse allí arriba fue decisión suya —dice de repente el padre—. Sabía que seguramente lo iba a pasar mal pero le pareció la mejor solución. Lo peor para él habría sido acabar en el hospital, con alguien dándole de comer y limpiándole el culo.

El italiano retira la bata del cuello del niño y la sacude al aire.

—Ya, bueno, a pesar de todo, acabar así, solo, es inhumano. No se lo deseo a nadie.

El padre no contesta nada y el peluquero coge un secador de pelo cuyo chorro de aire esparce por el espacio estrecho del salón un olor a resistencia recalentada y a pelo quemado. Luego orienta un pequeño espejo redondo detrás de la cabeza del chico para dejarle que se vea la nuca.

—Ya está —dice—. El vivo retrato de tu padre.

El padre se levanta y contempla al hijo en el espejo sacudiendo la cabeza de satisfacción.

—¿Cuánto le debo? —pregunta.

Cuando salen, llevando consigo un poco del olor a peluquería, una camioneta equipada con altavoces pasa junto a ellos y anuncia la presencia de una feria cerca de la zona comercial, al sur de la ciudad.

—Podríamos ir a dar una vuelta —exclama el padre, presa de una excitación juvenil.

El hijo asiente y se pasa los dedos por el cuello de la camiseta para quitarse los pelos que le pican.

Andan hasta el coche del padre, un Citroën BX Break azul eléctrico con la suspensión hidroneumática bajada. El capó y la aleta delantera derecha parecen haber sido sustituidos y pintados burdamente de un color indefinido.

—Sube delante —dice el padre cuando el niño está a punto de abrir la puerta trasera del vehículo—. Espera, déjame que quite todo esto de aquí.

Se adelanta al niño, se estira por encima del asiento del conductor para limpiar el asiento del copiloto de un montón de paquetes de cigarrillos vacíos, de latas de cerveza y de papeles grasientos envolviendo restos de sándwiches que echa al asiento de atrás, ya cubierto por un saco de dormir, un bidón de gasolina, viejas bolsas de patatas fritas y otros embalajes no identificables.

El habitáculo apesta a colillas frías, aceite de motor y colonia.

—Ya está —dice, invitando al hijo a tomar asiento—. Esto parece una leonera, tengo que limpiarlo.

Se instalan y el padre vuelve a abrir su puerta para tirar el contenido del cenicero al asfalto. Cuando arranca el coche y este se eleva pesadamente sobre su suspensión, dirige una sonrisa al hijo antes de maniobrar para salir del aparcamiento.

De camino a la zona comercial, empieza a caer una lluvia fina y persistente. A su alrededor desfila la ciudad monótona, las casas de los antiguos barrios obreros, de ventanas que ofrecen una breve visión de las cocinas y los salones exiguos, bañados por una luz gris; las nuevas urbanizaciones donde la vida debe de ser tan ordenada y envidiable como en la realidad de la alfombra de carreteras, con sus fachadas enlucidas de color beige rosáceo, sus tejados relucientes de teja roja, los mil metros cuadrados celosamente cercados de un césped raso, aquí y allá un columpio inmóvil bajo la llovizna y una piscina cubierta con una lona, promesas de días radiantes.

El padre no dice nada, no se preocupa por el silencio del hijo al que lanza una mirada de reojo y un gesto con la cabeza como si acabaran de llegar a un acuerdo tácito o como si se felicitara por la compañía del niño.

Tiende el brazo para rebuscar en la parte trasera del asiento del copiloto, alcanza un cartón de Marlboro, lo agarra y lo deja caer sobre las rodillas del hijo. El BX se desvía de su camino y casi se topa con el arcén.

—Toma, sácame un paquete —dice restableciendo la trayectoria del vehículo de un volantazo.

El hijo desembala el cartón, el padre presiona el encendedor del coche y la resistencia enrojece mientras él abre a ciegas el paquete depositado en su muslo derecho.

—¿Sabes eso que ha dicho antes el otro sobre el viejo, sobre tu abuelo?

El niño evita contestar.

—Es cierto —prosigue el padre mientras enciende un cigarrillo—. Estuvo muy enfermo. Murió solo, en Les Roches. Así se llama esa casa en la montaña, y ahí crecí yo. Pero yo no tuve nada que ver. No tuve más remedio que irme de allí al cumplir los quince años por razones que no puedo explicarte aquí y ahora, aunque quizá te lo cuente algún día.

El hijo mueve las piernas, se reubica en su asiento, manosea el reposabrazos de su puerta.

—Puedo decirte que estuve resentido con él durante años. Llegué a desear que se muriera, y no solo una vez, de pasada. Pero cuando me enteré de que se había muerto de verdad, me afectó muchísimo. Me quedé destrozado, fue un golpe muy duro. Según parece se lo encontró un senderista. Estaba a los pies de un árbol, medio desnudo, hecho un ovillo, como un perro muerto.

Baja la ventanilla girando bruscamente la manivela atascada de su izquierda, esboza unos gestos en el aire para expulsar en vano el humo hacia el exterior del vehículo.

—Se quedó varios días al pie del árbol y algún bicho, un jabalí o un zorro, o puede incluso que un lobo, le devoró la mitad de la cara y el muslo. Tuve que ir a reconocer el cuerpo cuando lo bajaron de allí arriba.

El padre sacude lentamente la cabeza y apaga la colilla en el cenicero.

—Quizá no debería contarte todo esto. Es solo para explicarte

que con el tiempo entendí que yo también tenía parte de culpa, que tampoco era perfecto, ni mucho menos, y que es bastante fácil volverte majara. Era un viejo hijo de puta, desde luego, pero también él tenía sus heridas. Y no hay nada peor que un hombre herido.

Se calla, le da unos golpecitos al volante con el hueco de la mano derecha mientras sacude la cabeza, se pasa la lengua por el filo de su colmillo roto. Por la ventanilla bajada, unas gotas de lluvia entran en el habitáculo y van a posarse en el cuello del muchacho.

*

El padre ha subido al hijo en brazos o a horcajadas, quizá con ayuda de la madre, por la escalera para colocarlo en su cama.

Cuando se despierta en medio de la noche, no recuerda que lo hayan llevado hasta ahí y no le queda ninguna reminiscencia del día anterior. Al principio cree que se ha despertado en la casita del barrio obrero, pero la luz de la calle debería filtrarse aun con las contraventanas cerradas, perfilar la forma de los objetos familiares a su alrededor: la cómoda de madera blanca, las figuritas por el suelo. Sin embargo, no distingue absolutamente nada, ni siquiera las manos al levantarlas frente a su cara, y el pánico a haberse quedado ciego se apodera de él. Un largo gemido se eleva más allá de los tabiques enyesados y los paneles de fibra de vidrio se estremecen por encima del desván. El hijo pide ayuda a la madre a gritos. Oye unos cuerpos moviéndose en el cuarto contiguo, el roce de unas sábanas, la voz del padre murmurando palabras indistintas. Surge la madre con una linterna en la mano. El haz barre la habitación y el hijo se acuerda: el viaje fuera de la ciudad, el ascenso a la montaña, la caminata hasta Les Roches.

La madre se sienta en una esquina de la cama. Le dice que no tiene nada que temer, que el gemido es solo el sonido del viento atrapado en alguna parte de la carpintería de la casa. De repente se pone a temblar. Se habrá apagado la lumbre en la planta baja y reina ahora en el piso de arriba un frío tal que blanquea sus

palabras.

—Hazme un sitio, que te caliente un poco hasta que vuelvas a dormirte.

El hijo levanta la manta y la madre se acurruca junto a él. Están un rato largo oyendo cómo silba y cruje la casa, igual que una vieja carraca sacudida por la tempestad, cómo transporta el viento hasta ellos el grito de las lechuzas que ululan en el hueco de un árbol muerto, con sus caras blancas y misteriosas. Pero, tranquilizado por la presencia y el calor de la madre, nada puede sucederle al niño, y ambos acaban por caer hasta la mañana en un sueño apacible.

Al día siguiente, el padre hace honor a su promesa y pasa la madera del tirachinas por la llama del soplete para endurecerla. Equipa el arma con un trozo de cuero y una tira de caucho elástico, coge del suelo una piedra que sopesa en la palma de la mano y con la que carga el tirachinas. El proyectil parte derecho al cielo.

—Si apuntas bien —dice—, puedes matar pájaros y ardillas. Yo tenía uno a tu edad, no sé dónde la puse, si no te la habría dado. Me cargué más de un bicho con eso.

—¿Te los comías?

—¡Claro que nos los comíamos! Aquí te comes todo lo que encuentras. Si atrapas algo, tráelo.

El hijo asiente, se mete el mango del tirachinas en el bolsillo trasero del pantalón.

—Y mucho cuidado con los osos —dice el padre encendiendo un cigarrillo.

—¿Con los osos? —pregunta el hijo, incrédulo.

El padre se echa a reír mientras lanza salvas de humo por las fosas nasales y se da la vuelta para dirigirse al cobertizo. El niño duda un momento, pero la sensación de la madera del tirachinas y del caucho golpeando la parte trasera de su muslo a cada paso le da seguridad. Henchido de ese orgullo de los hombres que portan un arma, se aleja con paso firme.

El horizonte está pesado de bruma y la montaña circundante,

empapada de la humedad de la noche. Las piedras, negras y relucientes, afloran a la superficie como el caparazón de algún animal sumido en un profundo sueño, o como si la montaña entera no fuera, toda ella, sino una inmensa criatura adormecida, por cuyo lomo caminara el chico.

La cresta parda de los árboles se pierde en la niebla y todo parece apagado: el piar de los mirlos en los boscajes lúgubres, la luz del día, monótona bajo la gasa que oculta el cielo.

Del prado que atraviesa el hijo se eleva un olor a arcilla, raíces y cebollino silvestre. La madre le ha puesto una parka de forro acolchado para que no coja frío y un par de botas cuya suela emite un ruido esponjoso en la hierba que el rocío hace parecer azul en las depresiones del terreno.

Cuando llega a la linde del bosque, el niño hace una pausa. Se vuelve en dirección a la granja ahora invisible. No se mueve nada, ni siquiera una ondulación en la pradera. En ese aparente silencio, el hijo siente intensamente su soledad y al mismo tiempo la impresión de su presencia en el mundo, de la naturaleza desplegada a su alrededor, de la inmensidad y de la multitud en la que ha adquirido forma su existencia hasta encontrarse en este preciso momento.

Entonces toma conciencia de su vulnerabilidad: ¿no estará el oso merodeando de verdad por la montaña? Si surgiera y se lo llevara, la madre y el padre no lo oirían gritar; sin duda ni siquiera tendría tiempo de hacerlo. Puede que encontraran su cuerpo en algún lugar del bosque, medio devorado, como los restos del abuelo.

Hasta la tranquilidad que lo rodea le parece ahora esconder un peligro. El niño coge el tirachinas, se agacha, palpa el suelo a ciegas, en busca de una piedra, sin dejar de barrer con la mirada las proximidades. Su mano encuentra un guijarro que sopesa con las yemas de los dedos; se yergue, carga el tirachinas, apunta a las sombras y los boscajes inmóviles, pero se le cansa el brazo enseguida y lo baja: de todas formas, ¿qué podría una piedra contra un oso?

Bordea prudentemente la linde desde la que asciende una emanación fría, la fermentación húmeda del sotobosque. El terreno traza una prolongada curva ascendente por el flanco de la montaña, en dirección a la solana, luego un ligero declive que se acentúa a medida que progresa el muchacho. La bruma se disipa, una luz brota de no se sabe dónde, depositando sobre cada cosa una suave claridad.

La pineda cede lentamente el sitio al hayedo y la zarzamora está aquí moteada de flores blancas. La pradera se acaba, y si el niño quiere ir más lejos, tiene que avanzar por el bosque silencioso. Sondea primero las profundidades visibles, con el tirachinas siempre bien apretado en el puño. Sin duda se ha envalentonado durante la marcha pues, tras una breve vacilación, se adentra en la penumbra.

Al pasar del espacio despejado de la pradera a la densidad pegajosa del bosque, bascula a otro universo, como si no se contentara con penetrar en el aire vivo del amanecer para introducirse en el perfume del verdín del sotobosque, sino que cruzara una frontera material, una membrana invisible y permeable. Los cuentos infantiles que la madre le lee a veces le vienen a la memoria, con sus bosques enmarañados, ocultando misterios, peligros y secretos.

Avanza, siguiendo un claro de la vegetación, se detiene y aguza el oído. Bajo la quietud que cubría el ruido de sus pasos, algo resuena en el corazón del bosque, más allá de la masa rala primero, luego tupida, intrincada de los árboles —un susurro al que se unen sonidos extraños para los oídos del crío: el del pico del picamaderos negro, el gemido de árboles rotos seguido de un derrumbamiento sordo, el chillido de una marta, semejante a una carcajada.

Un escalofrío recorre el cuerpo del muchacho y se precipita fuera del bosque, corre a toda velocidad para escapar de la sombra de los árboles que le pisa los talones. Al llegar a la pradera, se da media vuelta, contempla la linde impasible desde donde parecen acecharlo mil ojos agazapados en los oscuros entresijos que, en su

conjunto, formarían la mirada de la montaña. El niño retrocede unos pasos y huye en dirección a la granja.

Durante las primeras semanas pasadas en Les Roches, el padre se muestra de un humor afable, atento con la madre y con el hijo, siempre pendiente de ellos.

Insta a la madre a que modere sus esfuerzos, pero sin evocar nunca al niño en ciernes, de suerte que, desde entonces, aparece a los ojos del hijo rodeada del halo de quienes se diría que padecen una dolencia o una aflicción seria sin que se conozca la verdadera naturaleza y a quienes se presta una atención constante, cuyas necesidades se previenen con la esperanza de librarlos del peso de su propio deseo antes incluso de que lo sientan, o de ahorrarles el cansancio y el fastidio de tener que formularlo.

El secreto que planea en torno al embarazo de la madre le confiere también un misterio, una gravedad inédita. A medida que pasan los días, una tristeza difusa la va invadiendo. Busca preservar al hijo simulando en su compañía una alegría inhabitual.

Todo eso afecta al hijo solo de forma oculta, coloreando de un tono difuminado, apenas perceptible, la primera época de su nueva vida en la montaña, que para él es, no obstante, de una calma y una despreocupación inesperadas, de un descubrimiento renovado a diario.

Tres días por semana, ella pone a hervir agua en una olla exprés colocada en el hornillo de gas, la vierte en un cubo y añade el equivalente de otra olla exprés de agua fría. Mezcla el contenido del cubo con un cucharón de madera de mango largo, calcula la temperatura del agua metiendo los dedos dentro.

Sube la escalera con cuidado, su cuerpo se adelanta al balanceo del cubo que lleva cogido del asa con la mano izquierda, apoyándose en los peldaños con la mano derecha. El agua parece negra en el recipiente oscuro de plástico —un cubo de obra—, oscila y salpica a cada movimiento, dibuja en el reborde un nivel cada vez más elevado, amenaza con desbordarse.

Al llegar a la altura adecuada, lo sube al rellano, a veces

ayudada por el hijo si no se encuentra desvistiéndose en el cuarto de baño situado bajo el desván. El chico espera, desnudo en la tina de la ducha, castañeteándole los dientes, con la piel palidísima recorrida por la carne de gallina, hasta que la madre coge agua del cubo con ayuda de un viejo vaso de aluminio y la echa por un hombro, luego el otro, la nuca y el torso, finalmente la cabeza.

Ella se sienta a su lado en el suelo mientras él se enjabona e interrumpe por momentos su parloteo con unas recomendaciones: «detrás de las orejas también», «debajo de los brazos», «aclárate bien, aún te queda espuma en el pelo».

El cuarto estrecho se satura enseguida de vapor de agua y de un suave olor a jabón. Una vez terminadas las abluciones, la madre se levanta para echarle sobre la cabeza el agua que queda en el cubo. Él cierra los ojos, se tapa la nariz y tiene la sensación de estar rodeado por una caricia cálida antes de que la madre lo envuelva en una toalla áspera.

Después de colocar los paneles de escayola sobre el desván, el padre se pone manos a la obra en la reparación del tejado. Pide al hijo que agarre bien la escalera de tijera que despliega y apoya contra la fachada. El muchacho lo ve elevarse por encima de él, con la escalera cediendo bajo su peso, alcanzar la techumbre y desaparecer de su vista.

Retrocede unos pasos, lo ve progresar sobre la cubierta, llegar a la lona que las borrascas han maltratado y que, rasgada en ciertas zonas, reposa ya en un estado calamitoso sobre las tejas de laja, más azul que el cielo, de un azul cerceta apagado, con los pliegues y los repliegues llenos de la suciedad que han arrastrado las lluvias y los vientos, dejando tierra, polen y briznas.

El padre tira de la lona que chasquea en el aire y cae al suelo junto al hijo en medio de una nube de polvo. De rodillas sobre la cumbrera, inspecciona las lajas rotas o descolocadas, se afana en despegarlas una a una y depositarlas junto a él, pone al descubierto los rastreles en los que estaban clavadas y que, expuestos a la lluvia, se han podrido en parte. El padre hunde en ellos sin esfuerzo las primeras falanges y arranca los trozos pulverulentos

que aplasta entre sus dedos.

—¡Pero mira qué desastre! —dice.

Vuelve a colocar las lajas, baja por la escalera en cuya base el hijo intenta poner todo su peso. Si basculara hacia atrás o hacia un lado, le resultaría imposible reequilibrarla. Le da la impresión de que seguramente el padre le ha pedido que le sirva de apoyo no porque pueda serle de ayuda, sino para tenerlo ocupado o para que se crea útil. Frente al cuerpo del padre que se alza por encima de él, frente a esa silueta oscura recortada en el cielo claro, el niño se siente de repente menudo, endeble, patético.

Se aparta cuando el padre pone el pie en el suelo, da un paso fuera de la sombra de la vieja granja y se queda plantado en medio de la luz con el rostro levantado hacia el tejado, deslumbrado, con los ojos casi cerrados y los puños en las caderas. El hombre y el niño permanecen inmóviles. El padre evalúa los medios de reparar la techumbre, el hijo busca adivinar los pensamientos del padre y se esmera por reproducir la mímica de su perplejidad.

—Habría que levantar toda la cubierta para ver el alcance de los daños y cambiar una parte de los rastreles —dice el padre.

Se calla, se seca con el puño una gota de sudor que le escurre por la nuca.

Añade:

—No tengo lo necesario.

Va a buscar un grueso rollo de cinta adhesiva negra, recoge la lona, se sube de nuevo a la escalera y se pone a extenderla otra vez sobre la parte estropeada del tejado antes de añadir trozos de cinta en las partes rasgadas.

La madre sale de la casa, va a colocarse junto al hijo para observarlo a su vez. Cuando el padre vuelve a bajar, los mira a ambos, extrañamente apenado, como si los dos acabaran de cogerlo con las manos en la masa.

—Aguantará el tiempo que haga falta —dice, sin que ni la madre ni el hijo tengan la menor idea de la temporalidad a la que se refiere, de las condiciones que la definen, ni siquiera de los pormenores de su presencia en Les Roches.

Quizá el padre quiera decir con eso que la lona aguantará

hasta que decida ir a buscar el material necesario para la reparación de la cubierta. O hasta que llegue el momento para ellos de volver a la ciudad, al final del verano. O puede que hasta que lleguen las lluvias y los vientos del otoño y el invierno próximos, si él se decidiera a volver a Les Roches para hacer la obra. Lo ignoran, pero la madre, desconcertada por el aire contrito del padre —o temiendo intuitivamente la respuesta que le daría si se le ocurriera interrogarlo—, no hace ninguna pregunta y se contenta con asentir con la cabeza.

Miran los tres la nueva chapuza del techado hasta que el padre enciende un cigarrillo y se aleja con la espalda encorvada, jurando entre dientes.

*

Remontan la única avenida de la feria medio desierta. A su alrededor, la mayoría de las atracciones siguen cubiertas por unas lonas chorreando lluvia, y los letreros luminosos apagados revelan su entramado de bombillas y tubos empolvados. Algunos feriantes se esfuerzan aquí y allá por desplegar los paneles laterales de las casetas de tiro o de las máquinas de gancho.

El padre ha vuelto a su circunspección habitual desde que se han bajado del coche. Camina junto al hijo sin prestarle atención, fuma mirando las casetas con aire ausente, pasmado, como si se preguntara por qué casualidad o qué serie lógica de acontecimientos se encuentra, a media mañana, en mitad de una feria, en esa triste ciudad de provincias, y qué demonios se supone que hace ahí.

Los feriantes miran de arriba abajo a esos dos visitantes como caídos del cielo entre las atracciones a una hora del día en que su magia, que solo revelan la noche y las luces artificiales, no sabría operar, a una hora en que la feria parece extraordinariamente trivial, contraria a su principio mismo —cierta idea del encanto, quizá incluso de la eternidad—, una vulgar acumulación de lonas, plásticos, letreros de colores chillones, barracas de churros apestando a carburante y a fritanga.

Un niño moreno de corta edad al que unas fosas nasales llenas de mocos obligan a respirar por la boca, con los ojos de color verde agua, está instalado en las rodillas de una mujer de largos cabellos blancos, sentada en los peldaños metálicos de la parte trasera de un remolque. Va vestida con una gran falda cuyo tejido tiene enrollado el niño alrededor de sus dedos y se lo ha llevado a la boca para masticarlo, impregnándolo de saliva. Ambos observan insistentemente al padre y al hijo cuando se cruzan con ellos a paso lento, desacompasado, ajenos el uno al otro, existiendo y progresando cada uno en una realidad que excluye sus respectivas presencias, sin dirigirse una palabra, una mirada, hasta el punto de que se hace difícil pensar que tengan algún tipo de relación, hasta el punto de resultar sospechosos, sin que se sepa precisamente de qué, pero sospechosos a pesar de todo, de haber cometido, de simular o de maquinar algo.

En un carrusel protegido por una carpa roja y amarilla, unos ponis ya enjaezados dormitan, despidiendo un olor a sudor, a excremento, a cuero roto. El hijo se para a pasar la mano por el copete de uno de ellos, de pelaje castaño claro, fosas supraorbitarias pronunciadas y grupa muy marcada. Su ojo pestañoso reenvía el reflejo convexo del muchacho inclinado sobre él y luego el del cielo pizarroso, más allá, y el chico percibe el aturdimiento total, la renunciación del animal que, con el cuello gacho, descarga el peso en su extremidad anterior izquierda, a la espera infinitamente repetida de los pequeños jinetes que surgirán a primera hora de la tarde.

El padre aguarda detrás, con las manos en los bolsillos de su cazadora, hasta que el hijo se cansa de acariciar el rocín polvoriento. Siguen subiendo por la avenida de la feria, con una indiferencia recíproca. El padre camina dando unas zancadas amplias y desencantadas, el hijo lo sigue a paso más lento, vagando con la mirada de una atracción a otra.

El hombre se fija en los autos de choque aún estacionados en la pista de metal negro, con sus colores bien diferenciados, su carrocería tornasolada que brilla en la penumbra, luego el techo

con una lona amarilla y las rampas de acceso de chapa de acero estriada. Se vuelve hacia el hijo con la cara radiante y le hace un gesto para que acelere el paso.

El chico espera al pie de la atracción mientras el padre habla con un hombre ocupado en enchufar los cables a un borne de alimentación eléctrica; su panza velluda sobresale entre un vaquero desgastado y una camiseta Levi's para acabar cayendo sobre la parte superior de sus muslos. El hijo adivina que se trata del propietario de los autos de choque cuando el padre lo señala con un gesto de la cabeza. Saca de los bolsillos unos billetes arrugados que el feriante observa un momento, asintiendo a sus palabras sin dejar de mirar al hijo. Coge los billetes, se apoya en el borne de alimentación para erguirse y, con unos movimientos entorpecidos por su tripa, se aleja hacia una pequeña cabina de chapa dorada de donde resurge un momento después, con un puñado de fichas en la mano.

El padre le da unos golpecitos en el hombro como si ya fueran buenos amigos o hubieran concluido un acuerdo provechoso, luego vuelve junto al hijo, triunfante.

—¡Abre para nosotros!

La atracción se ilumina entera, sacada de su letargo de chatarra, la armadura de metal se ve recorrida por un estremecimiento, transfigurada por las luces multicolores, y los altavoces dispuestos en las cuatro esquinas de la pista emiten una música disco que atraviesa al hijo de parte a parte, como una deflagración que hace vibrar sus huesos y latir su corazón a contratiempo.

El padre salta ágil a la rampa de acero, sus pasos resuenan en un estruendo de chapa y el niño sube después de él, ayudándose de los pocos peldaños de una escalera hecha del mismo metal apagado. Se instalan en uno de los autos, escogido por el hijo por su carenado azul oscuro, con el padre sentado al volante y él a su derecha en el asiento de espuma de poliuretano negro.

El padre introduce la primera ficha y el coche se desliza sobre la pista recorrida por las luces estroboscópicas que colorean sus rostros con destellos rojos, azules y amarillos. Pronto el vértigo se

apodera del hijo, la feria alrededor de ellos se funde en un segundo plano de líneas fugaces, de resplandores de colores indistintos.

La música atronadora sigue latiendo en sus tímpanos y por debajo de su piel. Él se agarra con fuerza a la carrocería del auto, el brazo del padre toca el suyo y cuando da un volantazo, su peso bascula sobre él. Le llega el olor a cuero y a cigarrillo de su cazadora, el de su aliento, agriado por el tabaco, cuando se ríe o grita. La presencia física del padre, la densidad de su cuerpo junto a él, la certeza de su existencia, de su retorno, ya no le parecen tan oscuras ni amenazantes.

Algo cede en él, una reserva, un temor, que lo lleva a abandonarse a los movimientos del coche, a buscar furtivamente el contacto del padre, de su brazo bajo el grosor de su cazadora, en una ínfima, titubeante y torpe tentativa de significarle su afecto — o lo que él considera que es el afecto esperado de un hijo por su padre, de un niño con respecto a un hombre, al extraño que bruscamente le han designado como su padre.

Querría compartir un poco de su alegría y la extrae de la ternura que suele manifestarle a la madre, la transfiere al padre, con la premonición de ese impedimento, de ese malestar que presiden desde siempre las manifestaciones de los sentimientos entre hombres, entre los padres y sus hijos.

Y cuando el hombre pasa el brazo por encima de los hombros del muchacho, detrás del reposacabezas, dirigiendo solo el auto con una mano diestra y experta, al hijo le parece que ha llegado a conquistar un poco de su consideración, quizá incluso de su atención, que el padre, que unos momentos antes representaba aún para él un bloque esotérico, hostil, se abre a él, o quiere darle a entender por ese gesto envolvente que lo reconoce y le deja entrever el acceso a esa parte secreta que es su corazón sólidamente tapiado, inalcanzable, pero también que a partir de ahora lo protege.

Siente un arrebato de orgullo; de repente todo está en su sitio en ese mundo cuyo centro y punto de equilibrio sería precisamente el auto de choque de carenado azul noche resplandeciendo en medio de la feria desierta, en esa mañana gris ensordecida por el

temblor de los altavoces.

Nada le parece tan envidiable como ser él y estar ahí, bajo los auspicios del padre.

*

Sobreviene la primavera, afilada como una cuchilla.

Una mañana, descubren la montaña encendida por una luz vibrante. El aire huele a tierra pegajosa, a trébol y a la hierba pesada de tanto jugo. Las piedras brillan bajo el sol blanco, incrustado en un cielo de un azul muy puro que el astro disuelve a su alrededor.

Por todas partes se eleva el trino de los pájaros, el canto de los insectos, el chirrido de bichos invisibles atrincherados en lo que queda de sombra, en el hueco de las raíces, en el envés de las hojas persistentes, a la entrada del dédalo de madrigueras pacientemente excavadas o arduamente conquistadas, que disimula a la mirada un tallo doblado.

Propulsada a las ramas de los árboles, la savia hace que nazcan miríadas de brotes cuyas escamas caen, ínfimas, silenciosas, revelan la carne glauca de las hojas que se despliegan y revisten el ramaje de un verde intenso.

El bosque, hostil y desnudo todavía la víspera, se engalana de curvas vaporosas, de sombras aborregadas que hacen que parezca menos temible. En la extensión de las praderas, las flores se abren, con multitud de matices, de corolas abiertas; los insectos libadores zumban furiosamente de una a otra, ebrios de néctar. El viento sopla en el ramaje de los pinos, levanta nubes de polen amarillo que llenan el cielo y se precipitan por ráfagas.

En el secreto de los tocones podridos, unas ninfas preparan su transformación; por todas partes se alza un ejército de seres minúsculos —muchedumbres hormigueantes, reptadoras, laboriosas— ocupados faenando en esa misteriosa empresa que los acapara día y noche.

Como los alrededores le resultan ahora familiares, el hijo se

aventura cada vez más lejos. Ya no teme la amenaza del oso. La montaña parece haber aceptado su presencia y contemplarlo de un tiempo a esta parte con una atención plácida.

Cuando atraviesa las praderas, unos pájaros posados en los tallos de las gramíneas emprenden el vuelo por decenas, espantados a su paso. Al azar de sus idas y venidas, va abriendo senderos en la hierba, acondiciona un dédalo que solo él conoce.

Al penetrar en el sotobosque, descubre en una pendiente un viejo roble medio muerto de gruesas raíces entre las que una concavidad, quizá obra de un animal o bien de un hundimiento del terreno, forma un nicho oscuro. Después de examinarlo largo rato, indeciso entre su curiosidad y el miedo a quedarse atrapado, el muchacho logra deslizarse dentro.

Con las rodillas pegadas al pecho y el cráneo apoyado en el bucle pulido de una raíz, contempla la bóveda sujeta por la base del árbol, las paredes de tierra ocre donde afloran piedras lustrosas. Se adormece en medio de un aroma a arcilla y madera muerta, henchido al sentirse protegido por el árbol, al formar un todo con él.

Al hilo de sus exploraciones, establece una cartografía mental del lugar. A casi media hora de marcha de la casa en dirección al valle, visita la ruina de un aprisco donde habita bajo la techumbre hundida una colonia de murciélagos barbastela que se echan a volar temblorosos en el crepúsculo rojizo. También encuentra, sepultada bajo las zarzas, la entrada de una vieja mina de extracción de hierro ante la que se queda petrificado, escrutando el orificio negro de donde se escapa un aire pegajoso y frío. Lanza una piedra pero la mina no le devuelve ningún eco.

Al terminar el día, el padre le cuenta la historia de la Cama crusa, un coco que merodea por la noche, rapta y devora a los niños y a los imprudentes que se demoran en el bosque después de la puesta de sol. Describe una pierna sola, arrancada hace tiempo al cuerpo de un muerto, y provista de un ojo en la rodilla. Quizá, dice el padre, viva ahí, en las profundidades insondables de la

antigua mina, en medio de las osamentas de los que ha conseguido arrastrar hasta ese lugar.

¿Cómo puede alimentarse, pregunta el niño, si es solo una pierna dotada de un ojo?

El padre se encoge de hombros, contesta que seguro que encuentra la manera, que debe de esconder una boca y unos dientes en algún lado, y engullir a los niños como hace una serpiente con su presa, y el hijo se estremece, aterrorizado, porque la existencia de la Cama crusa que acecha en la noche desde el fondo de la mina le parece mucho más probable que la del oso contra el que lo advirtió el padre. A partir de ese día, evita con cuidado el camino a la mina y vuelve a casa en cuanto declina el sol tras la línea oscura de los árboles.

Más allá, hacia el oeste, al subir a las cumbres, en unas cuestas herbosas, descubre la presencia de una manada de recios caballos de Merens de pelaje atornasolado.

Un viejo arce blanco con las ramas recubiertas de liquen los resguarda: a sus pies la tierra está compactada, el tronco del árbol despojado de su corteza. Sin duda esos caballos pertenecieron en otro tiempo al Hombre, pero parecen haber vuelto al estado salvaje. Unos nudos aumentan el peso de sus crines, sus pezuñas, si alguna vez las hubo, ya no llevan herraduras, y el casco aparece agrietado en parte. Uno de ellos ha perdido un ojo. De su párpado cerrado con largas pestañas pardas se escapa una lágrima que corre por su carrillo y a la que van a abrevarse los enjambres de moscas.

Entre ellos, una yegua amamanta un potro bayo, aún frágil sobre sus patas. Cuando ve al niño por primera vez, el semental tuerto relincha y la manada se aleja a trote largo al otro extremo de la pradera. El muchacho se acerca hasta la sombra dorada del arce, en medio del suave olor de los caballos, del suelo cubierto de estiércol y de ramos de líquenes calentados al sol. Pasa la mano por el tronco y siente las ondulaciones de la madera pelada por la dentadura, por las fricciones tenaces de la manada.

A pesar de la excitación de su descubrimiento, llevado por una indefinible aprensión, se cuida de hablar de los caballos al

padre o a la madre. Pero vuelve a menudo, a la misma hora, adrede, y, poco a poco, se acostumbran a su presencia, ya huyen de él despacio, sin convicción, simplemente manteniéndose a distancia y vigilando sus movimientos.

El potro se acerca, tembloroso, dispuesto a salir brincando en cualquier instante. Pronto puede ponerle la mano en la testuz, en los ollares, sentir su aliento húmedo y cálido en el hueco de la mano.

Pasa largas horas junto a la manada, pegado al tronco del arce, almohaza los flancos con un cepillo de escoba cogido en Les Roches y los pelajes y las crines, una vez limpios, relucen de nuevo en los últimos minutos del día, cuando el astro, absorbido por la línea de las cumbres, deja caer por la solana un último haz de luz.

Él les pone nombres y les habla con esa voz universal, la de los niños que se dirigen a los animales. Les cuenta la vida en Les Roches, junto al padre y la madre, las excursiones por la montaña, los recorridos secretos y los escondites, la sombra agazapada de la Cama crusa, el oso que merodea.

Los caballos lo escuchan, conciliadores, hasta que él se cansa de su silencio o no tiene ya nada más que decirles y se aleja, devolviéndolos a esa vida secreta que es la suya, lejos de la mirada de los hombres, al ritmo de los días y las noches de la montaña.

La madre lo acompaña a menudo para dar un largo paseo, al azar de las deambulaciones del niño a quien sigue sin impacientarse nunca. Acepta los desvíos, las paradas durante las que él contempla la tela orbicular de una araña *Argiope* de abdomen estriado, o juega con una culebra que parece un bronce lustrado a la luz del sol, enrollada en la palma de su mano.

Juntos construyen una cabaña, pasan horas embrollando ramas en el sotobosque, obturando con hojas el menor intersticio. Se tumban dentro y se ponen a hablar, siguiendo con la mirada las manchas de luz que motean las hojas, sus caras, sus manos y sus brazos desnudos.

—¿Eres feliz aquí? —le pregunta un día la madre a bocajarro mientras descansan en el hoyo de tierra fresca que el hijo ha despejado, paciente, para delimitar el territorio de la cabaña.

Al no tener una idea precisa de la felicidad, él asiente y ve pasar por el rostro de la madre la expresión de una vaga desilusión, como si, secretamente, esperara otra respuesta. O puede que solo se deba a una leve variación de luz porque dice «entonces todo va bien», se inclina sobre él y le da un beso en cada uno de sus párpados cerrados.

Con ella también descubre el origen del estruendo en el corazón del bosque, que tomó primero por la voz de la montaña.

Siguiendo el lecho rocalloso de un antiguo curso de agua flanqueado por helechos umbrosos, llegan a un canal en cuyo fondo espumea un torrente bordeado por pies de ruibarbo bastardo. Unas rocas grandes cubiertas de musgo retienen el agua viva y negra a la sombra de los árboles y ella desciende por la pendiente, ora contenida por una obstrucción pedregosa, ora vertiendo su caudal burbujeante en terrazas y pozas donde se detiene, apaciguada, translúcida, rebosante de destellos de luz y de trozos de cielo.

El hijo abandona su ropa en la horquilla de una rama, se acerca en calzoncillos a las rocas, con los brazos tendidos en equilibrio mientras la madre se desviste a su vez. Lo embadurna con crema solar, entran en el agua con la misma prudencia y se ríen por la mordedura del frío en sus tobillos. Se cogen de la mano a medida que se hunden en el agua, poniendo cuidado en colocar los pies en la superficie plana de los guijarros musgosos.

La luz fragmentada por las ramas y refractada por el estremecimiento de la corriente salpica la piel blanca de la madre, el óvalo pleno de su vientre, la congestión de sus pechos de amplias areolas oscuras. Bajo el algodón mojado de sus bragas, a medida que van adentrándose en el agua, el hijo adivina el vello púbico negro, la protuberancia del sexo.

Ella nunca ha dado muestras de un pudor inútil ante él. Considera el cuerpo del niño como una prolongación natural del suyo, se baña indiferente en su presencia, se lava la entrepierna en el bidé donde deja a veces en remojo durante la noche, en un agua jabonosa y enseguida rosa, su ropa interior manchada de sangre.

Orina con la puerta del cuarto de baño abierta antes de limpiarse con dos trocitos de papel rápidamente doblados uno sobre otro, sin dejar de parlotear con el hijo, ejecutando cada uno de esos gestos con idéntica despreocupación, contraviniendo así los principios nunca enunciados de la educación recibida de su propia madre según los cuales el cuerpo solo puede estar constreñido, privado, vergonzosamente disimulado a la mirada, despojado de toda sensualidad —la carne arisca de su genitora siempre ceñida por unas faldas estrictas nunca por encima de la rodilla, por unas blusas abotonadas en cuello y muñecas, con las piernas embutidas en el tejido opaco de invariables medias color beige, de suerte que se asemeja a una burguesa provinciana cuya fortuna familiar se hubiera dilapidado y cuya única herencia se redujera a un guardarropa austero y desusado o, de manera anacrónica, a un ama de llaves, a una institutriz severa de los años de la posguerra.

Todo, en el cuerpo de la madre, constituye una resistencia contra el de la abuela: sus formas exuberantes, su piel suave, su pelo teñido con henna que no peina y que deja secar al aire libre después del baño, hasta su olor. Desde que era una adolescente usa ese mismo perfume intenso con notas de vainilla y pachulí que perdura en su ropa, en su almohada, y que se mezcla con el de sus cigarrillos.

Se viste desenfadada, con viejos pantalones de chándal y jerséis demasiado anchos; luego, cuando llega el verano, con camisetas escotadas, vestidos y túnicas de algodón que lleva sin sujetador. Da la impresión de que, en general, no presta atención a su apariencia, o de que es consciente de ese encanto natural suyo: su alegría, su indolencia tormentosa, sus arrebatos de melancolía que la vuelven bruscamente tenebrosa, desvelando las corrientes profundas de su alma.

Luego, de repente, se empeña en maquillarse, pintarse las uñas, pasar revista a toda la ropa que tiene en los armarios, en cajas de cartón. Contempla su imagen en el espejo de cuerpo entero que hay en su cuarto, se palpa la curva de sus nalgas, de sus brazos, sopesa su pecho. Quiere saber si el hijo la encuentra guapa, si se casaría con ella. Le pregunta, como hace con el juego de tarot,

si piensa que encontrará pronto a alguien que la quiera y a quien ella corresponderá amándolo igual. Y cuando el niño asiente con la cabeza, ocupado probándose en muñecas y dedos las pulseras, los anillos que ella ha esparcido por la bandeja de madera lacada de un tocador, ella le lanza una sonrisa, coquetea, amaga un desfile de unos cuantos pasos por la extenuada moqueta del dormitorio, se detiene y se queda en silencio de repente.

Retira los pendientes que acaba de ponerse, guarda la bisutería en un joyerito, se deja caer encima de la colcha y enciende un cigarrillo:

—Oh, a fin de cuentas, qué más me da —dice soltando la primera bocanada de humo hacia el techo—, mi hombre eres tú.

Ella se encoge temblando en medio de la corriente que rodea su pecho y le corta la respiración. Su reflejo vibra en la superficie del agua. Las manos y los pies se le quedan entumecidos. Ambos se instalan en las rocas, frente a un rayo de sol. No hablan. En el lugar donde se encuentran, tendrían que alzar la voz para acallar el estruendo del torrente. El follaje inmóvil se despliega por encima de ellos en un degradado de verdes y bullen unos pajarillos febriles.

La madre está tumbada boca arriba, con un brazo recogido tras la nuca y una mano sobre el vientre. Vuelve la cabeza hacia el muchacho que apila piedras para montar una presa en un lugar tranquilo del riachuelo.

Ella lo vigila como una loba a su lobezno, indolente, despreocupada. La corriente va a tropezar apaciblemente con el obstáculo levantado por el hijo, lo rodea, fluye entre sus piernas y desvía su curso. Una claridad oblicua ilumina los troncos nudosos, los estratos movedizos de la hojarasca. El aire huele a piedra mojada, a la descomposición del sotobosque, a la corteza todavía tibia.

El cielo se cubre más allá de las cimas, una sombra se extiende sobre el torrente y los labios del hijo azulean. La madre le frota con brío los brazos y la espalda para hacerlo entrar en calor antes de vestirse. Al niño le cuesta ponerse la camiseta de cuello

demasiado estrecho y ella tiene que acudir a ayudarlo tirando de la ropa que le deja las orejas enrojecidas y una marca de costura en la frente.

—Creces demasiado rápido —dice ella—. ¿No podrías esperar un poco? No necesitas darte tanta prisa.

El agua que perlaba aún la piel del muchacho oscurece en ciertas partes el algodón de la camiseta. Emprenden el camino de vuelta. A medida que avanzan bajo la bóveda azul de los pinos, el rostro de la madre se cierra y parece de nuevo presa de un humor taciturno. Sobre ellos, cuando salen del bosque, unas nubes carbonosas y bajas cruzan el cielo. La pradera irradia calor.

El hijo tiende una mano hacia la mano de la madre. Coge en su palma la punta de sus dedos, pero ella parece no darse cuenta.

El padre delimita un espacio de un centenar de metros cuadrados, orientado al sur, junto a la casa, que pretende transformar en huerta. Agachado, esparce por el suelo del cobertizo, ante la mirada del hijo, unos sobres de semillas de tomates, calabazas, pepinos, pimientos, pero también de estragón, levístico, orégano; todo lo que, le explica al niño, es susceptible de crecer a esa altitud en una tierra ácida y pobre, y de proporcionarles, una vez llegado el verano, abundante alimento fresco del que podrán hacer provisiones.

Al primer golpe, el filo de la azada tropieza con un bloque de granito sólidamente enterrado. Aparta con la punta del pie el terrón levantado, descubre un pedazo de piedra gris que se queda mirando durante largos segundos antes de dirigirse hacia el cobertizo.

Cuando vuelve, lleva cogido del mango un pico que apoya en el hombro. Se coloca en el lugar exacto donde se encontraba un rato antes, levanta la herramienta por encima de su cabeza y la deja caer con todas sus fuerzas, dislocando el bloque de granito. Se agacha, coge una esquirla que sopesa en la palma de la mano y la arroja a un lado.

A partir de ese momento, cava sin parar, remueve con dificultad la tierra avara, recalcitrante. A cada golpe o casi,

necesita agacharse, arrancar un trozo de roca. Lo tira con rabia y empieza a formarse un montón del que ruedan las piedras, pegajosas, de esa greda que enseguida le mancha las manos, los antebrazos y las perneras del pantalón.

Se quita la camiseta empapada, la ata alrededor de su cráneo, desvelando a la mirada del hijo su torso pálido. Sus tendones, sus músculos y sus huesos protuberantes se mueven bajo la piel. Con la espalda y los costados estriados de sudor, se asemeja a una bestia de carga abrumada por el sol. Un vello oscuro asoma por el pantalón ciñendo su talle y asciende en línea recta hasta el vientre, el hueco del ombligo y la prominencia umbilical bajo un repliegue pellejudo.

Al niño le viene a la mente que un día el padre estuvo atado al cuerpo de una mujer de la que el muchacho lo ignora todo, que probablemente reposó en sus brazos —entonces vulnerable, inofensivo—, que se alimentó de su pecho, y que nada dejaba presagiar el advenimiento de ese cuerpo laborioso, abnegadamente doblado sobre esa parcela pedregosa de montaña.

El hijo también se da cuenta de que, en el costado izquierdo, el padre tiene una cicatriz que le recorre la piel unos veinte centímetros, y luego asciende, oblicua, hacia el omóplato, como si al hombre lo hubiera alcanzado el filo de alguna arma y esta, al pinchar en hueso, hubiera desviado su trayecto. La epidermis es ahí de aspecto liso, parecida a la de un recién nacido o a la de un gran quemado.

Fascinado, el muchacho pasa un buen rato sin poder desviar la vista, y cuando el padre se detiene para pasarse el dorso de la mano por la frente y encender un cigarrillo, sorprende la mirada del hijo fija en el navajazo y no dice nada.

Parece empeñado en plantarle cara a esa parcela cuya resistencia significaría una ofensa para él, en extraer cueste lo que cueste todo lo que impida su proyecto, o bien en desahogar, a cada azadada, una ira ciega de causas misteriosas para el niño.

La madre le lleva agua. El padre coge la botella y bebe con

avidez, se lava la cara echándose agua en la palma de la mano. Se quedan unas gotas enganchadas en sus pestañas y los pelos recios de su barba. Se le ha roto un vaso sanguíneo del ojo izquierdo y le bordea la pupila con un derrame rojizo, pero él no se da cuenta y se pone a cavar de nuevo, con la cara y el torso chorreando.

La madre y el hijo se mantienen a distancia, ella desconfiada y desamparada, él agachado, ocupado machacando el suelo con ayuda de un bastón pero levantando sin parar la vista hacia el padre como si estuviera vigilando un animal imprevisible. La madre pide al hijo que se ponga a la sombra. Ella acaba yéndose a casa, se para un momento y se vuelve hacia ellos antes de desaparecer en el ángulo del edificio.

El día pasa, estira la sombra de la pila de piedras que va aumentando por horas. El sol le quema la espalda, los brazos, el pecho al aire, pero cuando el hijo intenta echarle una mano de verdad y se apodera de la azada, el hombre le hace un gesto seco para que se aparte, señalándole el perímetro de la parcela.

Llega el atardecer y él, bajo un cielo crepuscular, sigue cavando, con la frente y las pupilas bañadas por la luz rojiza; más tarde aún, cuando se constela la bóveda celeste y el bosque reposa en la penumbra azul, el padre saca un alargador del cobertizo, enchufa un foco de trabajo proyectando así sobre la ubicación de la huerta un haz blanco y crudo que devora la noche, y sigue cavando.

La madre y el hijo cenan solos. Ella apenas toca el plato, se muerde la uña del pulgar mientras ve comer al niño, con ese aire de preocupación que la hace fruncir el entrecejo.

Después de acostar al chico, le lleva un plato al padre.

—Deberías comer algo —dice—. ¿No quieres parar un poco y ya lo retomarás mañana?

—No —contesta él entre dientes.

Ella observa al padre, su silueta aureolada por nubes de insectos revoloteando en todos los sentidos, desaliñada, descarnada en medio de la luz halógena que acentúa los surcos de sus costillas, el hueco de sus clavículas, las cuencas hundidas de sus ojos.

Su sombra se extiende desmesuradamente, presentando de él esa visión de miembros desproporcionados, como un doble maléfico que se le ha desprendido y se pega a sus talones, imitando sus gestos, cada golpe de herramienta, cada lanzamiento de pedrusco, de manera exagerada, aterradora.

La madre se estremece, invadida por el frescor de la noche, deja el plato sobre la superficie plana de una de las piedras y vuelve a casa con paso rápido.

Permanece despierta largo rato en la cama, con el oído puesto en el zumbido del grupo electrógeno que le llega desde la puerta entreabierta del cobertizo. Cuando por fin se duerme, cae en un sopor intranquilo, poblado de formas hostiles.

En las primeras horas del día siguiente, el padre entra en el dormitorio.

Se desnuda, apoyando una mano en la pared, y se derrumba junto a ella. Apesta a sudor, a tierra, a agotamiento. Tumbada a su lado, se queda mirando su perfil inerte, las primeras arrugas ensuciadas que cruzan su frente y el rabillo del ojo, el movimiento de los globos oculares bajo los párpados cerrados, el aliento de su respiración cada vez más pesada. En las manos le han salido unas ampollas que supuran entre sus palmas terrosas.

Ella espera a que se duerma para levantarse, recoge la ropa sucia, tirada en el suelo, y se va del cuarto de puntillas.

Cuando sale de la casa, la montaña fértil y negra sigue sumida en el alba empapada de rocío que perforan los trinos de las aves. El aire se le pega a la piel como una lengua húmeda. Camina hasta la ubicación de la huerta. La hierba le moja los tobillos desnudos. Contempla la tierra escarificada, el imponente montón de piedras alzado como un mojón siniestro. Algo penetra en ella que la hunde, el sentimiento de un destino trazándose a su pesar y cuyo curso no podría modificar.

Por encima de ella, en el cielo ahora pálido, un halcón peregrino lanza un grito que la montaña le devuelve.

*

Después de gastar todas las fichas, dejan los autos de choque y suben en sentido inverso la única avenida de la feria lavada por un segundo chaparrón que les ha pasado desapercibido en el vertiginoso remolino de la atracción.

La vieja del pelo largo canoso y el crío con la nariz llena de mocos han desaparecido. Los hombres han acabado de abrir los remolques y algunos visitantes deambulan ya de una caseta a otra, por indecisión o por curiosidad.

El padre compra churros. Se sientan en el reborde de una plataforma mal instalada. El hijo agarra con las manos el cono de papel de estraza manchado de aceite donde reposa la fritura aún humeante. El padre enciende un cigarrillo, mira al hijo cogiendo con la punta de los dedos el primer churro que le llena los labios y la barbilla de azúcar.

—Durante todo el tiempo en que no estaba yo, ¿cómo se las arregló ella? —pregunta de buenas a primeras—. Habrá habido alguien para echarle una mano de vez en cuando, ¿no?, con la casa y todo eso. Para hacerle compañía...

El hijo lanza una mirada al padre antes de parecer ensimismarse con la contemplación del papel de estraza, con la pasta dorada y reluciente de los churros, con el centelleo de los cristales del azúcar.

—Vamos —insiste el padre—. Puedes contármelo. Conozco a tu madre. La conozco mejor que nadie. No le pega nada estar sola tanto tiempo. Ni esperar tanto.

Le da una calada al cigarrillo, forma un anillo blanco que se eleva ante ellos y desaparece en el aire gris, espira la masa informe de humo que aún le queda en los pulmones. Le cae un pequeño montoncito de ceniza al tejido del vaquero, se lo quita con un gesto distraído, negligente, extrañamente femenino, de las últimas falanges de sus dedos.

—Ha tenido que ver a otros hombres, ¿no? Dime si has visto a alguno que haya ido a visitarla.

El hijo recoge un poco de azúcar con la yema del índice y se lo lleva a la boca. Con la punta de la lengua, nota la solidez

granulosa e inmediatamente disuelta de los cristales, el sabor a aceite de fritura que le llena la boca de saliva. Se contorsiona en el sitio, se dispone a coger otro churro del cono de papel de estraza cuando la mano del padre se posa en su muñeca para retener el gesto, con sus largos dedos de cartílagos protuberantes, con su palma fría y reseca.

—El tío Tony —dice el hijo en cuanto lo roza, en un tono que le habría gustado aparentar más desenvuelto, menos apresurado, más átono, pero que surge de sus labios en un soplo, con el fervor seco de una confesión.

Aunque no tenga ni idea de qué respuesta espera el padre, ni la conciencia de revelarle un secreto que pueda perjudicar a la madre, siente, en el mismo instante en que su lengua toca el paladar para formar el nombre del tío Tony, la convicción confusa y sin embargo lancinante de estar traicionándola.

El tío Tony no es el tío del niño.

No tiene con él ningún lazo de parentesco. El tío Tony es uno de los hombres que figuran en la foto de la partida de caza conservada por la madre en la caja de zapatos, en la profundidad secreta y perfumada del cajón de la cómoda del cuarto que ha quedado vacante en la casita obrera.

Es ese, de pelo y barba rubios, ojos claros, torso bombeado, cegado por el humo de su cigarrillo, que pasa un brazo por los hombros del padre y cuya muñeca agarra el padre con la mano izquierda igual que hace un momento cogía la del hijo —pero aquí sin intención de conminar al hombre, de forzarlo a nada, reteniéndolo simplemente con un apretón suave, benévolo, afectuoso—, con ambos puños unidos posados sobre su pecho a la altura del corazón, de manera que se entiende nada más mirar la fotografía que los une una complicidad especial.

Desde que se acuerda, el niño lo ha llamado tío Tony. Hasta donde le alcanza la memoria, el tío Tony ha existido en su vida y la de la madre, surgiendo por etapas, alejándose en otras, nunca tanto tiempo como el padre, nunca de forma que uno de los dos haya

podido pensar que se trataba de una partida definitiva, siempre presente de vez en cuando, en la esquina de una calle del centro de la ciudad, en la cocina en compañía de la madre, a la vuelta de la escuela, en la mesa de esa habitación siempre llena de humo a pesar de la campana extractora a plena potencia, con una caja de herramientas dejada encima de una silla, con los ceniceros llenos dando fe de que han pasado horas hablando —de qué, eso es algo que el niño ignora—, y esa mirada que los dos le dirigen cuando se apoya en el quicio de la puerta, con su cartera al hombro, y la madre que parece volver a una realidad de la que habría logrado escaparse por un instante, como extraída de un sueño del que emerge sacudiéndose, algo avergonzada, animándose bruscamente, quitando de la mesa los ceniceros, las tazas de café que han ido acumulándose, y su mirada, la de Tony, descolorida, dos agujeros de agua clara delimitados por unas ojeras oscuras, su rostro anguloso, siempre lívido, carcomido por una infinita tristeza o un eterno pesar de razones impronunciables que reavivara la sola visión del muchacho.

El tío Tony, dice un día la madre, en una de esas ocasiones excepcionales en que le confía al hijo los recuerdos que guarda de él, era uno de los amigos más antiguos del padre.

Ella le cuenta que eran inseparables, siempre dispuestos a hacer locuras, siempre juntos, uña y carne (ella dice: como cuchillito y navajita), el rubio de la piel diáfana —con una vena saltona en cada una de sus sienes—, parco en palabras, de labios brillantes y carnosos, ocultos tras la clara maraña de su barba, de mirada penetrante, listo para sondearlo a uno hasta el fondo del alma, y el moreno tempestuoso, hirsuto, indomable, siempre listo para darse de puñetazos a la salida de los bares y escupir su propia sangre.

El padre parecía haber bajado de la montaña con la sola perspectiva de vérselas con la ciudad y había encontrado —o creído encontrar— en Tony un *alter ego*, un doble en negativo, al menos un compañero de borracheras, de bailes de pueblo en la noche, como un corazón secreto, de arreglos de cuentas a la luz

turbia de las farolas o de albas vinolentas, de carreras al volante de un 405 GTI, de un Polo G40 (a veces de un Audi Quattro o de un Toyota MR2 robados) por las sinuosas carreteras de las cumbres montañosas, con los faros proyectando la luz cruda ora sobre los acantilados abruptos, ora sobre vertiginosos bloques de oscuridad.

La madre dice que lo que él quería era vivir peligrosamente, que no se cansaba de tentar al diablo. Era la idea que él se hacía de la libertad, de su liberación, y casi con quien quería vérselas era con la vida —la ciudad no era sino el decorado de su revancha, luego de sus daños colaterales—, para recuperar el tiempo que él estimaba haber perdido ahí arriba, bajo la autoridad inflexible, aniquiladora, de su genitor.

También dice ella que el padre no era de esos que se dejan embaucar, que más valía pensárselo dos veces antes de meterse en asuntos con él. Creía que era una persona íntegra, pero consumida por un fuego insaciable. Jugaba con los límites sin parar. Se implicaba en tramas nada claras que él llamaba sus «asuntos» y de las que, a decir verdad, ella nunca conoció los detalles.

Ella siempre le decía que acabaría buscándose problemas, pero él se burlaba, por orgullo o por bravuconería.

Ella dice:

—Tomé su ira, su violencia y su avidez por pasión. Me equivoqué.

Por mucho que el hijo oiga la voz de la madre, por mucho que la voz de la madre recree en su mente imágenes, invoque coches estrellándose en medio de la noche, siluetas intrépidas, no entiende a qué se refiere ella exactamente —en realidad se dirige a sí misma, más que al niño, quizá para ver si las palabras, una vez pronunciadas, tienen un sabor particular, pueden detener la marcha del mundo o conjurar los fantasmas del pasado—, y él olvida, sin embargo, esas veces en que ella, de cuando en cuando, se ha confiado en su presencia, le ha contado anécdotas, detalles de su juventud y de su vida en común que le habrían permitido, si los hubiera retenido, hacerse una imagen del padre, reforzar el frágil esbozo de su recuerdo, superponer a las dos fotografías de la

cómoda otra memoria, aunque igual de inventada.

A menos que las palabras de la madre se hayan elevado en el espacio de un dormitorio y después se hayan quedado suspendidas un instante sobre sus cabezas antes de alcanzarlo mientras andaba ocupado jugando en la alfombra de carreteras o contemplando la bisutería toda entremezclada en el joyero. Quizá hayan penetrado hasta el fondo de él para sedimentarse, de manera que, aunque no se acuerde, sí tenga recuerdos, pero guardados en las más hondas profundidades de una memoria primordial, inefable.

Olvida, y lo que le queda es la certidumbre de que el tío Tony conoció al padre, de que incluso tuvieron una relación muy estrecha —aunque el hijo sería incapaz de definir la naturaleza de esa relación si se le preguntara por ello.

De esa proximidad anterior, de esa misteriosa complicidad, concibe él una fascinación, un respeto casi sagrado con el que aureola al tío Tony como si volviera de periplos remotos y exóticos, como si hubiera sobrevivido a una guerra o realizado alguna proeza.

El agujero negro creado en la vida del niño por la ausencia del padre —por el silencio reinante en torno a dicha ausencia— hace que recaiga en el tío Tony un poco de su dominio, de su magnetismo, de su fuerza de atracción, y al muchacho le parece que puede subsistir en él, como un remanente, algo del padre.

Cada vez que está con él, el hijo estudia su actitud, sus posturas, su forma de estar en la cocina o en el salón con ese nerviosismo perceptible. Parece sentirse siempre fuera de lugar, no saber qué hacer con su cuerpo, dando pataditas constantes con el pie, metiéndose las manos en los bolsillos para rebuscar en el fondo, haciendo girar el cigarrillo entre los dedos índice y corazón, y el chico se pregunta, de esos gestos, cuáles le ha copiado al padre.

La madre también, durante las visitas del tío Tony, se mantiene alerta; no porque vea algo del padre en él, sino por su irrupción en una cotidianeidad regulada, consagrada, casi litúrgica que comparte con el niño, unas modificaciones ínfimas que su sola

presencia —su cuerpo y su olor masculinos, su silencio reticente— impone a la atmósfera de la casa, decorado envuelto en aromas domésticos y designios maternales. La ausencia del padre deja planear sobre ellos, si no una remota amenaza, sí al menos una advertencia, traza entre ellos una línea imaginaria que hace la función de barrera, de parapeto, se mueve con ellos, se interpone, obstruye, confiriendo a cada uno de sus gestos, a cada una de sus palabras, un significado más grave.

El padre mantiene la mano sobre la muñeca del hijo. Cuando la suelta, el chico se apresura a morder la pasta refulgente, dorada y aceitosa de uno de los churros, a falta de poder tragarse sus propias palabras.

El padre se pasa la lengua por el ángulo roto de su diente, desvía la mirada para fijarla en un punto frente a él y se lleva mecánicamente otro cigarrillo a los labios.

—El tío Tony —repite a media voz, no dirigiéndose al hijo, sino para sí mismo y sin sorpresa.

Una constatación amarga, desencantada, quizá hasta esperada, que, no obstante, lo fuerza a deglutir, como si le repitiera, un sorbo de bilis.

*

Enseguida le parece al hijo que llevan toda la vida ahí, en Les Roches. Ha perdido la noción del tiempo. Los días pasados se confunden en una serie de impresiones, olores, imágenes, luces, sensaciones siempre en relación con la presencia envolvente de la montaña.

Las auroras color parma suceden a las noches centelleantes que el hijo jamás había visto tan puras, con sus astros engarzados en una oscuridad perfecta. A veces, a principios de verano, se queda fuera, por la noche, embargado por el aroma a hierba fermentada, cuando la tierra exhala el calor acumulado durante todo el día, atravesada a veces por corrientes de aire frío, cuando

las tinieblas rechinan debido al escalofrío y los gritos penetrantes de las aves nocturnas.

Se sienta más allá del aura de claridad difusa que emana de la casa, para contemplar la bóveda entenebrada donde brillan fuegos de antes del mundo mismo, sintiendo por debajo de él la presencia de la tierra, la inmensidad de la tierra. Piensa confusamente en las vidas que se consumen en ese mismo instante y en todas partes, sabiendo que un niño camina descalzo en algún sitio, que otro se duerme en un lecho profundo, que un perro agoniza en medio del polvo a la sombra de una techumbre de hojalata, que una ciudad brilla en la noche en un país lejano, que seres innumerables se mueven animados por esa fuerza misteriosa y perentoria que es la vida, y que late en cada uno de ellos.

Inexplicablemente también siente el gran movimiento que los arrastra a todos, incluido él, imperceptible, y no obstante vertiginoso, a través del tiempo y a través del espacio, mezclando todas las vidas, de hombres y animales, y junto a ellos, las piedras, los árboles, los astros ígneos.

De esos instantes, él guardará el recuerdo de una epifanía, la convicción de haber entendido la verdadera naturaleza de las cosas, que ninguna lengua, ninguna palabra sabría decir; sin embargo, de ello solo subsistirá la impresión de un sueño, el sentimiento de algo otorgado e inmediatamente arrebatado.

La madre acaba siempre por aparecer para llamarlo desde el umbral de la casa, redondeada y recortada en el rectángulo luminoso de la puerta. Todo se disipa entonces, absorbido por la noche.

Tras su victoria sobre la parcela pedregosa, el padre duerme hasta primera hora de la tarde.

Cuando el hijo se levanta, se encuentra a la madre sentada delante de la casa. Con la mirada fija en la lejana línea del bosque, las yemas de sus dedos dibujando distraídamente un círculo ligero en el algodón de su camiseta a la altura del vientre, al principio no lo ve.

Cuando vuelve la cara hacia él, comprende que se ha

ausentado de sí misma, que solo su envoltorio estaba ahí, en la silla, en medio de la luz del alba, y que su mente divagaba más allá de las doradas copas de los árboles.

Ella lo atrae hacia sí, le da un beso en la sien, cálida, tan perfumada como la tripa de un gato.

—¿Has dormido bien, zorrito mío? —pregunta.

El niño asiente mientras se frota los ojos, se deja llevar hasta su regazo y se sienta en sus rodillas. Ella lo estrecha en sus brazos, junta sus manos con las de él. Contemplan la montaña sonrosada, el sol atrapado y refractado por el rocío de la mañana, como si por todas partes, en la hierba, se hubiera instalado algo irrisorio y preciado a la vez.

El hijo nota el aliento de su madre en la espalda. Ella le aprieta los dedos y su mano tiembla un poco. Le cuenta un sueño recurrente que tiene desde unos meses después de que él naciera.

En ese sueño, le dice, se encontraban los dos en un jardín o en un parque, y ella lo veía de lejos, a él, al hijo, mayor que ahora, jugando en un columpio.

—No veía bien tu cara, pero sabía sin la menor duda que eras tú.

Dice que en apariencia todo era felicidad y paz, pero que ella sentía planear sobre el parque una sombra, una amenaza impalpable.

Veía el armazón del columpio temblar de forma extraña, a punto de dislocarse mientras el hijo subía cada vez más alto por los aires, y ella estaba convencida de una desgracia inminente.

Se levantaba del banco donde estaba sentada y echaba a correr hacia él. Una carrera lenta, trabada, sabiendo que no llegaría a tiempo de alcanzarlo, que, ineluctablemente, el columpio caería hecho pedazos.

Dice que cohabitaban en ella dos sentimientos encontrados en ese instante: un espanto terrible ante la idea de la muerte del niño, indisociable de su culpabilidad («Yo pensaba: todo esto sucede por culpa mía, únicamente por culpa mía»), y un inmenso alivio: el de ver desaparecer, en el instante en que se le robaba la vida del hijo, toda obligación, toda responsabilidad con respecto a él.

También dice que pensaba, en el fondo de sí misma, en el fondo de esa conciencia fragmentada del sueño, que todo se desvanecería con la muerte del hijo, que su único recurso sería tumbarse en ese césped movedizo y dejar de tener miedo; le habrían extirpado el peor de todos.

—Ya no tendría ni siquiera el deber ni la necesidad de seguir viva por ti.

Apoya la barbilla en el hombro del hijo y nota la mejilla mojada pegada a la suya.

—Ya me había olvidado de ese sueño, pero me ha vuelto esta mañana.

Cuando surge, el padre no les dirige ni una palabra. Sale de la casa y va a contemplar el cuadrado de tierra labrada ante el que permanece un buen rato inmóvil para asegurarse de que no ha soñado, que efectivamente ha logrado su propósito, luego, con aire despreocupado, orina sobre la pila de piedras, vuelve a la casa silbando —un silbido que no es de verdad, con la lengua apoyada en el paladar dejando salir un hilillo de aire, un soplo agudo y discordante—, vierte uno de los bidones de agua en un cubo y se desviste.

El hijo lo observa mientras coge agua con las manos juntas, se la lleva a la cara, sopla, resuella, se restriega enérgicamente, derrama agua por encima de su cabeza, vuelve a resollar como un animal, se echa agua por las axilas negras, la nuca y el torso colorados. Se quita el calzoncillo sucio, expone a la vista del hijo un sexo velludo que frota sin miramientos.

Si la desnudez de la madre le resulta familiar, carente de carnalidad, la visión del cuerpo del padre le parece, al contrario, obscena y fascinante; no puede dejar de mirar. El hombre se fricciona con la vieja pastilla de jabón agrietada que se encontraba junto a la pileta. Unos amasijos de espuma gris corren por su espalda, por sus pálidas nalgas, por sus piernas peludas, y se depositan sobre la hierba como escupitajos de cuco.

En su brazo, la serpiente y la daga se estremecen, sustentadas por la rotación del bíceps. La tinta que el tiempo ha expandido por

la epidermis se ha vuelto azul, sus trazos se han vuelto más gruesos; parece como si llevara uno de esos vulgares tatuajes de marinero o de recluso.

Se aclara con el fondo del agua que derrama sobre su cabeza, con la cara vuelta hacia el cielo. El agua chorrea por la cicatriz de su costado. Se seca con la ropa sucia y entonces sorprende la mirada del hijo clavada en él.

Se pasa la camiseta por el rostro y dice:

—Te había prometido que te enseñaría a tirar, ¿eh? Venga, vístete. Vamos a dar una vuelta.

Se lleva al chico en dirección a la fuente, hacia las pendientes graníticas, brillantes bajo el sol de julio, llenas de lascas. Esta vez él lo sigue de cerca mientras caminan a través de la montaña agobiada por tanta luz, bajo un cielo candente.

Al principio se ven absorbidos por la marcha, pero el silencio del padre está, en verdad, lleno de palabras, habitado por una voz procedente de sus profundidades y a la que haría eco la montaña entera, o bien de su exterior; una voz sin edad, monótona, desencarnada, dispersada en el éter donde seguiría existiendo.

Y cuando el padre se pone por fin a hablar a la espalda del hijo, este no se siente sorprendido; es como si la voz se hubiera precedido a sí misma, como si llevara planeando sobre ellos mucho tiempo, quizá antes incluso de que salieran de la casa de Les Roches, antes incluso de que dejaran la ciudad para ir a la montaña, hasta el punto de que podría pronunciar las palabras en su lugar, y el muchacho entiende, en el instante mismo del primer vocablo que forman sus labios, que el revólver y el aprendizaje del tiro no son sino un pretexto para que la lengua del padre se encarne y se despliegue, sin apuntar, con el corazón del chico como única diana.

El padre dice que no tiene y nunca tendrá más que un solo hijo y que no es el padre del bebé que lleva la madre en su seno.

Dice que la madre no ha eludido su vigilancia sino su confianza, algo peor aún, porque él jamás, en el tiempo que ha durado su ausencia, imaginó que pudiera traicionarlo un día. Y si

hay una cosa, sigue diciendo el padre al hijo —con esa voz átona, sorda, errática—, una cosa que un hombre no puede soportar es que traicionen su amor.

Sin duda el hijo es demasiado joven para saber lo que es el amor, demasiado joven incluso para ser capaz de imaginar lo que es el amor, pero el padre le advierte que desconfíe de lo que suele contarse sobre el amor, la palabrería, las sandeces que sin duda llenan las páginas de las novelas para señoras que lee la madre con esa avidez malsana, complaciente.

—Y que seguramente han acabado por corromperla.

No, prosigue el padre en ese mismo monólogo fantasmal, no hay que tragarse nada de eso, el amor solo está animado por el deseo, el amor es solo el otro nombre, este aceptable, que se le da al deseo, o, dicho de otra manera, a la concupiscencia, que echa toda la leña al fuego si hace falta con tal de salirse con la suya.

El amor es una enfermedad, un virus inoculado en el corazón de los hombres, ese corazón ya enfermo, ya podrido, ya pervertido, roído desde siempre por la gangrena y cuyo fondo sería inútil sondear.

—Te lo digo hoy para ese en quien te convertirás más tarde: ojo con enamorarte, no sacarás nada bueno.

Porque los hombres, más que ningún otro animal de los que pueblan esta jodida tierra, nacen con ese vacío dentro, ese vacío vertiginoso que intentan colmar desesperadamente, mientras dure su breve, su insignificante, su patético paso por este mundo, de puro tetanizados que están por su propia fugacidad, su propia absurdidad, su propia vanidad, y parece que se les ha metido en la cabeza la descabellada idea de que podrían encontrar en uno de sus semejantes lo que llenaría ese vacío, esa carencia que preexiste en ellos.

—Como se llena con una palada de tierra el agujero de una fosa.

Olvidándose demasiado rápido de que no tiene fondo, dice el padre, de que esa herida abierta en el corazón de los hombres nunca se colma, nunca se cura.

Amamos y nos ilusionamos con la vida, amamos y creemos

haberle encontrado un sentido a todo esto, una razón, un orden en el caos, pero la verdad es que el amor nos infecta, nos corrompe el alma y el corazón. Habría que amarlo todo por igual, o no amar nada en absoluto, porque poner todas las esperanzas en un solo ser tan falible, tan desfalleciente, tan traicionero como un ser humano, que a su vez lleva en su seno un vacío de una profundidad abismal, no es sino pura locura.

—Es tan solo la expresión de una desolación total.

Y aunque el padre dice todo eso, admite que ha sido incapaz de aplicarse a sí mismo esos preceptos, puesto que se enamoró de la madre, sintió un amor, según él, absoluto, irremediable y sin embargo ella lo ha traicionado, le ha sido infiel, ha escogido guardar un hijo que no es de él, cuya promesa ya le resulta injuriosa pero cuya existencia le supondrá una ofensa aún peor, indeleble, una afrenta expuesta a diario a su mirada y que le recordará incansablemente la traición de la madre.

No obstante, por eso los ha conducido a Les Roches, prosigue el padre con voz ronca, ya casi afónica, castigada por su propio aliento, su propio caudal de voz, mientras penetran en la sombra benéfica del bosque del musgo, por eso se los ha llevado lejos de la ciudad. Para encontrar en sí mismo la fuerza del perdón y ofrecer a la madre la posibilidad de una redención.

Pero por mucho que intenta el padre hacer uso de los últimos recursos de su clemencia, de su mansedumbre, no sabe si conseguirá perdonarla, no solo por haberlo traicionado —con ayuda del tiempo y de su amor, renacido de sus cenizas, quizá el recuerdo acabara por atenuarse e incluso por desaparecer—, sino por infligirle la presencia de un niño al que, eso espera ella seguramente, miraría él con ojos de padre; un pequeño bastardo que será la encarnación de su deslealtad y una puñalada asestada sin tregua al orgullo del padre.

—Una puñalada asestada sin tregua.

Abandonan el bosque cuando su voz se calla, disuelta, evaporada en la luz. El hijo llega a dudar de que el padre haya hablado de verdad, de que haya roto el silencio desde que han

salido de la casa, pero tras recorrer unos metros en medio de la hierba que, reblandecida por el calor, lame sus tobillos desnudos, dice al muchacho que espera su apoyo, el de un hombre a otro hombre.

—Pero también y ante todo el de un hijo a su padre.

No le pide que se subleve contra la madre, tampoco le dice que se enfrente a ella; todos deben obrar para preservar los lazos que los unen, aunque hayan sido maltratados, desgastados por el tiempo, por la ausencia del padre, por la inconstancia y la deslealtad de la madre, para mantener a flote, contra viento y marea, ese barco en el que navegan juntos.

No, si el padre le confía todo eso, afirma, no es para hacer de él un aliado para vengarse de la madre, sino únicamente para ser justo.

—Creo que ya te mereces que se te trate como a un adulto.

Piensa que ya tiene edad de oír y entender esa realidad que pertenece al mundo de los adultos, un mundo en cuyo umbral ha permanecido hasta ahora, o bien en cuyo umbral se ha mantenido debido a la presencia, al dominio, a la omnipotencia de la madre.

Pero el padre pretende tratarlo ahora de igual a igual, sin algodones, el hijo se lo agradecerá un día, asegura él, y por eso le confiesa todo, para que pueda juzgar por sí mismo, en conciencia, el hecho de que el padre haya tenido que aguantar, y tendrá que seguir haciéndolo, unos sentimientos encontrados con los que tiene que luchar día a día, el de la humillación sufrida y el de su gran misericordia.

—Contigo a mi lado, quizá pueda perdonarla.

El hijo asiente con la cabeza, no para aprobar lo que dice el padre sino para que se calle, para que detenga ese aluvión de palabras enigmáticas, que no entiende pero cuyo sentido profundo le afecta y le marca como un hierro candente.

Y en efecto el padre se calla, purgado por su propia voz, ahora refugiado en un silencio taciturno mientras llegan a esa explanada rocosa, recorrida por arbustos ralos, cerca de la fuente.

Con la frente perlada por el sudor, el padre se agacha delante

de la mochila que llevaba al hombro colgando de uno de los tirantes. Saca unas latas, botellas vacías y, bajo la mirada atenta del hijo, se aleja para colocarlas a unos veinte metros al pie de unos troncos calcinados por el sol, en la parte plana de unas rocas negras con incrustaciones de mica.

El hijo lo sigue con la vista, obligado a entornar los ojos por el destello de las piedras. El calor reverberado es tal que le parece estar respirando su propio aliento, y cuando el padre vuelve en su dirección, por un momento solo distingue su silueta temblorosa, recortada en el paisaje.

El hombre saca de la mochila el revólver y las balas, carga el tambor, descompone cada uno de sus gestos ante los ojos del hijo, sin una palabra, sin levantar la vista hacia él, antes de tenderle el arma.

El hijo mira el revólver, luego al padre.

—Acuérdate de lo que te dije.

El niño coge el arma de la que había olvidado el contacto mortífero y frío, el olor mecánico. El padre espera junto a él, con los codos clavados en los muslos, dando muestras de una paciencia casi obsequiosa, reflexiva, y el hijo rememora las instrucciones precedentemente recibidas a la luz de una bombilla con el zumbido del generador del cobertizo de ruido de fondo, levanta el revólver y apunta a una de las dianas instaladas por el padre.

Coloca el índice a lo largo del guardamonte, arma el martillo, oye el clic de su mecanismo secreto, implacable, en el aire estremecedor, cierra el ojo izquierdo para alinear su visión con el guion.

A lo lejos, la botella de cerveza verdea al sol, trivial, proyecta un orbe glauco sobre la piedra; todo está en calma.

Pone el índice en el gatillo, retiene la respiración y dispara.

Un instante después solo ve el cielo opalescente, despejado, invadido por un pitido continuo, luego la silueta sombría del padre que se inclina sobre él.

El retroceso del disparo lo ha lanzado hacia atrás, su cabeza ha pegado contra el suelo pedregoso y el arma reposa ahora a sus

pies. El padre le tiende una mano y el hijo la mira, aturdido, antes de agarrarla. El hombre tira de él con tal fuerza que se levanta de inmediato, vacila mientras le sacude sin miramientos el dorso de la mano, hablando con voz casi inaudible, indescifrable, aún cubierta por el pitido. El muchacho se lleva la mano a la parte posterior de la cabeza y nota con los dedos una hinchazón dura, indolora, oculta entre el pelo.

El padre lo obliga a bajar la barbilla para examinarlo.

—No es nada —dice.

El niño percibe la voz de nuevo mientras el pitido va atenuándose y cree oír el eco del tiro repercutido en las piedras.

El padre se agacha para recoger el arma, colocarla de nuevo entre sus manos, pero esta vez lo rodea con sus brazos como hizo unos días antes en la penumbra polvorienta del cobertizo, y guía de nuevo sus gestos, levanta el revólver con él, arma el martillo con él, apunta con él a la botella de cerveza intacta y radiante con su aura verdosa.

Cuando el índice del padre aprieta el gatillo, el hijo cierra los ojos y el ruido del estallido de la botella sigue tan de cerca el de la detonación que no ve ni oye cómo explota el blanco, sencillamente desaparecido, desvanecido en medio de la luz.

Siente en las manos, los antebrazos, los codos, la convulsión del arma ahora caliente, contenida por la presión de las manos del padre, y también la impresión de una tensión liberada con el disparo. Se ha librado de algo, de un pequeño peso que también se ha volatilizado con el estruendo.

Pertenecía al viejo, este revólver, dice el padre después de que hayan disparado a tres blancos más. Lo guardaba pegado a él día y noche, solo por si acaso, decía, nunca se sabe lo que puede pasar, añadía, sin que se supiera nunca a qué se refería exactamente, a las alimañas que acabarían por devorarle media cara o a algún senderista al que se le hubiera ocurrido aventurarse hasta Les Roches. Una cosa es cierta, y es que la idea de que alguien o algo pudiera acercarse a esa ruina y andar por el terreno que compró a no sé quién, pero seguro que por muy poco dinero,

por ese terreno y esa ruina que nadie querría ni regalados salvo él, a no ser para llevar un rebaño de ovejas a pastar —por eso la construcción fue sin duda concebida en sus orígenes para albergar a pastores o hasta sus animales durante los meses de la trashumancia—, la idea, pues, de que alguien pudiera poner un pie en esa parcela de montaña sin haber sido invitado, autorizado por él, le resultaba insoportable. Lo primero que hizo incluso antes de apilar dos piedras para levantar uno de esos muros medio derruidos, antes incluso de sacar luego una sola de las múltiples carretas de escombro que debía extraer para despejar el terreno, fue poner un tablón de madera con una inscripción hecha a pincel con pintura roja, que contenía la siguiente advertencia: PROPIEDAD PRIVADA / PROHIBIDA LA ENTRADA / ¡OJO, TRAMPAS! Y eso que resultaría evidente para cualquiera que se aventurara por esos lares por casualidad —no se podía llegar más que por casualidad, no se podía pasar más que para proseguir el camino hacia las cumbres, una ruta por otra parte improbable, de no ser para un senderista consumado; a nadie se le ocurriría ir a Les Roches para contemplar ese pedregal devorado por la vegetación—, resultaría evidente, pues, que no había ahí nada que proteger, nada que privatizar, ni siquiera una puerta que franquear por el mero placer de desafiar una prohibición de entrar, y aún menos trampas disimuladas por los alrededores. Pero a pesar de todo él plantó su tablón, confeccionado con mucho esfuerzo, con sus letras temblorosas, trazadas con su única mano válida, la izquierda, y él era diestro, y estaba claro, al verlo inspeccionando sus piedras apiladas y su parcela de maleza, que reinaría allí como amo y señor y que no toleraría ninguna intrusión. Durante los casi diez años transcurridos en Les Roches junto a él, siempre lo vi con este revólver enganchado en el cinturón de su pantalón, la parte de abajo de un mono de trabajo que no se quitaba más que para lavarlo esporádicamente, cuando lo consideraba lo bastante sucio como para cambiarlo por otro —los dos sin duda procedentes de sus años pasados en la serrería—, mientras el primero permanecía en remojo en una palangana de jabón negro cuya agua no tardaba en volverse gris, luego se secaba al sol, y así sucesivamente,

alternando ambos pantalones, que acabaron con los dobladillos y la cintura desgastados, y las costuras cedidas, y él se empeñaba en remendarlos con su mano izquierda, poniendo la prenda sobre su muslo y sujetándola con el codo o el antebrazo derecho. Nunca me habría dejado que le echara una mano, ni siquiera habría tolerado jamás que le propusiera ayudarlo. Siempre lo supe y nunca intenté proponérselo. Desde el accidente tenía esa mirada, ese orgullo o esa ira desesperados de las fieras que tienen una pata atrapada y que prefieren devorarla antes que dejar que se acerque alguien a liberarlas, porque no saben distinguir con precisión el origen de su sufrimiento. E incluso una vez que levantó Les Roches, que sacó Les Roches de la tierra, piedra tras piedra, nunca aceptó mi ayuda a no ser que me sirviera de aprendizaje, pero en ningún momento esperó de mí que lo socorriera en nada, ni siquiera cuando hubo que cargar los perpiaños uno a uno. Prefería conseguirlo solo, a veces tras esfuerzos tremendos, espantosas contorsiones que me llenaban de compasión y de vergüenza, y mucho más tarde de respeto, antes que pedir ayuda a un niño, antes que pedir ayuda a su propio hijo. Si llevaba el cañón de ese revólver sempiternamente enganchado a su cinturón, yo sabía que era también como la terrible confesión de su minusvalía, que lo que de verdad le daba miedo era no ser ya capaz de defenderse por sí mismo ni de defenderme, a mí, contra todo lo que podía imaginarse que merodeaba a nuestro alrededor, que amenazaba con surgir en Les Roches para despojarnos de todo, a él que, antes de la muerte de mi madre y antes del accidente de la serrería, era un tipo fornido, arrogante, temerario, y que se había convertido, en un año, en ese anciano prematuro que aún no había cumplido los cincuenta, inquieto, asustado por su propia impotencia, humillado por su discapacidad, por ese brazo que arrastraba colgando a su lado como un trozo de carne muerta, un tronco, y contra el que parecía luchar cada amanecer. Durante esos años pasados en Les Roches a su lado, lo vi servirse del revólver en tres ocasiones. La primera, cuando por fin el acontecimiento tan improbable como temido se produjo en la persona de un hombrecillo seco, vestido como un representante de comercio, que surgió del bosque, maleta de cuero

en mano, con unos zapatos que parecían haber sido de charol, y los bajos de los pantalones de traje cubiertos de barro, adentrándose por las tierras del viejo, y a quien el viejo vio acercarse con paso decidido en cuanto se percató de que había dos tiendas de campaña instaladas a modo de campamento junto a la ruina. El hombre se presentó como un agente de la Dirección Departamental de Equipamiento y explicó, con la lengua fuera por la caminata, que su servicio le había encomendado que llevara al viejo la carta que tenía en la mano, epístola que tendría que habérsele enviado por correo postal si el cartero lo llevara hasta allí —cosa que por supuesto no hacía—, misiva en la que se precisaba que en caso de transformación de una construcción inicialmente destinada a la explotación agrícola en vivienda, debía efectuarse previamente una solicitud de permiso tras retirar el correspondiente impreso en el ayuntamiento, que había de rellenarse debidamente el susodicho impreso antes de reenviarlo, tras lo cual la solicitud sería examinada por el ayuntamiento y la DDE, únicas instancias habilitadas para otorgar el citado permiso. Una formalidad que el viejo no había cumplimentado, a la vista del catastro que el agente dijo haber consultado en el ayuntamiento para asegurarse de la clasificación de la parcela y de las obras de reforma ya iniciadas. Y todo el tiempo que el hombre estuvo hablando con una voz procedimental y reprobadora, mi padre no se movió un ápice, con su mano válida sosteniendo el mango de una pala y el brazo inválido pegado al estómago como si lo llevara en cabestrillo, y tampoco pestañeó cuando el agente le explicó que no había tenido más remedio que aparcar el coche más abajo en el valle y subir hasta Les Roches a pie aunque no estaba equipado para tal marcha, la cual le había costado media jornada de trabajo, un par de zapatos nuevos y un pantalón que iba a ir directo a la tintorería. Ante el viejo que seguía imperturbable, añadió que además no tenía ni la complexión ni la edad necesarias para semejante ascensión —su mirada, atónita, iba sucesivamente del brazo inválido de mi padre a la mano que sostenía la pala, probablemente le parecía impensable que el hombre que estaba ahí, delante de él, fuera el que proyectaba levantar ese montón de

piedras—, pero también que todo aquello (con la mano, vagamente, señaló a la vez la montaña, al viejo, Les Roches) superaba con mucho sus atribuciones como agente de la función pública en la DDE. Cuando terminó de hablar, agitó la carta que tenía en la mano con un gesto seco en dirección al padre, como si le ordenara que la cogiera, y el viejo soltó el mango de la pala que cayó al suelo, cogió el sobre con la mano izquierda antes de llevárselo a la boca, agarrarlo con los dientes y romperlo en dos de un cabezazo ante la mirada atónita del agente. Tiró los trozos de la carta que revolotearon por el suelo después de quedarse un momento pegados a los dobladillos manchados de barro del pantalón del funcionario y lo invitó a que los recogiera y se los metiera por donde le cupieran, añadiendo que a él no lo engañaban y que ya sabía él que si el agente venía a tocárselos era porque alguien, allí abajo, lo había denunciado, porque si no la Dirección Departamental de Equipamiento nunca habría tenido ni la más remota idea de su proyecto de restauración, nunca se habría desplazado el agente hasta ahí, ni habría irrumpido en Les Roches para amenazarlo, cartita en mano, con su mezquino, despreciable y servil requerimiento. Y jamás, juró el viejo, aceptaría someterse a la tiranía de una banda de colaboracionistas cuya obsesión no era otra cosa que la delación y la explotación sin vergüenza alguna de los pobres y de las gentes honradas, escudándose tras la pretendida respetabilidad, la pretendida legitimidad que les procuraba la Administración pública. Nada lo repugnaba más que la presencia del agente, que ahora llamaba, ora esbirro, ora comparsa, subalterno, y que debería caérsele la cara de vergüenza por ir hasta ahí so pretexto de no sé qué requerimiento administrativo del que no pretendía ser más que el instrumento, por someterse a las órdenes de una oscura jerarquía como un pequeño nazi y llegar ahí amenazando a un hombre minusválido —es la única vez en que lo oí pronunciar esa palabra, aludir a su discapacidad—, titular de una pensión de invalidez, y encima delante de su hijo. Un hombre que había comprado un terreno en plena montaña con sus propios ahorros, sin meterse con nadie, sin expoliar a nadie, sin invadir la propiedad de nadie, con la única intención de restaurar para él y

su hijo una vieja granja para que, por fin, pudieran vivir bajo techo, tener un alojamiento decente como todo ser humano debería poseer. Sí, la presencia, la visión del agente era para el viejo un insulto, la manifestación de un sistema corrupto, no igualitario, y lo avisaba de que tuviera cuidado con poner entre la espada y la pared a un hombre que ya lo había perdido todo, a un hombre a quien la vida había estrujado, conducido a los confines de la desesperación, arrebatándole una esposa a la que había amado y visto agonizar durante dos años, ¿se da usted cuenta?, dos años de una lenta, insoportable y patética agonía, una esposa cuya muerte lo había dejado tan destrozado que ni siquiera estaba seguro de seguir vivo, despertándose cada mañana con esa impresión de estupefacción por seguir ahí, de abatimiento ante la perspectiva de tener que afrontar un nuevo día, algo que no estaba seguro de poder conseguir, ni siquiera por su propio hijo, porque a decir verdad ni siquiera estaba convencido de que la vida del hijo fuera suficiente razón para levantarse de la cama. ¿Acaso no es terrible oír eso de la boca de un padre, Señor Subalterno —sí lo era para mí, que estaba petrificado a unos pasos de allí, observando el rostro del agente de la Dirección Departamental de Equipamiento que iba descomponiéndose mientras mi viejo le hablaba, con las lágrimas mojándole los dos surcos que se habían abierto a cada lado de los labios—, no es tocar fondo cuando se acuesta uno por la noche con la idea de que lo mejor, lo más sensato, lo más aceptable sería encender el gas cuando el hijo ya se ha dormido? Así, dijo el viejo, en ese estado de anonadamiento, de devastación, de desolación, había tenido que emprender cada día el camino hacia la serrería para la que llevaba veinte años trabajando sin sufrir ningún accidente, y podía decir sin presumir que era uno de los obreros mejor cualificados, más experimentados, más apreciados de la fábrica, hasta ese día en que, con un cargamento de lo más común, su brazo se quedó enganchado entre leños, varios centenares de kilos de madera seca que rodaron desde el remolque y que le hicieron añicos el codo y la muñeca en una fracción de segundo. Y, dijo el viejo al agente cada vez más perplejo, al contemplar ese brazo suyo atrapado entre aquellos

troncos, sintió que le entraban unas ganas de reír irreprimibles, como nunca, y cuando sus compañeros se precipitaron para auxiliarlo y quitarle los troncos de encima, él estaba desternillándose de risa, una risa enfermiza, una risa que insultaba a la Providencia, una Providencia que, no contenta con haberle arrebatado a una esposa, ahora le machacaba un brazo, y sin duda habría seguido riéndose a mandíbula batiente cuando se lo llevó la ambulancia de no ser porque el dolor apareció, sustituyendo al abotagamiento del brazo, irradiando de forma indecible, como un dolor semejante a la explosión de un astro que cayera sobre él y sobre el mundo, hasta el punto de desmayarse y no recobrar el conocimiento hasta cuarenta y ocho horas después en la habitación de un hospital, con el brazo atravesado por férulas, enterándose por boca de un médico de que las operaciones y la reeducación no servirían de nada, de que los nervios estaban completamente destrozados y nunca recuperaría la movilidad de antaño. Tres días más tarde, salió del hospital en contra de la opinión del mismo médico y volvió a su casa porque tenía un hijo del que ocuparse, y nunca, después de aquel día, el de la llegada a Les Roches del agente de la Dirección Departamental de Equipamiento, lo oí hacer mención de su brazo, incluso cuando unos dolores tremendos le arrancaban gemidos entre sueños o lo sacaban de la cama en plena noche, obligándolo a embrutecerse a base de alcohol, tabaco y antiálgicos. Y si le contaba todo eso, dijo el viejo al funcionario que parecía a punto de consumirse, no era para que se apiadara de él; le importaba un carajo su compasión, su compasión habría sido, al revés, una ofensa más, no, si le hacía una narración circunstanciada de esa vida de tanta faena y miseria era con el único fin de que él, el subalterno de la Administración pública, el ejecutor del trabajo sucio del Estado, entendiera que realmente no tenía nada que perder y que preferiría bajar a la ciudad e ir a meterle una bala entre los dos ojos a las cucarachas que habían tenido a bien denunciarlo —y a todos esos, quienesquiera que fueran, que pensaban impedirle que levantara esa ruina— antes que ser humillado, pisoteado, desposeído de su bien y de su derecho. Hay cosas que un hombre, si quiere seguir siéndolo, no

puede aceptar y a cada uno le corresponde definir dónde se sitúa su honra, qué cosas son aceptables y cuáles no, en suma, dónde se sitúa el límite infranqueable de su dignidad. Eso es lo que dijo el viejo antes de levantar uno de los faldones de su camisa para enseñarle al funcionario el revólver acoplado a la cintura del pantalón, cuya culata reposaba contra su vientre velludo y sucio, y el hombrecillo, que acabó de ponerse blanco, le aseguró que podría encontrarse una solución, que esas cosas no eran más que simples formalidades, que de hecho sus prerrogativas en la DDE le permitían archivar el dosier, cosa que iba a hacer cuanto antes si el viejo le aseguraba que iba a reconstruir la granja tal como era, pero ni siquiera le dio tiempo a contestar porque puso pies en polvorosa, se fue corriendo por la pradera, con la cartera de cuero pegada al pecho, echando de vez en cuando una ojeada por encima del hombro para asegurarse de que no lo apuntaba hasta desaparecer por fin en la sombra de los árboles y que nunca más se oyera hablar de él. Pero mi viejo jamás olvidó la visita del agente y le daba vueltas años después, jurando entre los pelos de su barba hirsuta contra la Administración y, aún peor, contra quienes lo habían denunciado en el ayuntamiento. Ese acontecimiento —el recuerdo de ese acontecimiento—, más que atenuarse y luego desvanecerse con el tiempo, pareció ir creciendo y, como si siguiera existiendo y se repitiera en una realidad paralela, el viejo lo repasaba sin cesar, lo examinaba bajo todos los ángulos posibles, imaginaba nuevos entresijos, repetía las mismas réplicas, concebía otras contestaciones más sentidas que podría haber argumentado, mascullaba contra los complots urdidos para acabar con él desde la ciudad, multiplicaba la lista de los conspiradores anónimos, de los traidores que no dudaron en venderlo, sin duda porque cobraba una pensión de invalidez y ya no tenía que trabajar, o porque les partió la cara a algunos de ellos, en un combate justo, de hecho, en la época en que aún era válido y estaba en plena posesión de sus facultades físicas, o sencillamente porque, de una vez por todas, les volvió la espalda, soltándoles una noche de borrachera que de todas formas solo eran una cuadrilla de hijos de puta, acusando a unos y a otros de ser responsables del accidente de la serrería que

le costó el uso del brazo. Quizá resulte estúpido decir que nunca fue el mismo después de la visita del agente, pues un hombre no es nunca el mismo suceda lo que suceda, el viejo nunca fue el mismo después de la muerte de mi madre y nunca fue el mismo después del accidente, pero el hecho es que, si hay acontecimientos que parecen marcar una existencia a hierro candente, ese era, desde luego, uno de ellos. A partir de entonces el objetivo fue solo uno, terminar las obras de Les Roches y también hubo una única obsesión, la idea de que algo o alguien irrumpiría desde el mundo exterior para impedírselo. Lo que iba a impedírselo no era nada ajeno, nada que procediera de la ciudad. Allí acabaron por olvidarlo o, al menos, se cansaron de contar el episodio de la serrería y lo que vino después, enseguida dejó de hablarse de aquello, al menos hasta que volviera yo, hasta que fuera a despertar el recuerdo sepultado de ese viejo demonio en el que se había convertido mi padre para muchos de ellos, relegado a un rincón sombrío de su mente, entre otras cosas sin duda nada brillantes, hasta que creyeran que había vuelto para vengarlo, que quizá me enviara él con el único fin de lavar su honor tras hacer de mí, durante todos esos años pasados en la montaña junto a él, el instrumento, el brazo de su venganza; algo en lo que estaban equivocados en parte. No, lo que iba a impedirle llevar a buen puerto su empresa, es decir, terminar la restauración de Les Roches y conservarme a su lado, era aquello en lo que se había convertido: un loco obsesionado por el remordimiento de no haber podido salvar a la mujer a quien tanto había amado, de haberle sobrevivido, un loco devorado por la ira y el rencor, sin parar de darle vueltas al día del accidente de la serrería para designar al responsable, acabando por creer incluso que no había sido un accidente sino un acto deliberado, perpetrado contra él con el fin de perjudicarlo, hasta de eliminarlo (aprendería mucho después, de boca de los tipos presentes aquel día, y tengo razones para creerlo, que fue él, devastado por la muerte de mi madre, extenuado a fuerza de noches de insomnio y mal vino, quien olvidó una regla elemental de seguridad y quien causó la caída de los leños que le costaría el brazo), un loco destruido por el orgullo, el

engreimiento, la arrogancia y, a fin de cuentas, un loco roído por el dolor que no dejó nunca de carcomerlo, las vísperas de los días de lluvia, por ejemplo, lo expulsaba a veces de la tienda, luego de la casa cuando por fin pusimos un tejado, precipitándolo hasta la montaña, al corazón negro del bosque donde podía aullar y merodear como una fiera herida, como un demonio salido directamente de un cuento espantoso o de una viejísima leyenda, de esas que me contaba él a veces junto a la lumbre para aterrorizarme y disuadirme de alejarme de Les Roches. Esas noches, tumbado bajo la lona de la tienda sobre un montón de mantas o más adelante en un colchón que el viejo había recuperado en el vertedero, lo oía levantarse, tropezar contra las paredes lanzando juramentos antes de salir de la casa, y yo sabía que en realidad no era mi padre quien se levantaba sino otra cosa con la que ni a mí ni a nadie le habría gustado vérselas. Sin embargo, una noche decidí echarle valor y me incorporé después de que saliera. Entonces lo vi alejarse en dirección al bosque bajo la pálida luz de la luna que lo hacía todo extraño y azul, como en un sueño, y él llevaba cogido en la mano válida el mango de un hacha. Volví a acostarme y ya no pude pegar ojo en toda la noche, hasta que lo oí volver al amanecer, y cuando me desperté unas horas más tarde, no estaba realmente seguro de haberlo visto alejarse con un hacha en la mano o de haberlo soñado, pero recordaba la dirección que creía haberle visto tomar, así que aproveché que se había quedado dormido como un lirón para dirigirme hacia allí. Sus pasos habían dejado huellas en la hierba y pude seguirlas fácilmente hasta la linde del bosque, a partir de donde continué avanzando sin saber a ciencia cierta qué buscaba. Pero tras media hora de marcha, entendí qué iba a hacer al corazón del bosque, armado con un hacha, esas noches en que el dolor se volvía insoportable. Había allí, en medio de una cuesta, una parcela de abedules —nunca supe por qué eligió los abedules, quizá por casualidad o puede que porque su corteza blanca los hiciera más visibles, o porque su belleza espectral le resultara insoportable, quizá porque su dolor, él lo veía blanco, blanco y luminoso, como un abedul en la noche—, había pues allí un

desnivel lleno de abedules cuyos troncos estaban, a la altura de los ojos, marcados a hachazos, sin lógica, no con la intención de talarlos, sino como si hubiera querido *masacrarlos*, y era una visión espantosa, abyecta y escandalosa, ver esos árboles supurando su savia por todas esas heridas, una savia que parecía querer colmar en vano las llagas y que fluía a lo largo de los troncos en un llanto silencioso. No podía dejar de imaginármelo abatiendo sin descanso el filo de su hacha con toda la torpeza grotesca de su brazo inválido, rugiendo, asestando golpes en todos los sentidos, pasando de uno a otro de los abedules en una especie de trance demoniaco, herético, semejante a un pelele desarticulado, todo para conjugar ese dolor y esa rabia que lo corroían, y hui para nunca, nunca jamás volver a poner un pie en esa parte del bosque. Pero no he olvidado los abedules que desde aquel día se me aparecen cada noche en sueños, como espectros lívidos cubiertos de estigmas, bañados de lágrimas de resina. En ese caso tampoco entendí hasta muy tarde que si seguían apareciéndoseme en sueños era porque algo del viejo se había insinuado en mí, a pesar de mí, que se habían inoculado en mí su sufrimiento y su locura durante todos aquellos años, subrepticia, insidiosamente. En eso era en lo que los de la ciudad andaban equivocados en parte, pero no del todo, al creer que había hecho de mí el brazo de su venganza, porque cuando decidí darle la espalda, mucho tiempo después de descubrir los abedules mutilados, cuando decidí irme de Les Roches para no volver mientras él siguiera vivo, no era para vengarme de nada, pero, no obstante, ya llevaba dentro de mí sin saberlo el germen tenaz de su odio y de su resentimiento. Fue en ese momento, al verlo servirse de su revólver por segunda vez, cuando entendí que ya estaba bien, que ya bastaba de aquellas obras que no se acababan nunca, que no se acabarían nunca —todo le resultaba, por supuesto, una faena interminable—, que ya bastaba de aquel aislamiento y de su tiranía. Le dije sencillamente que me iba porque tenía diecisiete años, que ya no le tenía miedo, que ya no veía en él ese hombre temible que siempre me había parecido (sin duda hacía mucho tiempo que había dejado de serlo), sino un anciano patético, con su pelo largo todo canoso y su barba de

estopa que había dejado de cortar, un saco de huesos. Les Roches acabó por absorber su sustancia, por acabar con él. Me puse delante de él, sin ni siquiera un hatillo a la espalda, y le dije que me iba y que no volvería a verme. Le tembló la boca, cogió el revólver para ponerse el cañón en la sien y me dijo con una voz extraña y sorda que si me iba se mataría, que no le quedaría más remedio que matarse, y que, aunque fuera su mano la que sostuviera el arma, sería mi mano la que derramara su sangre, que yo sería el único responsable de su muerte, un traidor, un parricida. Entendí a qué le tenía tanto miedo todo ese tiempo, más que al dolor, más que a una invasión bárbara, era a que le arrebataran a su hijo después de a su mujer, comprendí que lo que más lo aterrorizaba era su propia soledad, verse confrontado consigo mismo, sin ningún aliado, en compañía de sus propios demonios. Me pareció tan patético, con su vieja boca exangüe, temblorosa bajo su barba blanca, que me di la vuelta por no verlo, para no guardar de él la imagen de esa debacle. Me alejé hacia la ciudad, caminé, caminé sin mirar atrás, esperando a cada momento oír cómo resonaba el disparo y el derrumbamiento de un cuerpo en el suelo maldito de Les Roches, e incluso una vez en la ciudad, tras horas de marcha, me parecía que la detonación podía producirse en cualquier momento y llegar hasta mí a través del eco de las montañas. Pero nunca disparó, nunca apretó el gatillo, y nunca más volví a verlo ni a oír hablar de él hasta que un senderista encontrara ahí arriba su cadáver, enflaquecido, sucio, hecho un despojo, como uno de esos iluminados, un profeta venido directamente del infierno, unos restos miserables, medio devorados por las bestias que probablemente murieron a su vez en un rincón, reventadas por culpa de esa ponzoña en que a todas luces se había convertido su sangre. Y cuando me enteré, cuando descendí su ataúd con la fuerza de mis propios brazos dentro de una fosa común del cementerio municipal, con la sola presencia del sepulturero cuya ayuda rehusé con esa misma soberbia y ese mismo orgullo estúpido suyos, bajo una lluvia tal que el cielo parecía partido en dos, me quedé fulminado al pensar lo que se llevaba a la tumba hasta el punto de caer de rodillas al borde del

agujero, el recuerdo de mi madre que, en cierta forma, conservaba él en vida y sobre el que velaba como un cancerbero mientras su cara empezaba a borrarse en mi memoria, las horas infinitas pasadas en Les Roches, el aprendizaje penoso, indignante de la vida tal como él la concebía, tal como el mundo y la Providencia lo habían obligado a concebirla, su irreductible insumisión. Todo aquello, que había seguido existiendo lejos de mí, ahí en la montaña, como algo que se sabe escondido y bien guardado, se iba con él. Al borde de aquella tumba, bajo aquella lluvia torrencial, me prometí a mí mismo acabar de levantar Les Roches, terminar lo que habíamos empezado juntos, sin sospechar que hay cosas que es preferible no remover, recuerdos de los hombres que deben permanecer adormecidos. Porque en realidad solo están esperando eso, que alguien venga a extraerlos de su profundo entumecimiento para resurgir y repetir sin cesar las mismas obsesiones, los mismos desastres.

El padre mira fijamente el revólver entre sus manos, siente aflorar en él los recuerdos, las palabras, las imágenes, todo en un gran desorden, un magma de lavas profundas. Pero no dice nada. Se calla, dejando correr una voz muda, un torrente en un rincón de su conciencia, una sombra inmensa planeando por encima de ellos en medio del calor y la luz implacables del verano.

Coloca el cañón aún caliente del revólver en su boca, el arma propaga por su lengua un sabor a metal y a pólvora, y cierra los ojos. El hijo se le echa encima, lo agarra de los antebrazos, le suplica que suelte el revólver, pero el padre es mucho más fuerte que el niño, sus brazos resisten y aprieta el gatillo. Resuena el chasquido, reabre los ojos, mira al hijo y suelta una carcajada, con el cañón del arma todavía entre los maxilares con el colmillo roto.

El hijo está delante de él, a punto de romper a llorar, el padre guarda ahora el revólver en la mochila sin dejar de reírse, con una risa sustentada por un grito, un grito procedente de otra era, de otra realidad, de otra vida.

—¡Cómo te he engañado!, ¿eh? Era una broma. Por lo menos ahora sé que tú no me abandonarás.

*

Tras la partida del padre, ella va encadenando trabajillos para subvenir a sus necesidades y a las del hijo. Durante varios meses ella lo deja al amanecer en casa de una vecina al final de la calle y él acaba la noche en un saco de dormir, sobre una manta de juegos acolchada, junto a la cuna con barrotes de un recién nacido, invadido por un olor a pañal sucio y a loción para bebés.

La vecina es una portuguesa que responde al nombre de Livia, una mujercita de tez mate y cabello muy negro que lustra con aceite de oliva y yema de huevo, impregnada de aroma a leche hidratante y talco. Livia está casada con un camionero, Alberto, un tipo de aspecto melancólico y tierno que parece medir el doble y pesar cinco veces más. El muchacho solo se cruza con él las raras veces en que el hombre no está de viaje, instalado delante de una televisión en un sillón hondo a cuyo cuero se ha pegado el olor de los Português Suave que fuma. Hasta el salón resulta demasiado pequeño para él; parece moverse siempre por las habitaciones, de dimensiones y disposición idénticas a las de la casa que comparte el hijo con la madre, como si buscara salir de ahí sin llevarse por descuido una pared de un golpe de hombro.

Una hora antes del timbre que anuncia el principio de las clases, Livia lo despierta, le sirve el desayuno, tres biscotes con mantequilla y mermelada de fresa, una taza de leche ardiendo con cacao en polvo en la que flota una espesa capa de nata que le da asco y que la mujer repesca con la cuchara para relamerse con ella, reprochándole no saber lo que es bueno.

Los biscotes forman en el fondo del tazón una papilla que Livia lo obliga a ingerir mediante la invariable orden pronunciada, en cuanto deja la taza, de que se la termine y que lo ponga en el fregadero. Su interior, contrariamente al de la madre, huele al linóleo del suelo lavado con lejía, a la cera O'Cedar con la que da brillo a los muebles, a los ramilletes de salvia que quema para neutralizar el persistente tufo a los Português Suave de Alberto, y a los platos que cuecen a fuego lento siempre en uno de los

quemadores de gas de la cocina.

Después del desayuno, cuando aún no tiene más que seis o siete años, Livia le pide que se desnude y él se pone derecho frente a ella en el estrecho cuarto de baño con idénticos azulejos verdes que llegan hasta la mitad de la pared, y se cubre las partes genitales con las manos mientras ella le pasa por la cara, la espalda, las axilas, una manopla de felpa enjabonada con fragancia a rosa. Ella lo fricciona enérgicamente y solo parece satisfecha de su aseo cuando se le quedan las espaldas y los brazos enrojecidos.

Durante ese rato ella le habla de todo un poco, de la telenovela que vio la víspera —le cuenta las peripecias de los personajes con la misma emoción que si le hubiera sucedido a algún conocido suyo—, de su infancia en Oporto, de las fachadas ocres y rojas de las viviendas de la ribera del Duero que viran a carmesí a la luz del atardecer, de la casa siempre sombría y fresca de su madre perfumada por los embutidos y las especias de los chorizos puestos a secar en la despensa.

Al muchacho le gusta la solícita brusquedad de Livia, su acento lánguido, el cuidado que pone en los detalles. Una vez vestido, ella le aplica unas gotas de brillantina Roja-Flore, le alisa hacia atrás su cabello pelirrojo y a veces, si él se lo pide, le pega unos golpecitos en las mejillas y las muñecas con la loción para después del afeitado de Alberto, con perfumadas notas de helecho.

En la antigua vitrina de caoba instalada en el primer piso, Livia guarda objetos de beatería, pequeños iconos religiosos traídos de Fátima, figuras de belén, vírgenes de plástico translúcido procedentes de Lourdes con agua bendita en su interior.

De la religión tiene una idea muy personal, no pone nunca los pies en una iglesia y jura en portugués *«cabrão de Deus»* cuando pega con el pie en la esquina de algún mueble, pero reza por todo y por nada, invoca a san Antonio de Padua para encontrar las llaves y a san Cristóbal para que su marido no tenga ningún percance en la carretera.

Cuando el chico contempla la vitrina, curioso, ella le describe por centésima vez la procedencia de cada objeto, varía las

anécdotas según las vacilaciones de su memoria y la inspiración del momento.

Corre el cristal que despide efluvios a madera barnizada y a incienso de iglesia, coge una de las vírgenes, desenrosca la corona azul y vierte un poco de agua en la palma de la mano. Traza una señal de la cruz en la frente del crío, parece cambiar de opinión y le moja toda la cara. Antes de cerrar la virgen, lo invita a beber un poco de agua, lleva a sus propios labios el cráneo destapado de la santa para echar un trago, como si se deleitara con un preciado licor. Luego vuelve a llenarla en el grifo, convencida de que el contenido renovado queda todo bendecido por contagio.

Entre las figuras religiosas se encuentra también un cristo fosforescente, tendido en su cruz de madera contrachapada que fascina al niño. Le pregunta a Livia si puede verlo de cerca. Ella pone el icono a la luz de una bombilla durante unos minutos y deja que el chico se encierre en el cuartito de las escobas de la entrada. Ahí, en la oscuridad del trastero perfumado por los productos de limpieza, atenuada por el rayo de luz que se cuela por debajo de la puerta tras la que espera paciente Livia, contempla él la silueta fantasmagórica que proyecta en el hueco de sus manos una luz verdosa, semejante a una de esas criaturas de las profundidades marinas que iluminan las tinieblas con un halo de miedo.

Ciertas tardes, la madre, llevada por una alegría inhabitual, anuncia que sale con una amiga. Se arregla, se maquilla, vaporiza a su alrededor el fondo de un frasco de Shalimar que impregna la casa entera. Su cuarto, normalmente territorio del hijo tanto como suyo propio, se convierte, bajo el efecto de una magia operada por los gestos y la afectación ritual de la madre, en el lugar de otra feminidad que, bruscamente, lo mantiene a distancia, convocando otros encantos distintos de la ternura maternal que normalmente le están destinados.

Solo se aventura a adentrarse cautelosamente, con la impresión de sentirse admitido en una intimidad que ya no le concierne, que no le está destinada, revelando esa faceta desconocida de ella, esa sensualidad a la que ha tenido que

renunciar y que adivina en una de las fotografías —esa en la que, con las piernas al aire, ella se ríe por la mordedura del padre en la pantorrilla—, o cuando, jugando, coquetea con él, simple ensayo de esas noches en las que se decide a seducir «en serio».

Cuando sale, lo deja en casa de Livia, y cuando Alberto está de viaje, se queda un rato ahí, comparte con ella un vasito de vino en la cocina después de poner al hijo delante de la televisión. Él, sentado en el sillón hondo del que, al instalarse, asciende un hálito polvoriento con vapores a Português Suave, oye tras los sonidos del televisor las voces cómplices de las mujeres en el cuarto contiguo, los conciliábulos que velan por mantener secretos, bajando la voz o callándose cuando irrumpe en la cocina, movido por la curiosidad o por la preocupación de que se vaya la madre sin decírselo o sin besarle la frente como de costumbre, según las reglas que han establecido tácitamente.

Alguna vez ha ocurrido que ha sorprendido a la madre enjugándose las lágrimas mientras Livia, inclinada sobre ella, la consuela de penas de las que lo ignora todo y que, como esos encantos que ha sacado a la luz un momento antes, lo hacen sospechar que coexisten en ella varias naturalezas, o que puede llevar vidas paralelas a la de ellos dos, de la misma forma que también le resulta difícil concebir que algún día fuera una niña, una jovencita y una mujer antes de ser su madre.

—Vamos, querida —oye decir a Livia—, eso ya es agua pasada, olvídate, te mereces mucho más. Sal, distráete, pásatelo bien.

Lo mandan de nuevo frente al televisor con el pretexto de que están hablando de asuntos que no son cosa suya, y él obedece de mala gana, se siente marginado, excluido, de la connivencia de los adultos y de la complicidad de las mujeres.

*

Al acercarse a Les Roches, la ven de lejos, yendo y viniendo junto a la casa oscura, sumida en el exuberante verdor de la pradera como una excrecencia de la montaña, una hernia de piedra

bajo la lenta e indiferente progresión de las nubes en el azul del cielo, dispersas, deshechas, a punto de desintegrarse de un momento a otro.

Otea los alrededores y, nada más avistarlos, se dirige hacia ellos con paso rápido en medio de la luz vibrante. Camina y luego corre unos metros, luego anda de nuevo, impedida por su vientre. El hijo querría echar a correr hacia ella pero el padre lo retiene con una mano en el hombro. Frenan el paso mientras ella avanza en su dirección. No toma el sendero bordeado por las ortigas, sino que corta campo a través. Un viento flemático ondula la hierba y da a la pradera un aspecto líquido, movedizo. Más allá, en la linde del bosque, el balanceo de las hojas desvela en alternancia su cara verde oscuro y su envés gris, y la frondosidad de los árboles se ve recorrida por un hormigueo silencioso.

Al acercarse la madre, perciben su cara descompuesta, sus ojos llenos de angustia van del padre al hijo y del hijo al padre, mientras que alrededor de ellos la naturaleza permanece inmóvil, excepto ese ligero estremecimiento, se diría que epidérmico, pues solo se manifiesta en la superficie de la hierba, de los árboles, de la realidad observable, quedando el corazón de los bosques y las profundidades minerales de la montaña paralizados en una impasibilidad hierática, y la visión de la madre que remonta la pradera hacia ellos en una penosa ascensión, atravesando el paisaje fijado por el sol, le trae a la memoria del hijo el recuerdo de la reproducción del cuadro de Wyeth encolado en un trozo de cartón, expuesta bajo un cristal en la pared del cuarto de la casita del barrio obrero.

Cuando los alcanza, coge al muchacho por las axilas y lo levanta del suelo.

—¿Dónde os habíais metido? —pregunta—. He oído disparos. Estaba preocupadísima.

—Va todo bien. Solo hemos ido a tirar a unas botellas.

Pone la mano en la cabeza del crío como un gesto de protección, un acto reflejo de loba. Nota el chichón en la parte posterior de su cráneo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está herido?

—Se ha dado un golpe, no es nada, está bien.

Sacude la cabeza, incrédula, indignada.

—Te prohíbo que le pongas un arma en las manos, ¿me oyes?

—Deja de sobreprotegerlo así, joder. ¿Crees que le haces un favor?

—No bromeo. Te lo advierto, no se te ocurra volver a hacerlo.

Ha hablado con una voz dura, temblorosa, como si desafiara al hombre a que la desposeyera del niño. Le ha salido una mancha roja en la clavícula. El hombre la mira fijamente a los ojos y se acerca a ella, pisando bruscamente el espacio que los separa, con el pie adelantado sin ruido sobre la hierba de la misma forma que intentaría ahuyentar un perro o desafiarlo a que le mordiera.

La madre se bate en retirada, agarra más fuerte aún al niño contra ella.

—No te me acerques. No te acerques a nosotros.

Ella sigue retrocediendo, preparándose para rechazarlo en todo momento. Él permanece quieto, con el pie plantado en el suelo delante de él, y solo cuando ella considera que está fuera de su alcance, se da la vuelta para llevarse al hijo hacia la casa con ese mismo paso apresurado, forzado con el que ascendía por la pradera un instante antes, y lanza miradas por encima del hombro para asegurarse de que el padre no intenta alcanzarlos.

Ella lucha por soportar el peso del chico en brazos, se abre camino entre la hierba espesa que va tumbando y luego tras su paso se estremece, se endereza, se despega, intenta recuperar su verticalidad, colmar la dispersión.

El padre la ve llegar a Les Roches con la cabeza del niño apoyada en su hombro, y los bracitos agarrados a su cuello, hasta que alcanzan la sombra del edificio.

Él se queda ahí, sin moverse, sin ni siquiera pestañear, petrificado, con su silueta de pobre e inquietante espantapájaros abandonado en medio de un sembrado, o semejante a esos campesinos en una de aquellas fotografías tan antiguas en blanco y negro tomadas durante las faenas agrícolas para documentar la vida rural a principios del siglo pasado, que se ponen muy tiesos, solemnes y serios, envueltos en una luz blanca, con su ropa burda

de tejido oscuro, sus toscos zuecos de madera cubiertos de barro, nada acostumbrados a que les hagan fotos, y miran fijamente al objetivo con sus rostros arrugados, su mirada severa a veces oscurecida por un sombrero de paja, que, retrospectivamente, los hace parecer tan lúgubres como cuervos diseminados en un labrantío.

El verano se vuelve imprevisible, alternando días de un calor asfixiante, con el sol blanquecino irradiando la montaña y los cielos bajos como hechos de estratos minerales, silíceos, refulgentes.

Esparcidas por los claros, las orquídeas lagarto de labelo púrpura y retorcido desprenden un perfume de almizcle en el bochorno de las tardes languidecientes.

Las mariposas ebrias de polen vuelan de una corola a otra y el hijo, ayudándose con el libro encontrado en el cuarto de los padres y consagrado a la fauna de la región, aprende a distinguirlas, a identificarlas: la tornasolada con reflejos azulados —cuando consigue capturar una de ellas para contemplar los ocelos que marcan sus alas superiores, el insecto deja en la yema de sus dedos un polvo graso—, el Perico, la mariposa moteada de blanco tiza, la Aurora, la mariposa musgosa con el ápex flamígero.

El misterio de sus nombres latinos —*Apatura iris*, *Hamearis lucina*, *Anthocharis cardamines*, *Argynnis paphia*, *Aglais io*— ejerce sobre él una gran fascinación, le parece que esconde el secreto indescifrable de esos cuerpos tan frágiles que el viento se lleva, a punto de caer convertidos en polvo, la razón profunda de esas vidas efímeras, ajenas y sin embargo paralelas a la suya, ocupando un mismo mundo, pero en otro plano, otra realidad.

Él, normalmente tan perezoso, tan torpe a la hora de estudiar, los aprende de memoria sin ninguna dificultad y los recita para sí mismo con el mismo fervor que si se tratara de mantras, de fragmentos dispersos de un poema del que se habría perdido el sentido total.

Si los insectos, tan lejanos y tan cercanos, son sus preferidos, se maravilla también con los nombres comunes de las aves que

habitan la montaña con su presencia retozona, con sus cantos múltiples, inagotables: la curruca capirotada, el camachuelo común, el serín verdecillo, el mochuelo europeo, el azor común.

A la hora del atardecer en que el cielo se vuelve purpúreo, ve cómo se elevan desde la penumbra de los bosques los ciervos volantes cuyas larvas han esperado seis años en el tronco de viejos robles, antes de que su imago se eche a volar zumbando en busca de una pareja, abrevándose con la savia que brota de los árboles enfermos a cuyo pie las hembras no tardarán en ocultar los huevos.

Todo, alrededor del niño, ofrece el espectáculo permanente de esa vida lenta, regida por leyes enigmáticas cuyo misterio lo va envolviendo cada vez más, a medida que va penetrando en él, confundiéndose con él, haciéndose familiar.

Durante los días siguientes al altercado con el padre, la madre cae presa de una de esas migrañas habituales que, desde su llegada a Les Roches, le han dado algo de tregua. Obligada a quedarse en la cama, descansa en el dormitorio con las contraventanas cerradas. Al cabo de unas horas, un rayo de luz que se ha filtrado por los dos batientes barre las paredes, el techo de la habitación; ella intenta evitarlo desplazándose en la cama para refugiarse entre gemidos en un lado, luego en el otro, del colchón.

El hijo permanece junto a ella, enfermero veterano, empapa la manopla en la palangana de agua fría, la escurre, la pone sobre su frente aureolada de vapores de mentol, le acerca la jofaina de plástico cuando le dan las náuseas, mientras el padre, nada acostumbrado a esos ataques u obligado a aceptar la orden de mantenerse alejado de ella y del niño, solo traspasa obligado el umbral de la puerta de la casa de repente consagrada exclusivamente al sufrimiento de la madre, a ese claroscuro doliente, contenido por las contraventanas cerradas.

Deambula por los alrededores, obstinadamente callado, con un Marlboro consumiéndose en la comisura de sus labios. Empieza por desescombrar las ruinas de las dependencias, selecciona y apila las viejas lajas con idea de sustituir las rotas en el tejado del edificio principal, pasa sin lógica de una tarea a otra con una

agitación febril y no termina nada.

Se ocupa de la huerta, pero las plantas se han quedado raquíticas, solo se ve algún que otro tomate que se pudre antes de madurar, unas lechugas arguelladas y amargas, destruidas por las babosas. Todo se le resiste, Les Roches, la montaña misma, por alguna oscura fuerza —la madre refugiada en el dolor—, le oponen una inercia reprobadora.

Se levanta antes de que amanezca, cuando los astros palidecen, y cae dormido a primera hora de la noche, en el sofá, con el rostro cada vez más anguloso vuelto hacia la lumbre enrojecida.

Tras cuatro días de descanso, la madre reaparece en el umbral de la casa, deja que la luz de la mañana ahora anodina, beneficiosa, le temple el cuerpo abotagado por el sueño y los analgésicos. Parece más frágil de lo habitual, con su cara más pálida aún y sus ojos contorneados por unas profundas ojeras, esos ojos brillantes a fuerza de dormir mal.

El padre va a colocarse detrás de ella, la coge por el talle y le da un beso en el cuello. Le susurra unas excusas, unas palabras tiernas al oído, le pasa una mano por el vientre. Con una sonrisa enigmática, la madre no dice nada. Todo le parece preferible al suplicio que, todavía la víspera, la tenía atada a la cama, y quizá crea aún —antes de que caigan sobre Les Roches la locura de los padres tanto tiempo contenida, el veneno transmitido a los hijos de una generación a otra, hasta entonces soterrado en las profundidades de la montaña y en el corazón de los hombres— que la paz es posible, que acabarán por encontrar aquí una armonía y que todo, entonces, se calmará.

En la radio, cuando consiguen captar la FM, oyen el anuncio repetido del eclipse solar total, el último del siglo, que advendrá en unos días.

El padre dice al hijo que no pueden perdérselo de ninguna manera porque el fenómeno no volverá a repetirse hasta dentro de ochenta y dos años, cuando el hijo tenga noventa y uno.

Lo pone sobre aviso para que no mire sin protección:

—Podrías quedarte ciego o te saldría un agujero en los ojos.

Pasa por la llama de una vela unos trozos de cristal procedente de una ventana vieja hasta que el hollín deposita en ellos una capa opaca. A continuación, pule las aristas cortantes con lija para rebajarlas e invita al hijo a levantar uno hacia el sol.

—No es lo ideal, pero servirá.

El niño cierra el ojo izquierdo, observa con el otro, a través del grosor del cristal ennegrecido, la esfera del astro condensado en un disco luminoso de contornos perfectamente delimitados, el sol atenuado.

Más tarde, el hijo recuerda las palabras del padre y el terror a la ceguera se apodera de él, igual que le sucedió en plena noche al llegar a Les Roches, cuando se despertó en el cuarto envuelto en una oscuridad total y solo le llegaban al oído los sonidos desconocidos de la casa, de la naturaleza a su alrededor.

Sin embargo, no puede dejar de contravenir las recomendaciones del padre y levanta la mirada al cielo para desafiar a la estrella el mayor tiempo posible. Desvía la vista en cuanto siente la quemadura en la córnea y guarda en su campo de visión la imagen flotante de un sol negro.

Espantado ante la idea de que le haya salido «un agujero en los ojos» y sin atreverse a confesar al padre que ha desobedecido, se refugia en el bosque, entre las raíces del viejo nogal donde, después de llorar un buen rato, acaba por quedarse dormido, con el oscuro espectro flotante todavía detrás de sus párpados cerrados.

Cuando despierta, ha recobrado la visión. Una salamandra descansa ante él en un lecho húmedo y sombrío y lo contempla con su gran ojo de obsidiana, sin pupila, perfectamente negro.

El día del eclipse, se instalan delante de la casa, con los trozos de vidrio en la mano. El cielo está gris ceniza, aunque abierto en ciertas partes, formando pozos de luz viva que descienden en picado hasta la tierra.

—No vamos a ver nada —dice el padre, desilusionado.

Una respiración contenida se extiende por la montaña. La madre es la primera que nota cómo reina de repente el silencio en

torno a ellos cuando baja la luz y las sombras azulean.

—Escucha —dice al hijo—. Los pájaros se han callado.

Luego el cielo se descompone, una onda lumínica hace retroceder por un momento la oscuridad, enciende la copa de los árboles antes de que una nueva sombra invada de nuevo el terreno.

Llevados por un mismo impulso, levantan los trozos de vidrio hacia el sol y ven cómo decrece el astro, engullido por el disco negro de la luna. Aparece dibujada la bóveda celeste, las tinieblas se extienden sobre la tierra y una humedad crepuscular asciende desde el suelo.

Mientras contempla cómo desaparece el sol por completo, devorado por el cuerpo de la luna, la madre siente resurgir en ella una angustia sorda y familiar, la intuición de una desgracia que se avecina, semejante a la que la fulminó al ver la huerta cultivada por el padre, o ante la certidumbre del accidente que sufre el hijo en el sueño del columpio.

Con la respiración cortada por un dolor torácico, desvía su atención del eclipse. Por un instante, el mundo está sumergido en una claridad vespertina, de un azul pizarra, espantosa, una penumbra sepulcral cuya densidad la aprisiona y la sofoca.

Ella suelta el cristal renegrido, se aleja con paso rápido. Busca aire, se da golpes en el pecho con el puño, cierra los ojos para borrar de su mirada la visión de la montaña malherida, gangrenada por las sombras púrpura.

El padre no se ha dado cuenta de que ya no está con ellos. Cuando deja de mirar el eclipse, la ve inmóvil entre la hierba, a unos diez metros, con la cabeza gacha, como meditativa.

—¿Te pasa algo? —pregunta acercándose a ella.

Ella sacude la cabeza y se queda mirándolo, desamparada.

—Es el bebé —dice en voz baja para que no la oiga el hijo—. Me da miedo que las cosas no vayan bien.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Es difícil de explicar. Un presentimiento.

La luna se separa del astro y la luz brota de nuevo en un punto preciso de su masa oscura.

Detrás de ellos, el muchacho exclama:

—¡Vuelve el sol! ¡Mirad!

El padre desvía la mirada hacia el hijo.

—No hay ningún motivo para que las cosas no salgan bien —dice—. Lo único que necesitas es un poco de reposo.

—Creo que debería ir a ver a alguien, a un doctor.

El padre se repasa los dientes con la lengua, acerca una mano conciliadora al brazo de la madre.

—Te preocupas por nada. Dejemos pasar unos días. Si sigues igual, entonces nos marcharemos, ¿de acuerdo?

—Podríamos volver aquí más adelante —se atreve a proponer la madre.

El padre sacude la cabeza y le pone la mano en la mejilla.

—Si nos vamos es para siempre, ya lo sabes. Solo te pido que esperes un poco. No podemos tomar una decisión así, de golpe.

Le pasa el pulgar por los labios y se detiene ahí, reduciéndola al silencio en el instante mismo en que la luz los baña de nuevo. El hijo corre hacia ellos y la madre, lenta, imperceptiblemente, asiente.

El final del verano se estira en una languidez hipnótica, noches tórpidas durante las que hasta la piedra de Les Roches transpira humedad, jornadas abrumadas por el sol, albas irreales, nebulosas, enseguida cortadas de un tajo por el filo del día, crepúsculos de un rojo de forja derrumbándose un instante después en unas tinieblas purpúreas, en una negrura atizonada.

La madre ya no acompaña al hijo en sus excursiones. Desde el día del eclipse se deja llevar por una resignación silenciosa, deriva en unas aguas tenebrosas donde ni el niño ni el padre pueden alcanzarla. Está ahí, entre ellos, su cuerpo se mueve, aunque con una lentitud sensible, les habla, pero refugiada en un repliegue de su alma que la mantiene a distancia.

Pasa largas horas andando por los alrededores de Les Roches sin alejarse más, fuma a veces como con cierta repugnancia —cuando la ve con el cigarrillo en la boca, el hijo se acuerda de que

lo había dejado hacía varias semanas—, absorbida por una larga conversación interior, su mirada cansada de recorrer sin detenerse, sin verlas siquiera, las cosas que se presentan ante ella; o bien se queda tumbada en el cuarto, con ese grávido vientre que la obliga a acostarse de lado, y observa la gradación de la luz deslizándose por las paredes.

El hijo, sensible a la extrañeza que se apodera de ella, se las arregla para tener siempre a la madre en su campo visual, si es que no se queda, sencillamente, en su compañía. Busca entretenerla con historias que se inventa, con juegos a los que ella se presta sin entusiasmo o, más a menudo, se niega con el pretexto de que tiene que descansar.

Le trae de fuera moras que aplasta sin querer en el camino y que le azulean la palma de las manos, o pequeños objetos que acaban abarrotando el arcón verde oscuro: piedras de formas o iridiscencias curiosas, mudas de serpiente, huesos blanqueados recolectados en las inmediaciones de una madriguera, madera seca, huevos de mirlo del color del ágata... Ella come las bayas de una en una, agradecida, guarda y contempla cada uno de esos tesoros menudos como si se los hubieran traído de un mundo exótico, de una realidad ya fuera de alcance, o como si se tratara de una reliquia procedente de un tiempo nostálgico y ya pasado.

A pesar de todo, el niño vuelve a ver los caballos. Su presencia tranquila, indiferente, es un contrapunto a las de la madre y el padre. Cuando avanza por el calvero, la manada levanta la cabeza, el potro o una yegua relinchan apaciblemente.

El muchacho limpia el ojo ciego del semental, pasa los dedos por ambas fosas orbitales y por los flancos cóncavos del animal. Piensa que podría quedarse entre ellos, no volver nunca a Les Roches. ¿Acaso no se dice que existen niños criados por lobos? Pero para eso habría que abandonar a la madre en manos del padre, y siempre decide retornar a la casa.

Por un momento, aunque sea breve, cuando dormita entre la hierba junto a la manada, se imagina galopando entre ellos, sin más necesidad ni más aspiración que esa libertad plácida, la

temporalidad misteriosa, fibrosa, de la montaña, donde nada tiene principio ni fin, donde las cosas parecen haber sido siempre lo que son y no estar amenazadas por ninguna destrucción.

Un día, después de caer la noche —una noche más húmeda y fría que las precedentes, portando ya consigo la lánguida promesa del otoño—, mientras el hijo se entretiene mirando las estrellas que se precipitan en el cielo, el padre se sienta junto a él.

—¿Cómo fue la tercera vez? —pregunta el chico.

—¿Qué tercera vez?

—Tu padre. Me dijiste que utilizó el revólver tres veces.

—Oh —contesta el padre—. ¿Recuerdas el zorro del que te hablé? El que tuve aquí, en Les Roches.

—Sí.

El padre admite no haber contado la verdad cuando pretendió no acordarse de lo que le había ocurrido al zorro. Su padre fue quien se encontró el cachorro apenas destetado, y la cría dio pruebas inmediatas de una confianza ciega en el muchacho, esa confianza que solo saben conceder los animales a quienes los salvan. El padre dijo que el zorro se había convertido enseguida en el centro de su existencia, en su único compañero, viviendo, durmiendo, jugando con él hasta el día en que su presencia le resultó insoportable al viejo, que creía sin duda que la fiera le hacía sombra o apartaba al hijo de su deber.

—¿Cómo saber lo que le pasaba por la cabeza?

Dice que el hombre le cogió manía al zorrillo, que se puso, de alguna manera, a odiarlo, a pretender que acabaría por morder al chico o que le contagiaría alguna enfermedad, y una noche, mientras dormía el niño, se lo llevó y lo abandonó en un lugar perdido del bosque, probablemente a kilómetros de Les Roches. Pero eso era infravalorar la capacidad de los animales a la hora de encontrar su camino, aquí en la tierra, porque volvió.

—Estaba ahí, todo tembloroso delante de la puerta a primera hora del día, con su suave pelaje cubierto de barro, todo enmarañado por ramas y espinas.

Una vez, dos veces, tres veces volvió el zorro, sin duda guiado

por su olfato o por un sexto sentido que escapa al entendimiento de los hombres. Y aquella fue la tercera vez en que el padre vio al viejo utilizar el revólver, cuando metió en un gran saco al cachorro que se debatía como un diablillo, ya consciente de la suerte que esta vez le reservaba y a la que, con toda certeza, no escaparía. Por mucho que el chico se agarrara a su pantalón, arrastrándose por el suelo tras el viejo mientras él seguía avanzando, tirando obcecadamente de la pierna, no consiguió impedírselo. Sus manos, cansadas de asirse al ángulo afilado de su tibia, acabaron por soltarse.

—Me quedé ahí, con la cara contra la hierba, gritando, dándole puñetazos a la tierra blanda, hasta que resonó un disparo en la montaña. Supe que todo había acabado, que no volvería a ver nunca más el zorrillo.

Echa la espalda hacia atrás, erradicada la ira de golpe, esfumada de puro insoportable, dejando tan solo una impresión de extrañeza, de abotagamiento. El padre dice que esperó a que el viejo volviera, pasara a su lado, con el saco vacío en la mano, vacío y agujereado por la bala, manchado de la sangre del zorrillo, y luego se alejara dejándolo ahí, silbando como si sencillamente acabara de cumplir con una tarea necesaria, ni siquiera desagradable, y se felicitara por el trabajo bien hecho, por haber restablecido, gracias a la ejecución del zorro, un equilibrio cuyas reglas solo él conocía.

El padre se ve asaltado por otras ideas y se lleva un cigarrillo a la boca. La llama del mechero azulea en la oscuridad. Señala el cielo con el extremo del cigarrillo encendido y dice al hijo que sus miradas no pueden captar más que una ínfima parte, una parte tan ínfima que ni siquiera llegan a concebir lo que es la realidad del firmamento.

Dice que ahí arriba hay otras estrellas, otros planetas, algunos sumidos en una noche tan integral que nunca los alcanza ningún sol y, más allá, otras galaxias, miles, conteniendo a su vez miles de soles, miles de millones de planetas, y dice que más allá aún de toda cosa visible se encuentran cientos de miles de millones de galaxias.

—¿Hay otras tierras como la nuestra? —pregunta el hijo.

—Espero que no —contesta el padre después de permanecer un buen rato callado—. Espero que no haya nada. Solo piedra, silencio, hielo y agua.

*

Una noche, al volver del trabajo y nada más cruzar la puerta, la madre siente un vuelco en el corazón al oír las risas de los hombres que le llegan desde el salón. Se queda inmóvil en la penumbra generalmente amena y hospitalaria de la entrada que ilumina con una luz ambarina el rayo de sol filtrado por el vidrio estructurado de la puerta.

Se quita el abrigo, lo cuelga de la percha y fija su reflejo en el espejo pegado a la pared, con sus rasgos tensados por el cansancio, con el cabello descuidadamente recogido con una goma, una de esas que a veces lleva en la muñeca y con las que juega hasta dejarlas deshilachadas.

Trata de recuperar la compostura, de disipar la aprehensión y la fatiga mezcladas que han remodelado instantáneamente los rasgos de su rostro en el claroscuro del vestíbulo, a pesar de todo sin sorpresa, sin el menor asombro, porque sabe perfectamente lo que le espera cuando avance hacia el aura de la luz y el humo de donde brotan las voces conjuntas y gallardas de los hombres, voces de una fraternidad demasiado alegre como para ser sincera. Probablemente ella ya se ha preparado en secreto, está decidida, dispuesta, sabiendo en todo momento que el padre podría convocar al fantasma de Tony —o, más bien, al fantasma de lo que fueron los tres juntos, de lo que representaron los unos para los otros, y a ojos de todos: su trío a veces envidiable, a veces odiado o despreciado—, que él lo invocaría irremediablemente, de hecho, que quizá su vuelta tuviera por único objeto reunirlos, confrontarlos.

Y cuando camina hacia el bloque de luz densificado por el humo de sus cigarrillos, hacia el calor irradiante de sus hálitos alcoholizados y de sus voces unidas en el espacio confinado del

salón, ya ha revestido su cara de esa máscara de afabilidad tranquila, de desapego complaciente que, sin embargo, ella siente a punto de resquebrajarse y caer en pedazos.

—Tony —dice desde el quicio de la puerta.

—Hola —contesta Tony, dirigiendo la mirada hacia ella.

Él amaga el gesto de levantarse antes de sentarse de nuevo ante la atención triunfante del padre que apaga el cigarrillo en el reborde de una de las latas de cerveza vacías que llenan la mesita baja.

—Mira quién nos honra con su visita.

La madre sonríe brevemente.

—¿Dónde está el pequeño? —pregunta ella.

—En su cuarto, me imagino —dice el padre con un desparpajo apenas velado.

Luego, con un entusiasmo recuperado:

—¿Por qué no me contaste que Tony había tenido dos hijos?

La madre no responde. Nunca han hablado de Tony desde el retorno del padre. No solo no han evocado jamás el nombre de Tony, aunque lo hayan tenido en la punta de la lengua en todo momento, para soltar una imprecación en un caso, o una blasfemia en otro, aunque haya flotado a su alrededor la presencia, la idea de Tony, más que su realidad de carne y sangre —su existencia simultánea a la de ellos, en esa misma ciudad, a unos kilómetros apenas—, fragmentos de ese pasado compartido con él. El vivo, desgarrador recuerdo de los gestos formados, de las palabras pronunciadas, de esos años eclipsados con la partida del padre, relegados en el limbo de una vida que les parece a todos anterior a esta, y que sin embargo los reúne bajo la luz velada y confortable de la araña del salón de la casita del barrio obrero, donde intentan en vano interpretar de nuevo una de esas escenas en las que aparecían los tres juntos, inseparables.

—Gemelos —añade el padre—, ¿te das cuenta?

—Sí.

—Me ha enseñado una foto. Tony, enséñale la foto.

Tony permanece inmóvil, con una sonrisa de desamparo en los labios, absorbido por la contemplación de la lata de cerveza

que tiene en las manos como si las palabras del padre no le hubieran llegado.

—Tony, enséñale la foto —repite el padre en un tono que ya no admite réplica.

Azuzado por la voz del padre, Tony se levanta con una premura cargada de culpa, revelando una docilidad por la que parece pedir perdón a la madre con una sonrisa desolada. Se lleva la mano al bolsillo trasero del vaquero, saca una cartera donde rebusca nervioso hasta extraer una foto.

Ella se acerca, coge el cliché en el que contempla un instante a una joven con el rostro lleno de manchas parduzcas, señales del cloasma aparecido durante el embarazo, con dos bebés rollizos en brazos.

—Dos chavales —dice el padre, y ella siente cómo le clava una mirada escrutadora—. ¿A que se le parecen?

—Sí, se le parecen —dice la madre.

—Y su mujercita, ¿no te parece guapa?

—Muy guapa.

—Es Sylvia, ¿la reconoces? Te acuerdas de Sylvia, ¿no? Es la mayor de los Legendre, los que tienen...

—Claro, conozco a Sylvia —lo interrumpe la madre.

—Claro —repite el padre—. Por supuesto, la conoces.

—Me marcho —dice Tony guardando la foto en la cartera.

El padre se levanta a su vez, alza la mirada a la altura de la de Tony. Sus cuerpos separados por la anchura de la mesita baja proyectan sendas sombras en la pared —desde siempre, piensa la madre, sus cuerpos como dos polos contrarios.

—Después de todo este tiempo sin vernos, no te imaginarás que voy a dejarte marchar así como así. Quédate a comer con nosotros.

—Gracias —contesta Tony—, se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. Tendría que estar ya de vuelta, Sylvia estará esperándome.

El padre suelta una carcajada seca y burlona.

—Llámala, lo entenderá.

—No insistas —dice la madre—. ¿No ves que te dice que está

sola con los dos críos?

—Pues sí, precisamente, insisto —exclama el padre que tiende el brazo para agarrar a Tony del hombro y aprieta fuerte—. No me discutas, te quedas con nosotros y no se hable más.

Tony asiente y el padre, victorioso, sonríe a la madre.

—Muy bien —dice ella—, subo a cambiarme.

—Vete, vete —responde él, haciendo un gesto vivo con la mano como para echarla—. Nosotros nos ocupamos de la cena.

Ella llega al primer piso, se detiene ante el cuarto del hijo y lo observa a través de la puerta entreabierta. El muchacho, tumbado boca arriba en la alfombra de carreteras, sostiene levantada frente a sí una de las figuritas de los Masters del Universo comprada por diez francos en uno de esos mercadillos organizados en un patio escolar en la ciudad; un personaje de piel azul que, a modo de rostro, tiene un cráneo amarillo que exhibe una mueca demoniaca, vestido con una capucha y una pechera color púrpura, al que le murmura historias.

La madre llama a la puerta y el hijo se gira hacia ella.

—Ya he vuelto. ¿Has tenido un buen día?

El hijo asiente. Ella entra en el cuarto.

—¿Te pasa algo?

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta el chico.

—¿Enfadada? ¿Por qué tendría que estar enfadada?

—Porque fui yo quien le habló del tío Tony.

La madre, en traje de chaqueta, va a sentarse junto a él.

—¿Cuándo le hablaste del tío Tony?

—La otra vez. Cuando fuimos a la feria.

—¿Te hizo preguntas?

El hijo asiente.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada. Solo que a veces venía a ayudarnos.

Ella le coge suavemente la barbilla para levantarle la cara en su dirección.

—No estoy enfadada contigo —dice—. ¿Por qué te preocupas?

El hijo se encoge de hombros y se fija de nuevo en la figurita.

—No quiero que te preocupes. Deja que los adultos se las arreglen solos, ¿entendido? No hay motivo para inquietarse.

—¿Por qué se fue? —pregunta el niño—. ¿Por qué ha vuelto?

—Me gustaría poder responderte —dice la madre—. Pero hay cosas que un crío de nueve años es incapaz de entender.

—Soy lo bastante mayor como para entender.

—Puede que tengas razón. Espero que un día lo entiendas. Estoy segura de que así será. Voy a darme una ducha —dice ella levantándose—. Enseguida cenamos. Tony se queda.

El hijo no contesta y ella permanece parada un instante, con la mano apoyada en el marco de la puerta, mirando cómo revolotea la figurita entre sus manos.

En el cuarto de baño, abre el grifo de la ducha, cambia de opinión y, tras tapar el desagüe, gira el de la bañera para que el caudal de agua ahogue la charla lejana de los hombres.

Se sienta en el borde de la tina, invadida por un gran cansancio, con las dos manos a cada lado de los muslos apoyadas en los azulejos. Se queda quieta, con la mirada fija en la alfombra de baño color rosa que se encuentra a sus pies, mecida por el ruido del agua que fluye a chorro, por el vapor ligeramente clorado que siente elevándose detrás de ella hasta depositarse sobre los finos cabellos de su nuca y empañar la estancia. Se desnuda, deja tirada la ropa, extiende las piernas pesadas, los brazos de articulaciones nudosas, doloridas por los mismos gestos repetidos durante todo el día.

Se mete en la bañera fumando de forma que solo oye unos sonidos sordos, el chasquido de las canalizaciones, las fricciones ínfimas de su piel contra el esmalte de la tina. Se pasa una mano por la parte inferior del abdomen. ¿Acaso no lleva el test de embarazo más de dos meses con la cruz fatídica en el fondo del cubo de basura de plástico azul junto al lavabo, donde se ha esmerado ella por esconderlo, relegando la noticia y sus consecuencias a un recodo de su mente?

Dobla las piernas para dejar que su cara se deslice por debajo de la superficie del agua. Le vienen confusamente unas imágenes, una voz interior que cae sobre su memoria como un oleaje, su propia voz dirigida a sí misma a través de los años.

Ve al padre desembarcando en la ciudad, siendo aún un adolescente, reconocido por los jóvenes del barrio, incluso algunos habían coincidido con él en el patio de la escuela antes de que desapareciera tras la muerte de la madre, arrastrado hasta la montaña por su padre —por razones que ellos ignoran o que no recordarían después—, y que por entonces pasaba las noches en un saco de dormir en el asiento de atrás de un Renault 30 probablemente comprado en un desguace o en el patio trasero de alguna granja por un puñado de billetes, luego arreglado no se sabe cómo a base de piezas sueltas encontradas por ahí.

—Y que conducía sin carné porque solo tenía diecisiete años.

Así fue cómo él y el tío Tony se conocieron, en torno a esos coches que arreglaban juntos, pasando días enteros con la nariz metida en unos motores totalmente desmontados a la luz de focos y faros en el foso de un taller, formando con otros tipos una banda de muchachos fanfarrones, intrépidos, haciéndose los chulos en las salas de billar en las trastiendas de los cafés, que llenaban de humo y animaban con sonoras carcajadas, en los bailes de los pueblos de los alrededores cuando llegaba el buen tiempo, donde se instalaban siempre a cierta distancia del estrado montado en la plaza de una iglesia o en el aparcamiento de un salón multiusos. Vivían una realidad paralela, la de su pequeña banda agolpada alrededor de unos coches, haciendo que rugieran los motores y escupieran los tubos de escape, con los packs de cerveza sobre los capós rutilantes, con las chicas dando vueltas alrededor de ellos como satélites, languideciendo en los brazos de unos y luego de otros, a veces simultáneamente.

—Antes de desaparecer, de retornar a la banalidad de su vida y de la ciudad.

Despertaban la envidia o el menosprecio, parecían burlarse de todo, conscientes de sus cuerpos fornidos que desnudaban en verano a orillas de los ríos para tirarse desde lo alto de los puentes

en pozas de agua cristalina, y entre ellos el padre —que aún no lo era, pues era aún un niño jugando a ser hombre, entusiasmado, estúpidamente orgulloso con la idea de haberse convertido ya en uno—, el más esquivo de todos, el más impredecible, el que parecía atraerlos a todos como un imán, agruparlos en torno a él; también el más salvaje, dispuesto a emprender una pelea si creía que un tipo con el que se había cruzado en un bar se quedaba mirándolo demasiado rato, pero velando por los de su banda con un afecto fraternal, casi amoroso. Aterrizaban en la ciudad cual horda de diosecillos arrogantes, pendencieros, se burlaban de las reglas, de las habladurías, movidos por una fuerza vital que, tanto a los muchachos como a las muchachas de la zona, les parecía envidiable.

Todos tenían quince años, dieciocho años, veinte años, habían nacido ahí, habían crecido ahí y ya sabían que la mayoría de ellos acabaría envejeciendo ahí, bajo arresto domiciliario en esa ciudad mediocre, cinchada, encorsetada en medio de ese valle, acorralada por la montaña, condenados a su condición de hijos e hijas de obreros, operarios, soldadores, picapedreros, limpiadores, algunos, a pesar de todo, soñando con escaparse, poseídos por el sentimiento todavía vivo, efervescente de que el secreto de su salvación residía en poner la mayor distancia posible entre la ciudad y ellos.

—Es al menos a lo que aspiraba yo, con la sensación de estar, hasta ese momento, en la antesala de la vida, sumida en un torpor embrutecedor, bajo el dominio de una madre de presencia árida, hostil, reprobadora.

Y cuando la admitieron en la banda, quiso creer en la promesa de otra cosa, fascinada a su vez por la aparente libertad del padre, su insumisión, su apetito, embriagada por las noches sin dormir, disueltas entre los vapores de la hierba y el alcohol, el olor a motores calientes, las carreras de coches por esas carreteras sinuosas, peligrosas.

—Cuando, a altas horas de la noche, se ponía triste y el alcohol le soltaba la lengua, cuando la tomaba con la ciudad, con esa llama negra en los ojos, yo no lo entendía como una amenaza,

sino únicamente como la promesa de que acabaríamos marchándonos, de que él encontraría la manera de sacarnos de allí.

Pero algo lo retenía, sin duda la presencia lejana de ese padre al que había abandonado en la montaña, de quien ella no sabía prácticamente nada, y cuando ese hombre murió y se presentaron a la puerta dos policías para anunciarle que se había encontrado allá arriba el cuerpo del viejo, se limitó a asentir con la cabeza, sin sorprenderse, como si llevara mucho tiempo esperando la noticia. Se negó a que lo acompañaran a reconocer el cadáver, seguramente se quedó solo, impávido, ante los restos de su padre bajo la luz blanca de la cámara mortuoria, y también exigió estar a solas el día en que se inhumó al anciano.

—Recuerdo que caía un auténtico diluvio, que su pantalón estaba manchado a la altura de las rodillas cuando volvió a casa, lívido, ya medio ido.

Sin duda fue en aquel momento cuando comenzaron a cambiar las cosas —por lo menos eso pensó ella luego, aunque nadie se diera cuenta al principio de esa ínfima, esa imperceptible transformación—, sencillamente se volvió más callado, más serio, su humor se hizo más imprevisible todavía, su avidez por las carreras se redobló. Fue por aquel entonces cuando empezó a oírlos hablando aparte, en voz baja, de coches que tenían que conducir hasta la frontera, y ella evitaba participar en aquellas conversaciones, no quería saber nada, no quería pensar en nada. Cuando se iban de viaje dos o tres días, ella no hacía preguntas, ni a ellos ni a sí misma.

Después de pasar de apartamento en apartamento del centro de la ciudad, se instalaron en una casona medio vacía que acabaron alquilando a medias con Tony —desde siempre el más apegado, el más leal—, donde iba y venía a cualquier hora del día o de la noche el festivo grupo de los fieles.

—Seguramente pensaba que la ignorancia era preferible, como también me parecía preferible la vida que llevábamos, que aún creía libre de obstáculos, despreocupada, aunque probablemente nunca fuera así.

Y cuando se enteró de que estaba embarazada, sacó de dentro

los recursos necesarios para aplacar el vértigo que, en un principio, se apoderó de ella; pensó que sería capaz, que ser madre era una forma de realizarse, de dejar tras de sí una larga y penosa infancia que se le había hecho interminable, que se convertiría por fin en una adulta y su única elección consistiría en obtener su independencia y su libertad.

—Cuando se lo anuncié, me abrazó, me besó cien veces los labios, la frente, la nariz, las mejillas. Vas a darme un hijo, decía riendo, con los ojos llenos de lágrimas, vas a darme un hijo. Por mucho que le dije que no sabía nada aún, él seguía empeñado, le daría un hijo, un varón.

Ella nunca lo había visto tan feliz como aquel día, como las semanas y los meses que precedieron el nacimiento del hijo. Pero con lo que no contaban era con lo que lo perseguía, ese algo, fuera lo que fuera, que se llevó consigo el día que huyó de Les Roches, y que no dejaba de guiarlo de nuevo hacia allí.

Empezó a volver ahí, sin decirle nada al principio, luego mencionando algunas obras de mantenimiento, lo justo para evitar que la casa se derrumbara, y cada vez que ella le proponía acompañarlo, él se negaba, le aseguraba que no había nada que ver, que acabaría llevándola un día u otro cuando él estimara que había llegado el momento.

Para ella ya nada existía aparte del niño que acababa de tener, y no se fijó en que el padre se apartaba de ella, ni en el vacío que, inexorablemente, fue haciéndose en torno a él, en cómo los amigos fueron alejándose, hartos de sus arrebatos, algunos mantenidos a distancia, expulsados de la banda por oscuras disensiones, o porque desaprobaban y rehusaban tomar parte en sus «asuntos», que lo acaparaban cada vez más. Una noche, un muchacho de veintiún años se salió de la carretera, se llevó por delante una barrera de seguridad y chocó con un árbol al borde de un barranco, y ahí se acabaron las carreras clandestinas. Otros encontraron trabajo, se hicieron formales, se casaron con una chica de la zona. Todos envejecieron sin darse cuenta y pocos se marcharon.

—La ciudad nos encerró, si es que alguna vez tuvimos alguna

ocasión de escapar de allí realmente.

El padre se volvió para ella un ser insondable, irascible, reconcomido, que ya le daba miedo. Solo permanecía junto a él el tío Tony, sumiso, atrapado en sus redes; el leal Tony, en quien la madre hallaba la atención, la dulzura, la complicidad que le faltaban al padre, una compensación bastante amarga, frente a los sueños que se forjara en su día y que habían quedado reducidos a nada.

Pasaron dos años en aquella casona fría que él acabó por amueblar de manera dispendiosa y estilos discordantes, donde ella deambulaba sola la mayor parte del tiempo, con su hijo en brazos. Su madre iba de vez en cuando a hacerle visitas, siempre breves y como sin ganas durante las que ambas se sentaban, una frente a otra, la vieja genitora con el bolso colocado entre las rodillas ostensiblemente apretadas, recorriendo con la mirada la habitación a su alrededor, con aire de desaprobación y sospecha, como si se encontrara en una posición especialmente incómoda, infamante incluso, tomando el café que le habían servido sin apenas rozar la taza con los labios y preguntando de repente: ¿Esto es lo que quieres de verdad? ¿Así es como quieres educar a tu hijo?

—Yo le contestaba siempre con una risita arisca: Pero ¿qué dices? ¿O es que igual piensas que tu vida vale más, que es más respetable, más meritoria que la mía?

Tras lo cual ambas permanecían encerradas en su silencio, el de dos mujeres que no soportaban contemplar en la otra la misma insatisfacción, el mismo sentimiento de fracaso y de desesperación. A veces sucedía también que la vieja madre estrechaba al hijo contra su pecho con un fervor tal que parecía que quería arrancárselo a su hija, sustraerlo a lo que probablemente considerara su negligencia, su irresponsabilidad.

—Y yo me preguntaba si a lo mejor sí estaba justificado, lo que me hacía su presencia más insoportable aún.

Luego hubo esa noche en medio de la cual el padre, que se había ausentado varios días, le puso la mano en el hombro, la despertó para decirle que se levantara, se vistiera inmediatamente, cogiera sus cosas y las del niño y se fuera porque por la mañana

vendrían a buscarlo unos hombres y prefería que ni ella ni el hijo, por pequeño que fuera, presenciaran aquello.

—Me dijo: Tony va a llevarte a casa de tu madre, y yo no pedí explicaciones porque habría sido inútil, me levanté sin decir una palabra, hice lo que me pedía, preparé una maleta pequeña en la que puse lo que encontré a mano porque en realidad me daba igual que me faltara algo, incluso me parecía preferible dejarlo todo atrás, de pura ira que me invadía contra él, acumulada desde hacía tanto tiempo que parecía haberse solidificado en el fondo de mí misma, formando ese nudo duro, irradiante, a punto de hacerme estallar el pecho.

El padre se mantenía cerca de ella, pero a cierta distancia, la observaba guardando al azar en la bolsa algo de ropa, un álbum de fotos, algún que otro trasto, el tipo de cosas que se cogen en una huida, con ese espantoso sentimiento de humillación. Él permanecía tieso y serio en un rincón de la habitación, apesadumbrado también, con la mirada baja, fija en sus pies, igual que un adolescente perdido y, a la vez, un viejo desilusionado, y una vez que terminó la madre, se encontraron el uno frente a la otra, ella con la maleta en una mano y el hijo en la otra.

—Cuídalo mucho, dijo dándome un beso en la comisura de los labios, un beso rápido del que me sustraje volviéndole la cara, cuídalo bien hasta mi vuelta. Hasta tu vuelta, repetí yo con todo el desprecio del que era capaz.

Luego ella cruzó el umbral de aquella casa y no volvió a oír hablar del padre hasta el día en que efectivamente decidió irrumpir de nuevo en sus vidas, y durante todo ese tiempo ella solo conservó de aquellos años de convivencia un recuerdo doloroso, una nostalgia rencorosa, la certeza de que, si volviera, sabría negarle el perdón que se imaginaba llegaría implorando.

—¡Cuántas veces me vi rechazándolo!, ¡cuántas veces escenifiqué y repetí la negativa que le espetaría!, y ¡cuántas veces también sentí mi corazón estallar al creer verlo al doblar la esquina de una calle!

Pero cuando lo vio tumbado en su cuarto, como durmiendo el sueño de los justos, izando a la superficie los instantes vividos,

desaparecidos, relegados al trasfondo de la existencia, toda esa ira que había estado fomentando, todo ese sentimiento rumiado sin descanso se vino abajo, empujado por la esperanza renovada, resurgida de esa existencia anterior, de que quizá pudieran volver a estar juntos, reunidos.

Ahora, en el recogimiento del baño, su mente divaga al ritmo sordo de su corazón, aboliendo el espacio y el tiempo; le parece posible y envidiable dispersarse en el calor que la envuelve y la mece, sustraerse al mundo, a la presencia del padre y de Tony, incluso del hijo: soltar todo el lastre de sus respectivos condicionamientos.

¿Y si, sencillamente, desapareciera?

Se yergue, expulsando un reguero de agua al suelo embaldosado, y se queda sentada un momento, con una mano asida al reborde de la bañera y la otra posada en el pecho.

El padre ha puesto la mesa en el salón, ha preparado unas judías verdes rehogadas, unas hamburguesas, unas patatas panaderas, ha sacado nuevas latas frescas de cerveza del frigorífico. Ahora manifiesta un afable regocijo, se alegra de la presencia fraternal de Tony, y Tony parece también bastante más relajado, no temer ya las represalias que parecía anunciar el exagerado alborozo del padre.

Ambos comen con apetito jovial, charlan de manera inconexa. El padre quiere saberlo todo acerca de la vida de Tony, de todos esos años que se han perdido de vista: en qué ha estado trabajando, él a quien tan bien se le daba la mecánica, desde hace cuánto tiempo trabaja en esa empresa de electricidad, si se gana bien la vida, cómo empezaron a salir Sylvia y él, dónde viven ahora y cuáles son sus primeras impresiones acerca de la paternidad.

Él escucha las respuestas de Tony con una impaciencia que solo nota la madre, su mirada se desvía sin cesar hacia ella, pretende que se dé por enterada de esa vida construida por Tony sin tenerla en cuenta, y ella se limita a escucharlos sin conseguir desprenderse de esa desconfianza y de la sensación de espanto que

la ha hecho encogerse en el baño un rato antes frente a la idea de su propia desaparición.

Se levanta para disipar esa angustia, enciende un Peter Stuyvesant y va a entreabrir la ventana para airear la estancia. El hijo le lleva una naranja, se sienta en el sofá y empieza a hojear una vieja revista con los programas televisivos. Ella fuma un momento mientras contempla cómo ensombrece la noche los tejados de las casas, pela la fruta y le tiende los gajos al chico.

El padre se echa hacia atrás en el respaldo de su silla y se lleva un Marlboro a la boca.

—¿Te acuerdas del Lancia Thema 8.32? —pregunta.

—¿Estás de broma? —contesta Tony extrayendo un cigarrillo del paquete que le tiende el padre.

Se agacha hasta la llama del Zippo que destila un olor a gasolina.

—Claro que me acuerdo. Motor Ferrari 308, interior de cuero, salpicadero de nogal.

—¿Y del Mercedes Benz 500? Un bólido —dice el padre, con los ojos brillantes—. ¿Te acuerdas de la noche en que lo llevamos hasta España? Nos persiguieron dos coches de la pasma.

—Ve a lavarte los dientes y a ponerte el pijama —dice la madre al hijo—. Dale un beso al tío Tony.

—¡Cinco litros de cilindrada, cien kilómetros por hora en seis segundos! Lo puse casi a doscientos cincuenta por la autopista.

Tony tiende una mejilla y el niño le da un beso.

—Subo a darte las buenas noches dentro de un cuarto de hora —dice la madre mientras él sale del salón a la fuerza.

—Esos gilipollas estaban metiendo aún la segunda para entrar en la autopista y nosotros ya saliendo por el peaje siguiente —dice el padre, muerto de risa—. ¿Cuánto nos dieron por él?

—¿Por el 500? Diez mil, quince mil, ya no recuerdo. En el mercado negro una máquina así se cotizaba por unos cuarenta mil o algo parecido.

—¡Qué tiempos! Se diga lo que se diga, aquellos sí que fueron buenos tiempos. Cuando pienso en la chatarra que conduzco ahora.

Tony asiente y se quedan perdidos en sus pensamientos,

dándoles caladas a sus cigarrillos.

La madre rompe en trocitos la piel de la naranja que deja en su plato.

—Te recuerdo que los buenos tiempos duraron poco —dice ella dirigiéndose al padre.

—Si el Gitano no me hubiera delatado, habríamos ganado un montón de pasta.

—Todo eso ya es agua pasada —dice Tony.

La madre se levanta bruscamente para recoger la mesa y desaparece en la cocina. El ruido de los platos entrechocando en el fregadero y del chorro de agua del grifo llega hasta ellos.

—Voy a decirte algo —dice el padre inclinándose hacia Tony para hablarle en voz baja—, nunca debimos confiar en los españoles, nunca debimos aceptar hacer de intermediarios. Fuimos unos gilipollas. Nos faltó ambición.

—Estás loco. No sabíamos más que cambiar la placa de la matrícula para pasar la frontera. El maquillaje, la reventa, todo eso era cosa del Gitano.

—A pesar de todo, pudimos involucrarnos más y pillar algo más de pasta. El hijo de puta se forró a costa nuestra.

—Acabó por caer, y los cabrones de los españoles también. Nosotros habríamos terminado en la trena igual, era solo cuestión de tiempo.

—Pero tú no caíste, ¿eh, Tony? Tú les pasaste entre los dedos —replica el padre con una voz repentinamente blanca, mirando fijamente a Tony por encima de la cerveza que se lleva a los labios.

Deja la lata en la mesa y añade:

—Pudo suceder, pero nunca canté tu nombre.

—Lo sé —repone Tony—, y te lo agradezco.

El padre asiente y la madre aparece en el umbral de la habitación.

—Subo a acostarme, estoy muerta.

—Justamente Tony se iba ya —contesta el padre que se levanta sin dejar de mirar a Tony—. Lo acompaño.

Los dos hombres salen en medio de la noche amarillenta y fría

del patio.

—¿El último para el camino? —pregunta el padre tendiendo su paquete de cigarrillos.

Tony se sube el cuello de la cazadora y lo rechaza con un gesto de la mano.

—Gracias, ya he fumado mucho por hoy, estoy intentando dejarlo.

—¿Ah?

—Sí, con los niños, Sylvia piensa que es mejor.

El padre traga una densa bocanada de humo y ambos observan sin decir una palabra el pavimento reluciente mientras respiran el olor familiar del barrio obrero.

—Ay, Tony, Tony, Tony, viejo hermano —dice el padre.

Da un lento pero fuerte puñetazo en el hombro de Tony que retrocede un paso bajo la presión del puño y ríe brevemente.

—Me ha hecho ilusión volver a verte —prosigue el padre—, pero ahora tienen que quedar las cosas claras entre nosotros.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Tony con media sonrisa.

—No quiero volver a verte cruzar la puerta de esta casa —dice el padre—. Ni siquiera quiero verte atravesar la portilla de este patio, ni andar por esta calle, ni por ninguna otra calle del barrio.

—Pero ¿qué coño me estás contando?

—No quiero volver a verte acercándote a mi mujer y a mi hijo. No quiero volver a cruzarme con tu jeta de traidor en esta ciudad. Y si por casualidad me ves algún día, si nos ves a alguno de nosotros, vuelve la cara, por favor. Vuelve la cara y lárgate lo más rápido que puedas.

Tony traga saliva en la penumbra del porche, el padre se acerca a él y lo estrecha entre sus brazos en un largo apretón, luego le coge la cara entre las manos y le da un beso en la frente.

—Porque me da miedo no responder de mí —dice en un tono dulce, contrito—. ¿Entiendes? Me da miedo hacerte daño. Me da miedo matarte, Tony.

Entre las manos del padre, el rostro de Tony ha palidecido, su párpado izquierdo se ha puesto a temblar y asiente con la cabeza.

—Ahora vete —ordena el padre.

Entra en el cuarto, se sienta a los pies de la cama y se desviste con lentos gestos de borracho, dándole la espalda a la madre, que a su vez intenta no moverse para que crea que está dormida. Sin embargo él se pone a hablarle con una voz átona, brumosa, profunda. Dice que espera de ella una nueva oportunidad. Que quizá se preguntará cuáles han sido las razones de su silencio durante todos esos años de ausencia y cuáles las de su retorno. Dice que no servía de nada escribir, que en ciertas ocasiones un hombre debe saber ser humilde, púdico, y preservar a los suyos del oprobio que sufre. Como ciertos animales tienen la presencia de ánimo, la discreción —la nobleza, incluso— de alejarse, de esconderse cuando se sienten heridos o moribundos y ven que su debilidad podría perjudicar a los suyos. Pero si ha vuelto es porque espera de ella, de la madre, una nueva oportunidad; es porque viene a reclamar su derecho a ser considerado de nuevo como un compañero y como un padre.

Ella entiende por el tono de su voz que no se trata de un ruego. Se limita a notificarle que no tiene más opción que la de concederle lo que ha venido a buscar junto a ellos. Y sin premeditarlo, sin hacer un gesto que indique al padre que ha estado escuchando, dice en un tono apenas audible:

—Estoy esperando un hijo.

Él se queda quieto. No obstante, ella juraría que lo ve oscilar a la luz cerosa que atraviesa la ventana hasta alcanzar la colcha.

—¿Es Tony el padre?

—¡Y eso qué más da! —contesta ella—. ¡Qué más da!

—No, nada, da igual, supongo.

Se levanta, simplemente vestido con un *slip* blanco, rodea la cama y se deja caer a su lado boca arriba, abatido como un árbol. Durante unos interminables minutos, permanece mudo en la penumbra amarillenta.

—¿Te acuerdas de Les Roches? —pregunta él.

Ella asiente en medio de la oscuridad.

Él le dice que en otro tiempo empezó la restauración de esa

casa en la montaña sin un fin preciso, por honrar de alguna manera la memoria de su padre, pero que antes de su vuelta a la ciudad fue para seguir con las obras, esta vez con la idea de que la madre y el hijo se instalaran allí con él, que incluso es la única manera de que puedan reencontrarse los tres, y esa residencia será el lugar de su renovación.

La emoción hace que le tiemble la voz. Busca a tientas la mano de la madre encima de la sábana y la estrecha como haría un niño.

—Dame esa oportunidad —dice—, de probarte que he cambiado.

*

A finales del mes de agosto, cae una tormenta sobre Les Roches.

El padre, la madre y el hijo duermen a la hora en que una oscuridad fuliginosa, más densa que la noche, se amontona en el cielo, por momentos atravesada por convulsiones luminosas que revelan unas cimas nubladas colosales.

En el sueño del padre, el abuelo acumula piedras de una ruina que se empeña en edificar —sabe que se trata de la casa de Les Roches, pero el montón de escombros junto a él es de proporciones anormales, como si allí se hubiera hallado en otro tiempo un edificio enorme, un castillo, una fortaleza—, el muro que está construyendo está inclinado, amenaza en todo momento con derrumbarse y sepultarlo. El padre duda en avisar al viejo, pero la idea de que se dé cuenta de su presencia despierta en él una aversión profunda, piensa: ¿De qué tengo miedo puesto que ya está muerto y esto no es más que un sueño? Luego, simultáneamente, entiende que su miedo no se debe a la resurrección del padre en la dimensión del sueño, ni siquiera al desplome de la pared sino a la certeza de que, si se diera la vuelta, el abuelo tendría su cara, la del hijo, en vez de la suya propia.

En el sueño de la madre, ella se encuentra por primera vez

después de mucho tiempo en el espacio infantil del parque. El hijo no está en el columpio sino sentado en la hierba a su lado, con la edad del suyo ahora. Siente una gran pena al estrecharlo en sus brazos pensando en el tiempo que ha transcurrido desde su nacimiento hasta ese instante, los años reducidos en el sueño a apenas unos segundos. Ella le dice sin que sus labios se muevan que le gustaría que dejara de crecer, que no se convirtiera nunca en un adulto, que no conociera nunca la brutalidad del mundo, que no le afectara a él, y el hijo baja una mirada acusadora dirigida a su vientre. Ella recuerda entonces que estuvo embarazada de otro niño aunque no se acuerde de haberlo parido ni conocido, y su tristeza se transforma en la de una pérdida irreparable.

El hijo no sueña, se ha sumido en una profunda somnolencia, una inconsciencia saludable que ya no perturban ni el viento que sopla en la techumbre, ni el grito de las aves nocturnas, ni la lluvia que golpea el tejado y la lona.

De repente, las copas esbeltas y negras de los pinos que delimitan la linde del bosque se ven violentamente sacudidas. Un árbol cae en el corazón oscuro de la foresta de donde se eleva un prolongado quejido, y los animales corren a refugiarse a sus nidos, a sus guaridas o sus madrigueras. Un relámpago sincopado ilumina la montaña, seguido un instante después por una deflagración, y los tres, padre, madre, hijo, se despiertan a la vez.

El padre se pone un vaquero, se levanta para cerrar las contraventanas de la boquera que el viento golpea con fuerza. Una borrasca cargada de lluvia penetra en el cuarto cuando abre la ventana y tiene que luchar para conseguir cerrar los postigos.

Un nuevo relámpago, blanco como el magnesio, destripa la noche, un trueno ensordecedor hace temblar los cristales de las ventanas y saca al hijo de la cama. Aparece en el umbral del dormitorio de los padres, con los ojos muy abiertos por el miedo. La madre levanta la manta por su lado, lo invita a refugiarse dentro, y él va a acurrucarse en la huella cálida y perfumada de su cuerpo mientras el padre abandona la habitación.

La lluvia cae ahora en trombas continuas sobre el tejado, el viento hace chirriar las tejas, y la lona, hinchándose y deshinchándose, suena como el rozamiento de un élitro.

La madre y el hijo examinan el desván. Oyen al padre abriendo la puerta de entrada cuando una ráfaga levanta una bandada de lajas que caen por el paño del tejado. La madre se yergue en la cama. El viento precipitado por la abertura de la planta baja se desliza entre las tablas del suelo. Sienten las bocanadas de olor a noche removida por la tormenta, y cuando el rayo cae no muy lejos de Les Roches, sus huesos y las piedras vibran al unísono.

La madre aparta la sábana y la manta, bascula su cuerpo al borde del somier y pone los pies en el suelo cuando un largo mugido se eleva por encima de ellos, como si la tormenta extrajera su propia fuerza al desatarse, como si la densidad de la noche se lanzara al asalto de la casa, la atravesara de punta a punta, decidida a llevarse consigo Les Roches cuya techumbre deja escapar un crujido siniestro.

La madre atrapa al hijo del brazo para atraerlo hacia sí en el instante mismo en que cede el tejado, arrastrando una parte del desván. Una lluvia de cascotes cae sobre la cama y el entarimado, las lajas aterrizan en la tierra delante de la casa y la madre y el niño se precipitan hacia la planta baja con la cara manchada de escayola.

La lluvia atraviesa la estancia única desde la entrada abierta de par en par, impregna el suelo de hormigón y corre por debajo de la mesa. La madre conduce al hijo hasta el sofá, se da prisa en ir a cerrar la puerta cuando distingue al padre o, mejor dicho, su silueta inmóvil frente a la casa, con los brazos colgando, tan tieso como un palo de trinquete o como el capitán en el puente, azotado por las olas, de una carraca a punto de naufragar en medio de un mar embravecido.

Necesita unos instantes para caer en la cuenta de que es el padre el que está, derecho, empapado por el chaparrón, con la camiseta calada hasta los huesos de su enflaquecido torso,

corrugado, descalzo en medio de los añicos de las lajas. Un relámpago revela su rostro deshecho mirando hacia el techado, parpadeando bajo la lluvia que le llena los ojos.

La madre franquea el umbral, la lluvia baña su frente cuando mira en la misma dirección que el padre. Ve una sombra sobre el tejado, semejante a una gran ala de cuervo golpeando en la oscuridad; es la lona que, retenida en uno de sus ángulos, se hincha y se deshincha como un fuelle de forja, levantada por el viento. Cuando una nueva ráfaga la arranca de las tejas, se eleva pesadamente por encima de ellos antes de verse arrastrada hasta los arcanos de la noche.

Ella se fija ahora en el padre que sigue petrificado, con el blanco de sus ojos muy abiertos resaltando en medio de la penumbra. Amaga un movimiento hacia él pero cambia de opinión, retrocede hasta la casa y cierra la puerta. Se limpia la cara con una mano sin soltar con la otra el pomo de la puerta. El hijo está postrado en el sofá con las piernas replegadas hacia el torso. Ella va a sentarse junto a él y lo limpia con gesto tembloroso.

—Todo irá bien —dice—, todo irá bien. Todo irá bien.

Vuelve la mirada hacia la chimenea donde solo subsisten unas brasas ahogadas por las cenizas, y de repente siente el frío que reina en la estancia. Deposita varios troncos en el hogar, se acurruca contra el hijo al que cubre con una manta antes de estrecharlo en sus brazos. Las llamas no tardan en lamer la corteza, atizadas y sacudidas por el aire que penetra por el conducto. Una lumbre crepita enseguida, rabiosa, en el fogón.

Esperan ver al padre surgir de un momento a otro pero la puerta sigue cerrada, el padre no asoma, y mientras la tormenta va alejándose poco a poco y la calma reina de nuevo en la montaña, turbada solamente por el gemido apaciguado del viento, la cabeza del muchacho se vuelve pesada, fluctúa, se apoya en el brazo de la madre y él termina por dormirse, con una respiración corta y acompasada.

Ella se despierta sobresaltada a primera hora del día, consciente, antes incluso de abrir los ojos, de la presencia del padre

en la habitación. Está dormido, sentado a la mesa de la cocina, con la cara oculta en el pliegue de su brazo sobre el hule. El pelo, que no se ha cortado desde que llegó a Les Roches, se le pega al cráneo, la ropa sigue empapada y sus pies descalzos llenos de barro.

La madre se sienta en una esquina del sofá y echa la manta sobre el niño. Se levanta prudentemente, se acerca a la puerta de entrada y contempla a través de uno de los cristales de la ventana el paisaje inmóvil en medio de la luz cenicienta del alba. Lanza una última ojeada al padre, abre la puerta y sale.

Un aroma a barro asciende desde las praderas batidas por el chaparrón. El suelo está lleno de lajas, de cuñas enmohecidas, de herramientas caídas, de hojas, de ramas arrastradas y amontonadas por los vientos. La lona se ha quedado enganchada, toda desgarrada, en unas zarzas sobre las que reposa a una treintena de metros de distancia de la casa y la madre ve el agujero en el tejado, abierto por la tela asfáltica de un amarillo sucio, orgánico. Da la vuelta al edificio y se fija en lo que queda de la huerta, enterrada bajo una capa de lodo que ha resbalado desde el peralte del terreno. Cuando está a punto de entrar de nuevo en la casa, descubre al padre detrás de ella. Se ha calzado y se ha cambiado de camiseta. Una barba hirsuta le come la parte inferior de la cara. Unas ojeras le hunden los ojos, que el cansancio hace brillar extrañamente.

—Lo siento —dice ella.

—No —contesta el padre—, no lo sientes.

—Tenemos que irnos. No podemos quedarnos aquí en semejantes condiciones.

—No abandonaré Les Roches en este estado.

—Pero ¿no te das cuenta de que esto se ha acabado? ¿Que no se puede esperar ya nada de este sitio?

El padre se lleva un cigarrillo a los labios y muerde con rabia el filtro.

—Creo que no eres consciente de todo lo que me ha costado —dice—. Creo que no entiendes los esfuerzos, las concesiones, el compromiso personal que este lugar ha supuesto para mí.

—Sí lo sé, por supuesto.

—Realmente tengo la impresión de que te esfuerzas por hacernos la vida imposible. Por hacerme la vida imposible. ¿No puedes hacer un esfuerzo, joder? ¿Aguantarte un poco? ¿Poner una pizca de buena voluntad?

—Voy a tener un hijo, necesito que me vea un médico. Estoy embarazada de siete meses y ni siquiera me ha visto una comadrona. Es una locura. ¿Puedes entender tú eso? No tengo nada contra ti. Es que no puedo seguir aquí.

—No *quieres* seguir aquí. Nunca quisiste quedarte aquí. Ni por un momento deseaste de verdad darnos una pequeña oportunidad. Y haces todo lo que puedes para probarme que estoy equivocado, que no podemos volver atrás.

Él levanta hacia ella los dedos índice y corazón que sostienen el cigarrillo, acompaña cada una de sus frases con un gesto seco, sin dejar de ir y venir sobre sus pasos, y ella parpadea a cada movimiento de sus dedos.

—Solo piensas en ti y en el crío —ruge él—. ¿Crees que no me doy cuenta de que quieres excluirme de vuestra relación? Y ahora te sirves del bebé como pretexto.

—No es un pretexto, es una realidad, creo que tú...

—Ts-ts-ts-ts-ts —la interrumpe él, cortando el aire con el cigarrillo—. Deja de decir tonterías. Te comportas de forma totalmente egoísta. Nada más llegar aquí me diste a entender que no te convenía. ¿Quizá lo que pasa es que crees que Les Roches no es lo bastante bueno para ti?

—Pero ¿no ves que una tormenta acaba de arrancar la mitad del tejado de esta jodida casa? —dice ella con la voz rota por el llanto que la ahoga—. Que hace semanas que no hacemos más que sufrir: sufrir este encierro, tu presencia junto a nosotros, tu obsesión por este lugar. ¿Qué esperas de mí? ¿Que dé a luz a un niño en esta montaña?

—Espero solo un poco de respeto —chilla el padre en réplica, soltando un chorro de saliva—. ¡Un poco de puto respeto y de agradecimiento! Que dejes de pasarte el tiempo gimiendo y quejándote. Que entiendas que tienes exactamente lo que te mereces, ni más ni menos. Nadie más que yo estaría dispuesto a

ofrecerte nada, ¿me oyes?

La madre retrocede.

—¿Acaso crees que Tony habría querido a ese niño? —prosigue él—. ¿Que habría sacrificado su vida y su familia por ti? Vamos, vamos. ¿Conoces a muchos tipos dispuestos a acogerte y quedarse contigo sabiendo que el niño que llevas dentro es de otro?

—Hablas como si nos hubieras dado a elegir —dice la madre —. Pero tú sabes muy bien que esto no tiene nada que ver conmigo, ni con Tony, ni con el bebé. Siempre se trata de ti, desde el principio, de tu orgullo, de tu vanidad, de tu mala leche. No lo has hecho para reunirte con nosotros, para darnos una segunda oportunidad.

—¿Por qué me seguiste, entonces?

—¿Que por qué te seguí? ¿De verdad te lo preguntas? Pues te seguí porque tenía miedo. Te seguí porque me das miedo. Hasta tu propio hijo te tiene miedo.

El padre suelta una carcajada cortante.

—Mírate —dice la madre limpiándose la nariz con el dorso de la mano—. Estás desconocido. Es como si te estuviera devorando por dentro algo terrible, algo que te desborda y amenaza con acabar con todo.

—No dices más que chorradas.

—Déjanos marchar. Acompáñanos a la ciudad, por favor. Llévanos de vuelta a casa. Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por nuestro hijo.

El padre desvía la vista hacia la casa, arroja el cigarrillo al suelo y lo aplasta con la punta del pie.

—Nos iremos cuando yo lo estime oportuno —dice—. Déjame en paz, y ahora, fuera de mi vista. Tengo trabajo.

Dos semanas más tarde, cuando piensa que ha pasado tiempo suficiente para que él ya no sospeche que ella quiere irse de Les Roches, decide huir con el niño.

El padre ha remendado la lona con cinta aislante y ha vuelto a colocarla como ha podido sobre la techumbre para colmatar la

brecha pero el dormitorio que ocupaban la madre y él sigue cerrado, con las placas de escayola del desván caídas sobre la cama, y él vuelve a pasar las noches en el sofá mientras la madre y el hijo comparten el otro dormitorio en el piso de arriba.

Cada noche, ella acecha sus movimientos en la planta baja: el instante en que pasa por la puerta, la luz que se filtra por los intersticios del entarimado, el sonido mate de sus pasos yendo del fregadero a la mesa, de la mesa al sofá, su peso al dejarse caer en el asiento de terciopelo del viejo sillón, el olor al humo de los cigarrillos que fuma uno tras otro mientras mira cómo arde la lumbre hasta que se apodera de él el sueño, hasta el olor a su sudor, ese olor a fiera que ahora va dejando por todas partes.

Aprovecha que está sola con el hijo para decirle que se marcharán esa misma noche en cuanto el padre se quede dormido. Dice que no se llevarán nada. Prepararán la ropa antes de ir a acostarse. Dice al muchacho que podrá descansar unas horas, que tendrá que intentar dormir porque la caminata será larga y que cuando lo despierte tendrán que vestirse sin hablar, lo más silenciosamente posible para no alertar al padre.

Le enseña la mochila que ha preparado, en la que ha metido las cantimploras llenas de agua, un paquete de biscotes, dos jerséis más, la llave del Citroën y una linterna.

Ella le explica al hijo que tendrán que encontrar el camino que tomaron a la ida, que no será fácil en la oscuridad, pero que ese camino los llevará hasta el BX. Esperemos que arranque, dice la madre, si no, seguirán a pie el tiempo que haga falta hasta la primera casa, sin duda una de esas granjas cuyos edificios austeros vieron en su ascensión.

De lo que sucederá después, ella no le dice nada, pero el hijo lo adivina. De momento hay que descansar, coger fuerzas, sobre todo no olvidarse de no hacer el menor ruido cuando llegue la hora.

Por la noche, se acuestan juntos en el dormitorio del hijo, con la ropa y la mochila preparadas a los pies de la cama. Se quedan

mirando el techo mientras sienten la calma amenazadora de la casa aún mayor debido a la espera del retorno del padre a quien imaginan deambulado por los aledaños de Les Roches en medio de la noche. ¿Dedicado a qué misteriosas ocupaciones? No saben nada, puesto que no ha empezado a arreglar el tejado después de la tormenta, ni siquiera ha recogido las lajas rotas por el suelo. Se conforma con ir y venir, encerrado en su silencio atrabiliario, murmurando en su barba de donde emergen la brasa de un cigarrillo masticado y el blanco de sus ojos extraviados, soliloquiando el día entero.

El niño está convencido de que no va a poder conciliar el sueño de tan perceptible que le resulta la aprensión de la madre, con sus propios miembros recorridos por pequeñas descargas eléctricas y su corazón latiendo con fuerza en la estrecha caja de su torso. Pero a fuerza de prestar atención a los ruidos que lo rodean, acaba por cerrar los ojos y no percibe nada de las horas de sueño durante las que la madre permanece despierta junto a él, con todos los sentidos alerta, plenamente consciente de la presencia del muchacho a su lado y de la del bebé en su seno, de su dependencia de ella, de su vulnerabilidad.

Cuando despierta al hijo hacia las dos de la mañana, poniendo un dedo cruzado sobre sus labios, él cree que apenas ha cerrado un poco los ojos. Inmediatamente le vienen a la cabeza las consignas de la madre y el miedo vuelve a atenazarle la garganta.

Se visten encima del colchón, salen prudentemente del cuarto, se detienen en cuanto cruje un poco el suelo bajo su peso. Al llegar a la escalera, la madre hace una señal al hijo para que espere. Baja la primera, pone sumo cuidado en colocar el pie en el borde de cada peldaño, hasta que le basta con agacharse para ver la habitación de la planta baja envuelta en penumbra.

El padre está dormido en el sillón, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. La madre levanta la cara hacia el niño, le hace un gesto para que baje y guía sus pies a medida que desciende hacia ella.

Lo aúpa antes de que llegue a los últimos peldaños, lo

deposita en el suelo a su lado, y mientras ella coge los zapatos de ambos, el hijo permanece tetanizado al pie de la escalera, con la mirada clavada en el padre cuya cara, más demacrada a la luz de las llamas, resulta irreconocible, con el perfil derecho absorbido por la oscuridad, la nuez más prominente que de costumbre encima de la tráquea, como si la noche revelara parte de su verdadero rostro: un montón de huesos, de nervios, de protuberancias cartilaginosas.

La madre toca el brazo del hijo, le indica que avance hacia la puerta, pero mientras cruzan los metros que separan la escalera de la entrada un tronco consumido cae al fondo de la chimenea. Ella atrae al hijo hacia sí y le tapa la boca con la mano en el instante en que el padre da un respingo en el sillón. Abre los ojos, murmura algo ininteligible, luego los cierra y vuelve a dormirse. La madre y el niño no se mueven, con los cuerpos en suspensión, hasta que un nuevo ronquido levanta la barba del padre. Ella retira la mano de la boca del hijo y lo insta a que siga avanzando. Abren la puerta, ninguna corriente de aire penetra en la estancia; es una noche fría y sin viento.

Ella cierra la puerta tras de sí con las últimas precauciones, se ponen el calzado de marcha y se alejan en el claroscuro de una luna jorobada que les permite rodear la casa y adentrarse por el camino empinado sin necesidad de la linterna. Cuando se hallan lo bastante lejos, ella apunta delante de ellos con el haz luminoso que alumbra la hierba negra, las depresiones embarradas, las rocas, los troncos viscosos, y saca a la luz las profundidades orgánicas, viscerales de la montaña.

Pero a la madre le cuesta andar. Le pide al hijo que vaya más despacio mientras llegan a las praderas, cubiertas de bruma el día de su llegada a Les Roches, ahora barnizadas por la tenue claridad de la luna, sin límites distinguibles. Ella se detiene para recobrar el aliento. Unos insectos aparecen y desaparecen en el haz de la linterna y ella se queda absorbida un instante por la contemplación de su vuelo frenético, consciente de la paz de la noche, de su rumor ensordecido.

No le cuenta al niño nada de su malestar físico, que se apodera de ella, del dolor difuso de su vientre, ni de la impresión de haberse precipitado con él en una oscuridad insondable. Reanudan su progresión en medio de la hierba húmeda que les empapa las zapatillas y los bajos de los pantalones, atraviesan corrientes de aire almibarado portando el inmemorial aroma a podredumbre vegetal del sotobosque. A medida que se acercan, la foresta se presenta ante ellos erguida como un contrafuerte umbrío, con el ramaje arbóreo modelado por sombras azules, por un follaje profundo e inmóvil que el espectro de la linterna no consigue penetrar.

Siguen el surco hondo de una senda herbosa, se adentran en la noche más frondosa del bosque. La madre se detiene, barre los alrededores con la linterna, iluminando troncos idénticos, helechos lívidos. Su recuerdo de la ascensión se ha esfumado y la oscuridad hace irreconocible la topografía de la zona; deciden seguir vagando al azar, guiados por el desnivel del terreno y el refuerzo del camino.

—Mamá —dice el hijo.

Le indica con el dedo, en la parte baja del sendero, la fuente de la que bebieron el día de su ascensión, bajo el tocón seco de un árbol muerto. Se acercan y la linterna sondea el fondo del agua translúcida, hace huir a las larvas de salamandra, que desaparecen como un relámpago bajo las hojas muertas que tapizan el lecho de la fuente.

Reanudan la marcha y el niño abre el camino cuando la madre nota un líquido caliente brotando de ella, escurriéndose por su muslo. Una angustia la atraviesa, siente una sacudida en el esternón, una descarga la recorre hasta la última falange de sus dedos. Se para, titubea, se pone la linterna entre los dientes para liberar las manos.

Se levanta la parka, se desabrocha los primeros botones del vaquero, desliza una mano hasta su sexo y la levanta hasta el haz de la linterna, descubriendo sus dedos enrojecidos por una sangre clara. El hijo se da la vuelta y ella se limpia rápidamente la mano

en el muslo mientras él asciende en su dirección. Ella lanza una mirada sendero arriba y luego sendero abajo, intenta canalizar las ideas que le vienen a la cabeza y le martillean el cráneo —los itinerarios, las alternativas, las amenazas y las incertidumbres—. Un dolor le horada de nuevo el vientre y la obliga a apoyarse en el borde terroso del camino.

Cuando llega el chico, ella le coge las manos y lo conmina a que se agache ante ella. Le dice que escuche atentamente. Le dice que le habría gustado abandonar la montaña con él pero que no se encuentra bien y que tienen que renunciar a seguir adelante. También le dice que no es nada grave, que acabará por convencer al padre de la necesidad de irse de la montaña, pero que ahora el muchacho tiene que volver a Les Roches para prevenirlo y pedirle ayuda, porque ella no podrá recorrer de nuevo toda esa distancia sola.

—¿Sabrás encontrar el camino? ¿Has entendido bien lo que te he pedido?

El hijo asiente.

—Entonces ve a buscar a tu padre. Coge la linterna y ve a buscar a tu padre.

El niño coge la linterna y se aleja. Más arriba, en el camino, se detiene para mirar una vez más el cuerpo encogido de la madre que ya no es más que una sombra entre las sombras, luego desaparece en la noche.

La encuentran adormilada en el lugar donde la había dejado el hijo, con la capucha de la parka cubriéndole la cabeza y los labios azulados por el frío húmedo del sotobosque.

El padre se agacha junto a ella y le pone una mano en la espalda. Ella se despierta, lo mira, mira al muchacho que permanece en la encrucijada del camino. El hombre la ayuda a levantarse, a poner un brazo por encima de sus hombros para que se apoye en él y la sostiene con una mano en el costado.

Mientras reanudan la marcha hacia Les Roches, avanzando pesadamente, con paso tambaleante, él le dice que ha corrido un

riesgo inconsiderado al decidir marcharse sin mediar palabra con el hijo en plena noche, en su estado, que ha dado muestras de una especie de inconsciencia, poniendo en peligro no solo su vida y la del hijo que espera sino también la del muchacho al dejarlo solo, que se ha mostrado como una auténtica irresponsable, una vez más, una vez de más, indigna de la confianza que él había depositado en ella.

—Solo puedes reprochártelo a ti misma.

Le habla con voz serena, casi susurrada al oído, inaudible para el hijo que camina delante de ellos, ahora muerto de cansancio, una voz tan desaprobadora y sin embargo indulgente como si estuviera sermoneando a una niña pequeña, a una enferma nada dócil a los cuidados que se le prodigan, y la madre se calla mientras el padre la lleva a Les Roches, bajo los primeros rayos azulados del día.

Cuando llegan a la casa, él la ayuda a subir al piso de arriba, a desvestirse, a sentarse en el borde del colchón del dormitorio del hijo. Le cubre los hombros con una manta. Ella se queda sentada bajo la atenta mirada del hijo, temblando, silenciosa, con la cara bajada hacia sus palmas abiertas.

El padre se ausenta para ir a buscar una palangana de agua caliente y una manopla de felpa con la que frota el rostro de la madre, el cuello, las manos, la sangre ennegrecida de sus muslos.

—Tengo que ir a que me vea un médico —dice la madre una vez más, pero ahora ya con voz apagada, resignada; una constatación desengañada, formulada para sí misma.

—Sabes bien que es imposible —contesta pacientemente el padre—. Mírate. Ya no podemos irnos de aquí.

Él acomete cada uno de sus gestos con una dulzura meticulosa, moja la manopla, la escurre, coge el brazo por la muñeca, lo levanta, estira el codo, los dedos uno a uno, frota la piel macilenta, la línea de la vida llena de tierra en la palma de la mano, vuelve a meter el guante hasta el fondo del agua caliente.

La madre no responde, no esboza ni un gesto, dócil a las abluciones del padre. Él le aconseja que se tumbe de costado, ella se deja colocar de lado y él le ajusta la ropa de la cama con

idéntico cuidado, como si acariciara a un animal recalcitrante, por fin sometido a su autoridad, al que quiere transmitir mediante caricias y atenciones que le perdona sus desaires.

Ella cierra los ojos y se queda dormida, se retira a esas profundidades consoladoras donde el mundo se disuelve, y no nota los dedos que el padre le pasa por la sien ni el beso que le da luego.

El padre pide al hijo que deje sola a la madre. Dormirá en el sofá y él en el sillón. Cuando el niño se acuesta, lo avisa: para que no pierda el bebé, a partir de ahora tiene que quedarse en la cama y cuidarse mucho. El muchacho le implora a su vez que la lleve a ver a un doctor que la cure y que se ocupe del recién nacido, pero el padre sacude la cabeza, le asegura que es imposible intentar ir a la ciudad; que la caminata podría resultar fatal para ambos.

—Tiene que recuperar fuerzas y todo irá bien. Duérmete ahora, estamos juntos, no puede sucedernos nada.

Ella deriva hacia una languidez doliente, solo sale del colchón para agacharse sobre un cubo que el padre le ha puesto a modo de orinal. Pasa del sueño a la vigilia sin estar muy segura de poder distinguir el uno de la otra, las impresiones de su malestar la persiguen hasta en sueños donde se repiten indefinidamente las mismas huidas a través de bosques profundos y hostiles, la misma tierra negra que se hunde a cada uno de sus pasos, la certeza de que está dándole caza algo indecible, las visiones de fosas llenas de niños muertos en las que tiene que excavar con sus propias manos para buscar a los suyos.

Cuando se despierta, lo hace agarrada a las sábanas para evitar una caída vertiginosa, empapada en sudor, con la cabeza machacada por la fiebre. Una sensación de irrealidad se traspasa del mundo de los sueños al espacio cerrado del cuarto, liquidifica las luces, distorsiona formas y sonidos.

Al día siguiente de su retorno a Les Roches, cuando el hijo le hace una visita y se acuesta a su lado, ella le promete una vez más que se marcharán en cuanto nazca el niño y ella recupere las fuerzas. Luego, devorada por la fiebre y la angustia que la atenaza,

no le dice nada más.

Durante los días siguientes el padre sigue llevándole agua, boles de sopa de sobre que le da entreabriéndole la boca con la cuchara. Sube y baja las escaleras con paso pesado, cambia y lava las sábanas, las cuelga en una cuerda de tender delante de la chimenea donde se impregnan de olor a ceniza, coge el cubo de los excrementos que vacía arrojando el contenido a la hierba alta enfrente de la casa.

Mantiene al hijo a distancia, no le deja pasar mucho tiempo con ella, con el pretexto de que necesita tranquilidad y reposo; el niño permanece atento, desde la planta baja, a cualquier indicio de la presencia de la madre en el dormitorio, sus suspiros, el ruido ahogado de su cuerpo bajo las sábanas, sus pasos desnudos sobre el entarimado cuando se levanta.

Tampoco pierde de vista al padre, busca entender y prevenir sus sospechosas deambulaciones, sus idas y venidas al piso de arriba, su comportamiento errático, ese silencio amenazante interrumpido por gestos bruscos, exclamaciones pronunciadas en voz baja, como si prosiguiera un incansable debate interior.

Cuando le pide al muchacho que lo acompañe al cobertizo para ayudarlo a transportar leña, le señala una gran caja de cartón en la que están apilados envases de leche maternizada en polvo, biberones, pañales, una canastilla de segunda mano, y el hijo entiende confusamente que el padre nunca contempló la posibilidad de volver a la ciudad antes de que naciera la criatura, que las provisiones que trajo a Les Roches antes de su llegada no eran para quedarse un solo verano, sino por un tiempo indefinido, varios meses, un año, puede que más, y que el candado colocado en la puerta que siempre cierra celosamente no tiene por finalidad prevenir el saqueo improbable de sus reservas sino más bien impedirles que entren, la madre y él, y comprendan demasiado pronto sus intenciones.

Una semana después de su intento de huida de Les Roches, la

madre se despierta con la sensación de que una sombra se abalanza sobre ella.

Por la mañana, cuando el padre sube a la planta de arriba y entra en el cuarto, la halla inmóvil, con la cara lívida y deformada sobre la almohada, las piernas enredadas en las sábanas empapadas de sangre que van ennegreciendo ya en parte y de donde asciende un olor a hojalata. Sus ojos velados están clavados en el gris del cielo, más allá de la lumbrera.

Junto a ella, en un repliegue de la manta, reposa el bebé al que ha dado a luz durante la noche en el más absoluto silencio, como una presa mortalmente herida pare su progenitura sabiendo que no sobrevivirá, y el recién nacido es una cosita color púrpura, toda pegajosa de mucosidades, también ella inanimada y silenciosa.

Las piernas le flaquean al padre. Cae de rodillas junto al colchón, coge el rostro de la madre entre sus manos, le quita una mecha de cabello pegada a su frente y le suplica que vuelva, que no le haga eso, que no lo abandone. La sacude, une sus labios con los de ella, entrechocándose los dientes de ambos, para insuflarle un aire que la garganta obstruida rehúsa.

Aprieta en vano sus manos juntas sobre el pecho de la madre para relanzar la mecánica enfriada del corazón. La endereza y la abraza, le besa la sien, rígida, y le acaricia la mejilla. Le pide perdón, perdón, perdón. Le promete que irán a la ciudad, que abandonarán Les Roches, que reducirá ese lugar a cenizas si hace falta, si eso es lo que pide ella como contrapartida de su resurrección, pero ella le opone toda la resistencia de sus restos mortales, huecos, triviales, desertados.

Se da cuenta de que el puño del recién nacido aprieta el repliegue de la manta, nicho frágil que la madre le ha preparado seguramente antes de apagarse, arrebatada por la hemorragia, vaciada de su sangre sin proferir una palabra, en la cámara oscura de una casucha con la techumbre reventada en el corazón de una montaña devastada.

La carita se contrae, la minúscula boca púrpura, también

silenciosa, se abre dejando ver unas encías rosas y busca el pecho que la amamante. El padre, asombrado, deja a la madre encima de la sábana. Coge al bebé, al que levanta frente a sí con sus temblorosas manos y que se lo queda mirando con sus ojitos gris claro sin emitir más sonido que el de una respiración apenas audible.

Él extrae la navaja de su bolsillo, la abre y corta el cordón umbilical, luego busca a tientas una tela por el suelo, faja al recién nacido, lo estrecha contra su torso y se levanta.

Cuando se da la vuelta, descubre al hijo en el umbral del cuarto, con la mirada clavada en la sábana ensangrentada que cubre a medias el cuerpo de la madre. Sale del dormitorio y cierra la puerta tras de sí, se pasa una mano por la cara para enjugarse las lágrimas, los mocos que se le han quedado enganchados en la barba, luego descubre el cráneo pegajoso del recién nacido para enseñárselo al hijo.

Con la voz entrecortada por los sollozos, dice:

—Es una niña.

Aunque ha nacido antes de tiempo, la pequeña sobrevive, alimentada a base de leche maternizada por el padre que la guarda celosamente contra su torso para darle calor, envuelta en mantas, y él se queda durante horas sentado en el sillón junto a la lumbre, acunándola con un balanceo descompensado.

No la nombra, y la recién nacida, quizá porque ha heredado de la madre la presciencia de la amenaza que representa el padre y de lo caro que ha sido el precio de su existencia, solo llora de manera prácticamente inaudible cuando el hambre la azuza pero, eso sí, mama el biberón con una avidez concienzuda, con un apetito feroz.

A veces, durante el sueño, agarra uno de los dedos del padre y lo aprieta con fuerza; el hombre contempla la manita translúcida de largas uñas presionando su falange y, llorando, con las lágrimas absorbidas por la ropita de la niña contra la que estallan, le promete honrar la memoria de la madre y ocuparse de ella.

El hijo se queda todo el día postrado en la parte baja de la escalera, en el primer peldaño, al acecho del piso de arriba cuya entrada le ha prohibido el padre, a la espera de una señal de la madre que desmienta la visión del cuerpo apercibido a medias entre las sábanas escarlata, pero la casa permanece sumida en un silencio lúgubre que el padre rompe por momentos, como si reanudara una conversación interrumpida un instante antes, dirigiéndose a ratos al hijo, a sí mismo, al espectro de su padre.

El mutismo que el bebé le opone acaba por pesar sobre él como una acusación, una admonición.

Los ojos grises lo miran fijamente sin pestañear.

—¿Qué quieres de mí? —chilla de repente—. ¿No puedes comportarte normalmente, como cualquier crío? ¡Joder!

La recién nacida se sobresalta entre sus manos pero no emite ningún grito y el padre la abandona envuelta en su pañal para esquivar su mirada, dando un portazo tal al salir de la casa que se agrieta el marco.

La presencia del cuerpo de la madre en el dormitorio pesa sobre ellos noche y día como un sortilegio.

Si la ha dejado ahí, piensa el hijo, ¿no quiere decir que aún vive, de una manera u otra? ¿No necesita nada? ¿Qué hace durante todo el día, durante toda la noche? ¿No pensará que él la ha abandonado? ¿No llora la ausencia del hijo que le han sustraído?

En ausencia del padre, el hijo se aventura a subir al piso de arriba, pero al llegar al rellano, lo sacude de lleno un relente ácido, reconocible entre mil. El intersticio bajo la puerta ha sido sellado con trapos y toallas a modo de burletes por el padre, y la única cerradura que hay deja filtrar la luz que un cuerpo metálico obstaculiza y luego obstruye. El hijo ve una mosca azul escapándose del agujero —una «mosca de carne», decía la madre cuando una de ellas probablemente nacida en un contenedor de basura penetraba en la cocina de la casa del barrio obrero y se golpeaba contra los cristales de las ventanas— que cae de espaldas y zumba un instante en el suelo, describiendo círculos antes de inmovilizarse. Le vienen a la cabeza imágenes de carroñas

encontradas en el bosque —pieles irreconocibles, exageradamente hinchadas, cubiertas de legiones de gusanos—, y sale corriendo escaleras abajo inmediatamente.

Ya no se alimentan más que de latas de conserva que el padre pone en unos platos sucios sin molestarse siquiera en calentarlas. La vajilla se amontona en medio de envases metálicos llenos de colillas sobre el hule manchado de líquidos derramados, repleto de desperdicios desparramados. Él apenas prueba la comida, se sienta frente al hijo, que se esfuerza en comer por miedo a las represalias, y fuma con gestos intercalados de sobresaltos.

Sus ojos están circunvalados por unas ojeras profundas, su rostro más terriblemente enjuto aún. Se desplaza con los hombros encorvados, presa de unos movimientos bruscos, con la brasa de sus cigarrillos enrojeciendo su cara parda de tanta suciedad.

Ahora pasa largas horas sentado en una silla frente a la puerta acristalada, con el revólver encima del muslo. Con la punta de su navaja se afana en cortarse las pieles muertas de las manos, en sacarse las astillas clavadas en los dedos. Se limpia en el pantalón el icor que extrae de las heridas reabiertas.

—Vendrán —dice al hijo—, acabarán por venir.

—¿Quiénes? —pregunta el niño.

El padre esboza un gesto de desprecio.

—El agente de la función pública. Los de la ciudad. Puede que hasta el hijo de puta de Tony.

Una noche, el grupo electrógeno deja oír tras el muro de piedra algo parecido a un ataque de tos seguido de unos sobresaltos mecánicos; la luz de la bombilla desnuda vacila en el techo de la habitación única de la planta baja, luego se apaga, dejando Les Roches a oscuras. En el hogar, las cenizas han ahogado las brasas.

El padre sale a inspeccionar la instalación. Un humo acre se escapa del cobertizo que tiene que airear antes de poder poner un pie en él. Preocupado por el olor, el hijo se reúne con él sin franquear el umbral del trastero. Agachado, con la carcasa de una

linterna sostenida entre las mandíbulas, el padre constata que el generador, cuyo bloque de seguridad había retirado para incrementar la potencia del grupo, se ha quemado y es irrecuperable.

El cartílago de sus rodillas cruje cuando se apoya en el muslo para levantarse. Se lame los dientes mientras contempla fijamente la máquina humeante. Cuando está a punto de salir, su mirada se cruza con una maza cuyo mango reposa contra la pared. Deja la linterna sobre el montón de leña, coge la herramienta, retrocede y golpea con ella el grupo electrógeno, con un estertor expulsado desde su torso seco a cada mazazo, que se agrega al estruendo del metal.

Disloca el cárter, hace añicos el depósito que se vacía sobre el suelo, la gasolina le salpica la cara, la cabeza metálica hiende la culata, suelta la correa. El padre no se detiene, excitado, hasta que el corazón de la máquina queda definitivamente deshuesado, aniquilado. De repente parece recobrar la calma, suelta la maza que cae a sus pies en medio del polvo y recupera la linterna antes de salir. Al primer mazazo, el hijo ha salido huyendo a la casa y, con la hermana estrechada contra sí, se ha refugiado bajo la escalera en un rincón oscuro.

Unos días después, él está sentado frente al muchacho a la supuesta hora de cenar. La linterna colgada de una vigueta mediante una cuerda proyecta sobre sus frentes un círculo de luz blanca que traza remolinos perezosamente al dictado de las corrientes de aire. El padre ha puesto el revólver delante de él en la mesa y mira al hijo mientras este se lleva a los labios pequeños bocados que mastica con dificultad. La cara del niño está macilenta, y la luz en picado de la linterna acentúa sus mejillas hundidas. Él no para de subirse el pantalón por encima de las caderas. Ya no se lava, tiene el pelo, que le ha crecido mucho desde que llegaron a Les Roches, grasiento y todo enredado; la suciedad vuelve grises los pliegues de su cuello, de sus brazos, de sus muñecas. El padre coge el revólver por la culata y apunta al muchacho.

El hijo deja el tenedor y se queda quieto, mirándolo, con los ojos muy abiertos, y el cañón del revólver tiembla tanto frente a su cara que el padre tiene que ayudarse con la mano izquierda para lograr estabilizarlo. Pero de repente pierde las fuerzas, se le caen los brazos, se le contrae el rostro en una mueca espantosa y profiere un largo rugido desesperado antes de barrer la mesa de un manotazo, estrellando en el suelo platos, cubiertos y restos enmohecidos de comida. Vacía el cargador del revólver, sacando las tres balas que había metido antes, una para el hijo, otra para la recién nacida, otra para él, luego se levanta y va a guardar el arma en el cajón del viejo aparador del cobertizo.

Pronto, los restos mortales de la madre infestan la casa con un hedor de matadero. Las moscas han llegado hasta la planta baja, se aglutinan en las ventanas, en las vigas, vuelan en batallones zumbadores y se pegan a la bombilla donde cagan.

Entonces, solo entonces, el padre decide enterrarla.

Reúne una pila de tablones, chillas, chapas, encontrados en el cobertizo y las ruinas de las dependencias contiguas. Los amontona delante de la casa, se pone a serrarlos, a cepillarlos, a juntarlos sobre dos caballetes hasta formar una especie de baúl rectangular muy tosco, de esencias y tintes discordantes, que luego lija con mucha paciencia, llenándose la cara y los brazos de serrín, en medio de un olor a madera pulverulenta, y solo cuando le ajusta una tapa el hijo entiende que ha fabricado un ataúd para la madre.

Él envuelve al bebé en unas gruesas mantas, pide al hijo que lo siga al cobertizo donde coge un pico y una pala antes de tender el mango de una de las herramientas al muchacho.

Avanzan a través de una niebla que sustrae el mundo a más de diez metros a la redonda, en dirección a una sombra que resulta ser la de un endrino de ramas retorcidas, azuladas por la parmelia y las bayas color púrpura, a cuyo pie el padre deposita a la recién nacida adormecida.

Camina alrededor del árbol, hunde en vertical el filo de la pala en varios sitios hasta encontrar una zona de tierra blanda, delimita un rectángulo de unos dos metros de largo por ochenta

centímetros de ancho y luego se pone a cavar.

Una lluvia fina empieza a caer de nuevo, pero el hijo permanece al descubierto junto a la fosa, con la ropa enseguida mojada. Mira al padre que extrae terrones negros que va depositando al borde del agujero y sobre cuyo corte se contorsionan trozos de lombrices.

El hombre cava con la misma tenacidad que cuando preparó la parcela para hacer la huerta, pero ahora sin ira, sin furor; cava con una obstinación devastada, desesperada, metódica, con los ojos clavados en el fondo del agujero que cada golpe asestado hace más profundo, más geométrico y más sombrío.

No presta atención ni al hijo ni a la recién nacida que dormita bajo las ramas azules del endrino de donde caen los frutos maduros que se quedan enganchados en los repliegues de las mantas y ruedan sobre la frente aterciopelada del bebé.

Después de horas de faena proseguida a golpe de pico, cuando el padre alcanza los estratos pedregosos con los que tropieza la punta de la herramienta y la tumba le llega ya a la altura del muslo, pone las manos en el borde del agujero, salta fuera y se deja caer boca arriba.

—No puedo más. No puedo cavar más —dice, sin que el hijo sepa si va dirigida a él la constatación.

Permanece tumbado junto a la fosa, con su flacura enfermiza, su rostro macilento de yacente, sus órbitas hundidas, como si lo hubieran vaciado de su sustancia y solo le quedaran los huesos.

Sus manos embarradas siguen sosteniendo el mango del pico apoyado en su pecho. Unas capas de bruma se disuelven en el cielo, abriéndose en las alturas de un azul calcedonia donde progresa lentamente la silueta fusiforme de un avión. No les llega ningún sonido, pero la visión del aparato constituye en sí el surgimiento insólito de una realidad paralela, la remanencia de ese mundo que han dejado atrás al ir a Les Roches y que parecía no existir ya.

Ellos lo siguen con la mirada mientras aparece y desaparece al antojo de los cúmulos hendidos por su carlinga oblonga,

resplandeciente, irreal, antes de perderse tras las cimas de las cumbres, dejando solo en su estela un rastro de condensación enseguida diluida en el firmamento.

El padre se apoya en el mango del pico para enderezarse, abandona la herramienta y se aleja.

—Espera aquí —dice al hijo sin volverse.

Solo frente a la tumba, el muchacho no puede dejar de acercarse para sondear el fondo, el charco ocre que se ha formado y que refleja su silueta inclinada, recortada en el azul del cielo.

A sus espaldas, la recién nacida se ha despertado, levanta las manos hacia la sombra borrosa de las ramas cuya vibración intenta asir. El muchacho se sienta a su lado y como ella devora el aire con la boca, él le acerca delicadamente el meñique a los labios. El bebé se traga la primera falange y la mastica, apaciguada.

Descansan envueltos en el perfume agridulce de las endrinas pisoteadas, se observan un buen rato, parecen reconocerse o reconocer en el otro la permanencia de la madre y, durante un tiempo suspendido, la montaña forma a su alrededor un marco favorable y dulce.

Luego vuelve el padre.

Ha cargado y cinchado el féretro encima de la carretilla. El chico se levanta, lo observa avanzando con dificultad hacia ellos. La rueda tropieza con las piedras y el ataúd amenaza con caerse ora a la izquierda, ora a la derecha. El padre, una vez junto a la tumba, suelta la cincha y, a costa de una fastidiosa maniobra, consigue que bascule el féretro, que sujeta por la parte superior. Lo deposita al borde de la fosa y cae rendido. Al olor de los frutos demasiado maduros del endrino, se mezcla el perfume ácido y melifluo que desprenden las planchas dispares de la caja. El padre permanece con las manos en el suelo presa de violentas náuseas, hasta que un hilo de bilis amarilla se escurre de sus labios y va a parar a la hierba.

Se limpia la boca, jadeante, baja a la fosa y ordena al hijo que empuje el féretro hacia él. Al principio el niño no puede hacer un solo gesto pero el padre señala el ataúd con una mano imperiosa,

de uñas largas y sucias. El hijo obedece, empuja con todas sus fuerzas para conseguir que se deslice por la hierba gruesa, hasta el reborde embarrado de la tumba donde le derrapan los pies. Cuando oscila el ataúd, él siente la masa tiesa del cadáver de la madre golpeando contra el tabique de madera. El padre lo coge de una esquina, soporta el peso antes de que se le escape y acabe roto en el fondo de la fosa, y brotan de su interior unos chorros de agua amarilla que le salpican el rostro.

Sale del agujero con mucho esfuerzo, vuelve a coger la pala y la hunde en el montón de tierra mojada, pero el hijo se abalanza y se interpone entre él y el cuerpo de la madre. Grita a pleno pulmón que la deje en paz, que no se acerque a ella. Jura que lo odia y que querría que fuera él el muerto en el fondo de esa tumba, en esa caja. Le pega puñetazos con todas sus fuerzas, en el vientre, en el torso, en los brazos, y el padre aguanta, impasible, cansado o decidido, esos golpes amortiguados por el tejido de su ropa que la lluvia ha empapado. El hijo acaba por agotarse, no teniendo ya para matarlo más que su mirada anegada de lágrimas, tumefacta de ira y desesperación.

—Puedes odiarme todo lo que quieras —dice el padre—, pero es demasiado tarde. Lo que hay en ese ataúd, en el fondo de ese agujero, ya no es ella. Es todo menos ella.

Vuelve a plantar el filo de la pala en el montón de tierra, arroja la primera palada a la sombra de la fosa donde cae sobre la tapa de madera con un ruido de desprendimiento, y el hijo, ahora impotente, lo contempla llenando la tumba, soterrando los restos mortales en la oscuridad mineral del vientre de la montaña.

Y cuando el padre acaba de colmarla, cuando como único rastro de la existencia de la madre solo queda un rectángulo de tierra removida sobre el que pronto recobrará la pradera sus imperiosos deseos, sin ni siquiera una cruz fabricada con dos ramas y plantada sesgadamente sobre el túmulo negro para señalar el emplazamiento, enciende él un cigarrillo y dice:

—Venga, ahora volvamos a casa.

Arrastra su funesta carcasa en dirección a Les Roches, y el hijo, que ha dejado de llorar, coge a su hermana en brazos, mira

por última vez la tumba y echa a andar tras él.

Como si fuera posible que la vida continuara sin la madre, como si el padre esperara del hijo que ocupara su lugar junto a su propio genitor, este retoma y ejecuta los gestos cotidianos de siempre en Les Roches —antes de que su realidad se dislocara y estallara en pedazos—, reanuda esa cotidianeidad punzante, ese encantamiento, esas jornadas vacías de todo, llenas de la presencia magnética de la montaña.

Después de arrojar fuera de la casa el colchón y las sábanas marcadas como un sudario con una huella negra, los rocía con gasolina y les prende fuego. Una humareda grasienta infesta Les Roches a medida que el camastro consumido desvela los muelles y la espuma crepitante de sus entrañas. Él se mantiene derecho frente a la hoguera que reaviva gracias a un chorro de gasolina, con rostro carente de expresión y la mirada clavada en las llamas, y cuando por fin se da la vuelta, es para ir a cortar leña y depositarla en el cobertizo.

Siguen unos días de lenta deriva otoñal, de claridad grisácea, de horas indistintas; albas y crepúsculos se suceden en una variación lumínica monocroma bajo una llovizna continua y la montaña ocultada cada mañana por una mortaja de bruma.

El hijo se repliega en compañía de la recién nacida. La alimenta, le cambia los pañales, la mece, dispuesto a adelantarse a cada una de sus necesidades con el fin de mantener a distancia al padre que los vigila de soslayo, ora con una mirada inexpresiva como si su cuerpo se encontrara ahí pero desertado, ora con aire alucinado.

El muchacho vuelve cada día a la tumba de la madre donde las lluvias y las noches húmedas han apelmazado la tierra. Ya la hierba cortada y aplastada por la pala ha vuelto a emerger a la superficie en forma de brotes pálidos. El hijo lleva las piedras en otro tiempo extraídas por el padre de la parcela de la huerta, las dispone encima de la tumba a modo de sepulcro irrisorio sobre el que deposita una infinidad de flores silvestres tardías, cardos,

ásteres y dedaleras de corolas secas que crujen suavemente cuando una brisa suave atraviesa la pradera.

Tal como vio a la madre hacerlo, reúne a escondidas en un pequeño fardo, un hatillo de bebé que disimula debajo del sofá cuando el padre le da la espalda: unas latas de conserva, leche maternizada, una linterna, una manta isotérmica, algún que otro cachivache y una camiseta de la madre que ha conservado su olor. Espera, tan tetanizado por la tormentosa presencia del padre como por la perspectiva de fracasar a su vez, pero unas semanas después de la inhumación de la madre, cuando ve al hombre cargando bidones en la carreta para ir a buscar agua, el niño sabe que tiene que aprovechar la oportunidad.

Presta atención al sonido del plástico al chocar con la chapa, al chasquido regular de la rueda sobre su eje mientras el hombre se aleja por el repecho bordeado de ortigas a cuya cuneta lanza un escupitajo denso después de un fuerte carraspeo, y en cuanto se atenúa el ruido, el hijo da un salto hacia el sofá, se tumba boca abajo en el suelo de cemento para sacar todo lo que había escondido antes y lo mete en una mochila.

Sale de la casa y se dirige al cobertizo. Desde su llegada a Les Roches, ha visto a menudo al padre abrir el candado con combinación, disimular el mecanismo ínfimo de las rueditas dentadas bajo su pulgar y darle vueltas de nuevo antes de dejar colgando encima del cerrojo el candado cuyo arco, frío, fulgura a la luz. El hijo ha memorizado con seguridad la repetición de las primeras cifras entrevistas a su paso. Ahora busca con gestos febriles la combinación de las dos últimas, lanza ojeadas por encima del hombro por temor a ver al padre surgir en cualquier momento, pero el candado se resiste entre sus dedos abotagados por el miedo, no libera ninguna clave, y las rueditas giran en balde sobre su eje.

El niño se fija en el pico utilizado por el padre para cavar la tumba de la madre, abandonado entre la hierba. Lo arrastra hasta el cobertizo, intenta levantarlo a pulso, pero la cabeza de la

herramienta, demasiado pesada, cae a sus pies y la punta se hunde en la tierra blanda. Lo coge de nuevo desde más arriba, con el mango apoyado entre el costado y el hueso pélvico, y lo lanza varias veces contra el candado. El pico se desvía siempre de su trayectoria, araña la puerta de madera, apenas roza el cerrojo metálico. Los brazos del muchacho tiemblan de tanto esfuerzo, su respiración se vuelve entrecortada. Deja la herramienta un momento a sus pies, a punto de renunciar, antes de volver a levantarla con un impulso redoblado y lanzarla de nuevo con un grito de rabia. La punta golpea esta vez en el candado que se suelta de la puerta.

El hijo deja caer el pico, agarra el cerrojo con ambas manos. Con un pie apoyado en la puerta, tira con todas sus fuerzas hasta arrancar el pestillo y el esfuerzo lo lanza por tierra. Se levanta de un brinco, se precipita al interior del cobertizo hacia los cajones del viejo aparador, vacía el contenido. Las tres balas ruedan por el suelo en medio de un batiburrillo, pero el revólver no se encuentra en ninguno de ellos. El niño las recoge, las contempla en la palma de su mano y está a punto de renunciar cuando ve el trozo de tela manchado sobresaliendo de una de las estanterías superiores del mueble. Se guarda las balas en uno de los bolsillos, se aúpa al aparador, pone un pie en el espacio vacío del cajón y se alza a pulso hasta coger el tejido con la punta de los dedos. El paquete cae al suelo, desvela el revólver que ahora descansa, pesado y mate, en medio del polvo. El hijo baja del aparador, se apodera del arma y vuelve a la casa.

La recién nacida se ha despertado en el hueco de la camita que él le ha preparado en una caja de manzanas. Ella lo mira con ojos tranquilos mientras él mete el revólver en la mochila y deja escapar un suspiro profundo al envolverla en una manta y cogerla en brazos. Camina hacia la puerta, está a punto de salir cuando se detiene y se vuelve para contemplar la infecta leonera de la habitación única. Vuelve sobre sus pasos, hasta el hogar, se hace con un tronco cuya extremidad está ardiendo y lo deposita en el sofá, entre los cojines del asiento. Espera hasta ver cómo se elevan

las llamas tranquilamente, cómo devoran crepitando el terciopelo desgastado y añade un puñado de leña apilada por el padre junto a la chimenea.

Se aleja lo más rápido que le permiten la carga del bebé y la mochila, no en dirección al sendero antes tomado por la madre, que podría llevarlos a encontrarse con el padre, sino a través de las praderas, hacia el rojizo bosque de alerces. Solo cuando llega a su linde, se vuelve hacia Les Roches para contemplar el incendio que lo consume. No percibe más que el halo encendido en el día que declina, también ardiente, de suerte que parece que el fuego se ha apoderado del cielo entero. Una gran columna de humo negro deriva hacia el oeste.

El niño se queda quieto, con el aura incandescente brillando en su iris negro. Lo que no ve desde su puesto de observación, se lo imagina: las llamas tocando las vigas y las viguetas, alcanzando el primer piso en medio de formidables restallidos, subiendo con rabia al asalto de los tabiques, de toda la estructura, al padre descubriendo en el camino de vuelta la casa devorada por el fuego, abandonando la carretilla pesada por los bidones de agua para echar a correr en dirección a Les Roches. ¿Caerá de rodillas, desafiará las llamas para buscar entre los escombros los cuerpos del hijo y de la recién nacida?

El muchacho cruza la linde y se adentra en la sombra rojiza del bosque. Progresa en el sotobosque pero se esfuerza por llevar a cuestas a su hermanita que se ha quedado medio dormida. Sus músculos, antes tetanizados por el miedo, se ponen ahora a temblar. Se desvía hacia el viejo nogal mientras el día va poniéndose y, una vez al pie del árbol, deposita al bebé en el suelo, junto al hueco entre las raíces, coge una rama muerta que deja ahí, al alcance de la mano, mete la mochila en el agujero antes de penetrar dentro con la recién nacida y de colocar la rama encima para disimular el acceso. El espacio exiguo le deja justo un poco de sitio para sacar una cantimplora de agua, el biberón y la leche maternizada, preparar el biberón y alimentar a su hermana que mama, obstinada, mientras sus ojos se pasean por el rostro del hijo.

La claridad del sotobosque declina, se levanta un frío húmedo, cargado del perfume de la noche, un aroma a pocillos de agua estancada, a troncos secos y helechos rancios. Extrae de la mochila la camiseta de la madre y hunde en ella la cara para aspirar su olor.

Oye la voz del padre en sueños. Se despierta bruscamente, despertando también a su hermana. A través de la rama que oculta el agujero, el muchacho adivina el sotobosque sumido en una penumbra álgida. La condensación de sus dos cuerpos reunidos satura la cavidad con un aire húmedo y hace que rebose de un hedor agrio. El muchacho palpa el pañal del bebé y hace una mueca.

Por un instante cree que ha soñado con la voz del padre y está a punto de encender la linterna cuando la voz resuena de nuevo, gritando su nombre, tan cercana que lo sobresalta. La parte superior de su cráneo choca con el techo terroso que se desmorona sobre sus hombros. Se oyen unos pasos, el roce de unos helechos, unas ramas pisoteadas, una respiración ronca.

El haz de una linterna atraviesa el sotobosque, se detiene junto a ellos, con la luz fragmentada por la rama que los oculta; el hijo retiene la respiración y el haz prosigue su trayectoria mientras el padre lo llama de nuevo, con una voz desesperada, suplicante, que el hijo no le conoce. En silencio él implora a su hermana que se quede tranquila y ella le devuelve una mirada serena, con los orificios nasales temblando apenas a cada una de sus inspiraciones.

Los pasos del padre se alejan. El hijo espera todavía largos minutos hasta que no oye ya más que el murmullo familiar del bosque. Aparta la rama de la entrada del orificio, pasa la cabeza para inspeccionar los alrededores, y al no percibir ningún signo de la presencia del padre, sale con el bebé pegado a su torso, recupera la mochila y se adentra a ciegas a través de la foresta.

Camina hacia el torrente. El estruendo no deja oír el ruido de sus pasos cuando se acerca. El arroyo tiene reflejos de mercurio y serpentea como una culebra embotada entre las piedras. Aquí el hijo no tiene por qué encender la linterna. Se detiene en la orilla,

deposita a su hermana en una manta sobre una roca plana. El torrente los envuelve con un frescor húmedo que los hace tiritar. Retira el pañal de la recién nacida con el que la limpia, se pone a deslavarlo en el agua helada que adormece sus dedos pero se da cuenta de que no podrá secarlo y deja que la corriente se lleve el lienzo.

Registra la mochila en busca de la camiseta de la madre, la anuda alrededor de las caderas de la criatura y la envuelve con la manta cuando una sombra imponente, entrevista de reojo, atrae su atención y suspende sus gestos. Un oso avanza hacia ellos, abandona tranquilamente el sotobosque y exhala un resuello profundo. Su piel parda y densa tiene irisaciones de un azul espectral a la luz de la luna. Aterrado, el muchacho se ha agachado sobre su hermana y permanece quieto. El oso se acerca al torrente, bebe durante un buen rato. Cuando levanta la cabeza, el agua chorrea de sus fauces. Resopla, bosteza, sobresalen los colmillos de su poderosa mandíbula y echa a andar por el torrente. El niño intenta hacerse más menudo aún, con el cuerpo todo encogido, petrificado sobre el del bebé. Nota cómo se acerca el oso, ahora puede respirar el olor de su piel húmeda, bestial y vegetal a la vez, como si el pelaje del oso retuviera el aroma a musgo del sotobosque. El animal se para cerca de él, a menos de dos metros de distancia, y lo olisquea. Su aliento ronco toca la nuca del muchacho que inclina la cabeza en su dirección y entrevé una de sus anchas patas sobre la piedra, con la piel empapada y las garras corvas. Luego, el oso parece perder el interés por el chico, se da la vuelta y se aleja por el curso del agua con aire soberano. El muchacho se queda inmóvil un largo rato más, con las rodillas y los codos doloridos a fuerza de tenerlos apoyados, y cuando por fin se atreve a levantarse, no subsiste de la presencia del oso más que una huella gris en la piedra.

El halo amarillo de la linterna brinca por el suelo al ritmo de su carrera, sin que tenga la menor idea de hacia dónde se dirige. El bosque a su alrededor se ha tupido, ensombrecido. Cuando se detiene con todos los sentidos alerta, percibe el rumor que lo

rodea, compuesto por mil sonidos ínfimos: vacilación de los árboles en el viento, caída continua de las hojas exangües, garras de rapaces nocturnas arañando la corteza de las ramas donde se posan como clarividentes vigías que son.

En los brazos del hijo, la recién nacida empieza a agitarse y a gemir. El hambre y la sed la atenazan. Él sabe que pronto tendrá que volver a parar, pero se pone de nuevo en marcha, escoge tomar una pendiente ascendente. Al término de una ardua caminata, accede a una planicie del terreno y se ve forzado a bordear un pedregal sembrado de pinos raquíticos, enraizados en los propios peñascos. El haz de la linterna pasa por sus troncos contraídos, las rocas sudorosas de la humedad de la noche, ennegrecidas por la destilación, por los jugos que transpiran, luego el halo se ve atrapado en una amplia cavidad parcialmente obstruida por la vegetación.

El hijo se detiene, escruta las profundidades opacas, se pregunta si se trata de una antigua mina de extracción semejante a la que descubrió en una de sus peregrinaciones, o bien de la madriguera del oso. El agotamiento atenúa su miedo; esas fauces abiertas en el cuerpo de la montaña le parecen menos temibles que la perspectiva de que lo encuentre el padre. Se abre paso hasta la densa oscuridad de la caverna, pasa por un estrangulamiento que obligaría a un adulto a bajar la cabeza y descubre una sala cuya bóveda se eleva cerca de tres metros de altura. Flota en el aire un olor a cripta húmeda y fría.

Con su hermana pegada a él, el muchacho enfoca la linterna hacia las concreciones calcáreas que se extienden desde el techo hasta el suelo en el sitio donde el espacio se hunde en dirección a profundidades de ramificaciones secretas. Su atención se ve atraída por unas extrañas marcas en una aplanada y granulosa pared. Se acerca para contemplar los vestigios de una pintura rupestre que representa una criatura de patas gráciles, con el cráneo coronado por una cornamenta de ramaje complejo, extendida como una raíz; el animal es perseguido por tres siluetas humanas. Dos van armadas con lanzas, la tercera no lleva ninguna pero hay un trazo

oscuro plantado en el flanco de la criatura.

El hijo ignora que ninguna otra mirada humana se ha posado en el fresco desde tiempos inmemoriales en que se dibujó con óxido de hierro y tiza. Se queda fascinado por esa aparición en el haz de la linterna; le parece estar oyendo el golpeo de las pezuñas en el suelo duro y el aliento entrecortado de los hombres, sintiendo el miedo de la presa y la excitación de los cazadores.

Se aleja por fin porque la cabeza le da vueltas y se acurruca contra una pared. La luz dirigida a la cara de la recién nacida le desvela su tez pálida, sus labios azulados. El muchacho le da friegas como la madre hacía con él para calentarlo. Se lleva a la boca sus manitas juntas entre las suyas, sobre las que espira el aire caliente de su pecho. Cuando su hermana parece revivir, abre la parka para pegarla a su cuerpo, despliega la manta isotérmica y se la echa por los hombros. Saca de la mochila una lata de atún, agujerea el opérculo y se bebe el jugo. Come el atún desmigado poniendo sumo cuidado en masticarlo bien. También ingurgita unas cuantas galletas de mantequilla que la madre le ponía por la mañana para que las mojara en leche caliente, y se estremece al invadirlo una sensación de profunda soledad, la idea de la irreparable pérdida de la madre.

Revive las impresiones de su presencia amorosa, de sus atenciones pródigas, luego las imágenes del cuerpo entrevisto a través de la puerta del dormitorio en el piso de arriba de Les Roches, del hoyo embarrado excavado en la tierra, del féretro inestable burdamente fabricado y claveteado por el padre. Y si no llora es porque le sube un odio feroz, que hace que le palpiten el corazón y las sienes, y que irradia por todos sus miembros. Su nombre surge de nuevo, gritado en alguna parte del bosque por la voz del padre, cada vez más grave, fantasmagórica, como elevándose de la montaña misma. El hijo rebusca en la mochila, saca el revólver en el que inserta las tres balas con gestos torpes. El arma dócil hace clic y se vuelve a cerrar entre sus manos infantiles. Con los faldones de su parka cubriendo al bebé, el hijo apaga la linterna y permanece quieto, sosteniendo con fuerza el revólver y los ojos abiertos a la oscuridad total de la gruta.

Antes de que amanezca, unos relámpagos rasgan la noche, desvelan unos nubarrones negros a punto de descargar sobre la tierra. Empieza a caer una lluvia densa, retenida durante un instante por la frondosidad de los árboles, antes de atravesar el follaje demasiado pesado y martillear el suelo.

El muchacho solo se ha quedado adormilado a cortos intervalos, sobresaltándose al menor ruido. La noche le parece una larga deriva entre la vigilia y la ensoñación, invocaciones a la madre, reminiscencias de persecuciones, no sabría decir si imaginadas por su mente o pertenecientes a otros antes que él.

Se levanta, orina contra la pared, llena la cantimplora en el chorro de la lluvia que cae por la piedra de la entrada de la caverna. Intenta alimentar a su hermana con el resto de la leche maternizada pero ella aparta tercamente la cabeza. Le parece debilitada, somnolienta y transida de frío. La envuelve bien en la manta isotérmica, se echa la capucha sobre la cabeza y sale de su refugio.

Una bruma densa cubre el sotobosque. Los troncos ya son solo unas líneas negras de copas invisibles. El muchacho echa un vistazo al entorno sin conseguir ubicarse. El aguacero crepita a su alrededor, sus pasos derrapan por la alfombra de hojas muertas, como si la montaña destilara ese mantillo oxidado. El terreno acusa una pendiente abrupta y en varias ocasiones se cae hacia atrás y vuelve a levantarse agarrándose a la corteza empapada de los árboles. Camina durante mucho tiempo, forzosamente cauteloso, con la impresión de que el bosque se extiende, se deforma, se renueva indefinidamente.

Entonces ve al padre, o más bien adivina la silueta del padre algo más abajo, en un desnivel, casi imposible de distinguir en medio de la niebla, una sombra vertical y sin embargo quebrada, progresando entre los árboles. El hijo se echa boca arriba detrás de un tronco tumbado, con toda la atención puesta en el ruido sordo del avance del padre. Se apoya en un codo para mirar por encima del tronco pero los árboles y la bruma le obstaculizan la vista. Permanece quieto, sumido en el aroma a madera, a humus en

descomposición, con la lluvia goteándole por el rostro y el cuerpecito inmóvil de su hermana pegado a su torso.

Tras una larga espera, al no oír ya más que el crepitar del chaparrón, se levanta, prudente, y camina en sentido contrario. Sostiene a la recién nacida con una mano, con la otra se ayuda para ascender por la pendiente que había bajado, asiéndose a piedras, raíces, ramas caídas. Se oye una carrera frenética detrás de él y, cuando llega a lo alto de la cuesta, se da la vuelta.

El hombre se halla a unos quince metros más abajo y aunque no pueda distinguir con precisión su rostro, el muchacho juraría que levanta la vista hacia él. Se observan sin moverse; el padre no dice nada, ni siquiera pronuncia su nombre. Quizá ha agotado ya todas las palabras. No esboza un gesto, como si intentara acostumbrar al chico a su visión, a su presencia, o como si evaluara la distancia que lo separa de él. Levanta despacio las dos manos en signo de apaciguamiento, da un paso hacia el hijo que, inmediatamente, se pone a correr a toda velocidad. El padre se lanza a perseguirlo por el desnivel abrupto, cae, se levanta y reanuda la dificultosa ascensión hacia el hijo.

El sotobosque desfila alrededor del hijo, nebuloso, irreal, invadido sin embargo por la blancura suspendida de la luz del día. Corre todo derecho, hacia delante, desorientado, se desvía al azar de los claros de la vegetación, de los rodeos a los que lo obligan los troncos caídos. Se detiene a mirar a su alrededor, sin aliento, extenuado por la carrera y por el peso de su hermana que le lastima los brazos y la espalda. Sabe que no podrá seguir así por más tiempo, que el padre —o esa cosa, ese ser metamorfoseado por Les Roches que un día reclamó el derecho a ser su padre—, de zancadas más amplias y rápidas, acabará por darle caza en el corazón denso y sin salida de la foresta. Sin embargo el hijo sigue andando, empujado hacia delante por la desesperación y ese viejo miedo, primitivo, de la presa que el cazador persigue incansablemente pisándole los talones.

Buscando seguir la claridad del día, se adentra en la suave pendiente de un nuevo desnivel y ralentiza el paso. Lo rodean unos

árboles altos, de corteza lisa y blanca, moteada de negro, por algunas partes levantada en copos largos, como si el crecimiento hubiera concluido tras sucesivas mudas. En las ramas se balancea un follaje amarillo vivo. El hijo camina entre los árboles, descubre antiguas heridas abiertas por el filo del hacha, sobre las que la corteza regenerada ha formado cicatrices tumescentes y lívidas. En otro tiempo la savia corrió abundantemente, fluyó por los troncos donde los años la han fijado en forma de oscuros vómitos. Algunos de los abedules han muerto, solo queda el palo desnudo, reverdecido por el musgo, irguiéndose al cielo. Otros han acabado por ceder bajo su propio peso, rotos por donde los fragilizaron los hachazos, y reposan inclinados, retenidos por las ramas de árboles vecinos o caídos en el suelo. El bosque de abedules verrugosos evoca al niño un gran osario, las imágenes vistas en los libros que ilustran los esqueletos de animales prehistóricos donde no subsisten más que unos colmillos o unas costillas blanqueadas e inmóviles. Unas enormes excrecencias de muérdago les confieren a sus ramas unas sombras espectrales, acribilladas de bayas translúcidas.

El viento se levanta y la bruma se deshace, abriéndose al cielo gris por donde pasa a baja altitud una bandada de ánsares, precedidos por sus graznidos. El hijo levanta hacia ellas el rostro chorreante de sudor y lluvia. Se arrodilla para depositar a su hermana en el suelo poniendo cuidado en sacarle la cabecita de la manta isotérmica. Los párpados de la recién nacida están cerrados, y tiene la frente ardiendo; su respiración es rápida y entrecortada. Un sollozo se forma en el pecho del muchacho, y lo ahoga inmediatamente.

Cuando se levanta, ella abre los ojos. Los dos niños se miran, el chico le hace una promesa silenciosa antes de alejarse y desaparecer de su vista. Reuniendo sus últimas fuerzas, la recién nacida se echa a llorar y su voz se eleva como un grito frenético, salvaje y desesperado que horada la tranquilidad sepulcral del bosque de abedules.

El hombre surge, se inmoviliza, golpeado en el corazón por la

visión de los abedules. El llanto de la niña lo ha guiado hasta ella. La ve yaciendo en medio del centelleo dorado de la manta isotérmica que cruje entre los puñitos que la agarran y la repliegan. El aguacero se ha calmado pero unas finas gotas siguen cayendo sobre el revestimiento metálico. Sin una mirada hacia el tronco lacerado de los abedules, el hombre atraviesa el espacio que los separa con una gravidez extraña, extirpando sus pies de la tierra a cada paso. Avanza con movimientos de insecto, con gestos propios de un fásmido, con tal lentitud que parece que el suelo de la montaña vaya a abrirse a cada momento a su paso y a tragárselo, y cuando por fin se encuentra frente a la recién nacida, oscila, con la ropa empapada y la cabeza gacha, como si se hallara de pie frente a su propia tumba.

No oye al hijo salir del sotobosque donde ha permanecido agazapado, tampoco lo oye acercarse a él por detrás, sigiloso, pero percibe el chasquido del martillo cuando el hijo arma el revólver a sus espaldas. Levanta la cabeza sin sorpresa, se vuelve lentamente para contemplar, con sus ojos enloquecidos y lasos, el cañón apuntando a su pecho. El muchacho tiene agarrada la empuñadura con las dos manos y no pestañea, su mirada brilla con una rabia que viene de antiguo, familiar y contenida desde hace mucho tiempo.

El padre busca en los bolsillos con sus dedos arácnidos, negros de suciedad y tierra, y se lleva a la boca, con gesto tembloroso, un cigarrillo arrugado.

El hijo del hombre
Jean-Baptiste Del Amo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Le fils de l'homme*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Jefferson Hayman / Corbis / Getty Images

Canciones del interior:
Gary Brooker / Keith Reid / Matthew Fisher, *A Whiter Shade of Pale* © Onward Music Limited

© Éditions Gallimard, 2021

© de la traducción, Lydia Vázquez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2022

ISBN: 978-84-322-4056-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!